

SILVA

DE

DICHOS Y HECHOS

POR

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

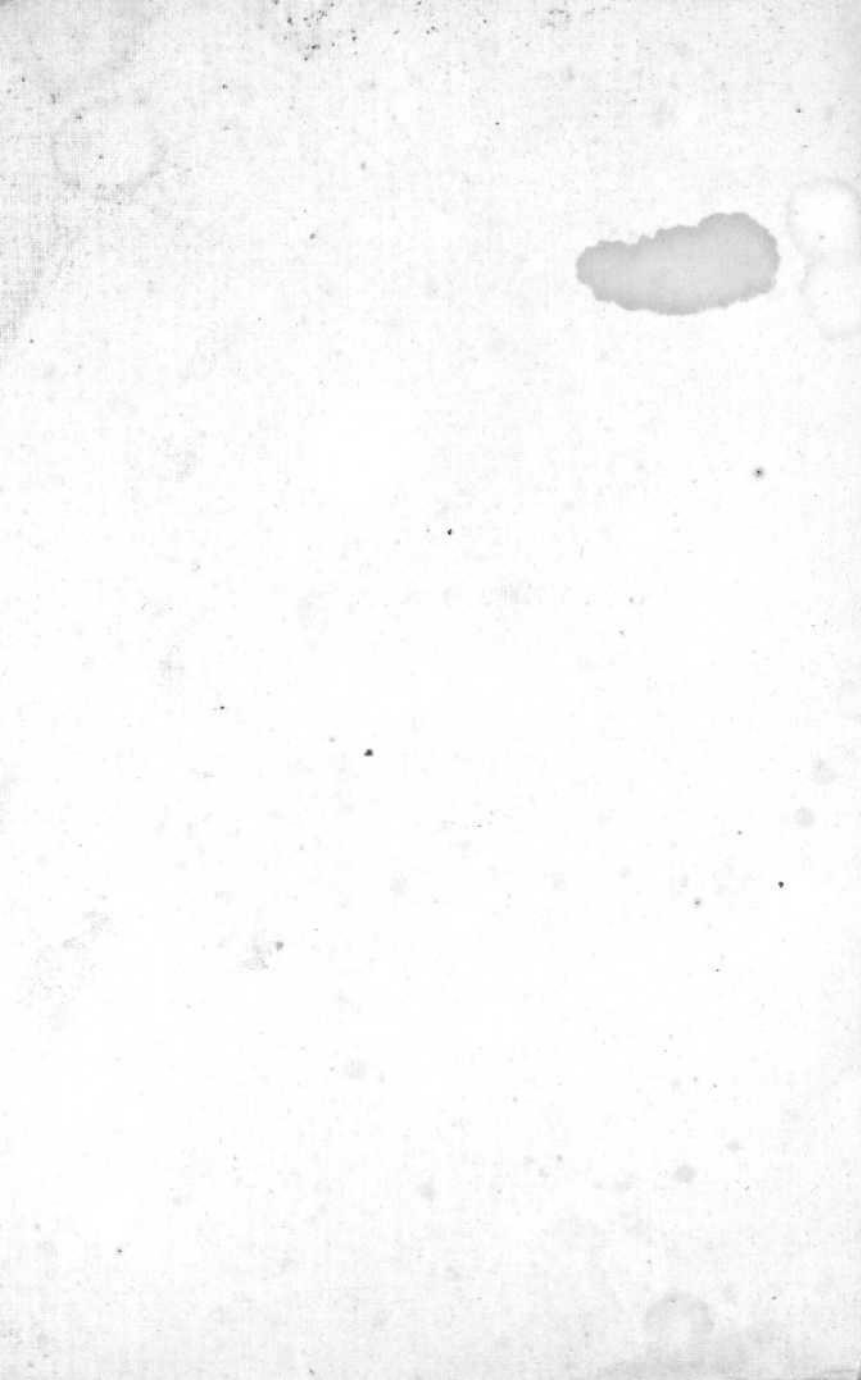


MADRID

SOBRINOS DE LA SUC. DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13. — Teléfono M-651.

1922



J.T
COM

SILVA DE DICHOS Y HECHOS

+ 1134759
e.

SILVA

DE

DICHOS Y HECHOS

POR

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ



MADRID

SOBRINOS DE LA SUC. DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

Miguel Servet, 13. — Teléfono M-651.

1922

Al excelentísimo señor

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

bondadoso amigo y maestro.

« ... los grandes ánimos cualquiera
don reciben alegremente, y ellos no
saben dar sino cosas grandes: cuanto
más que no se puede decir que da poco
el que da todo lo que puede». — PERO
MEXÍA, *Silva de varia lección*.

PRÓLOGO

«Cosas son que pasan por el mundo.»

CELESTINA.



ÑOS hace que vengo apuntando en un librico de memoria aquellos dichos que me parecen merecedores de conservación. Unos se refieren a los sucesos que pasan en el mundo externo; otros, a los que, en forma de ideas, viven recatados en los secretos camarines de mi espíritu. Algunas veces, en un remanso de mi agitada vida de trabajador, acudo a aquel librejo y gusto de recorrer sus amarillentas páginas, hasta ahora sólo vistas por mí, y me huelgo trayendo a la actualidad aquellas cosas que yacían en el silencio del pasado. Y no sólo me complace esta lectura, que reconstruye ante mí, como en un maravilloso retablo, muchedumbre de sucesos, prósperos unos y adversos otros, grandes y pequeños, alegres y tristes, feos, hermosos y aun sublimes, todos reales y verdicos, sino que con ella pasa por mi alma como un aura sutil que hace vibrar dulcemente a mi corazón y orea

mi cansado entendimiento, moviéndome a nobles resoluciones: quiero decir que esta lectura me es muy provechosa, porque me hace sentir y pensar, que no es poco en estos tiempos de automatismo, en que los hombres, agitados por las convulsiones de una vida atormentada, nos movemos en la sociedad como figuras de titiritero.

Y he imaginado que, por lo que tienen de humanos, de objetivos y reales estos dichos y hechos, podrían también interesar y aprovechar al prójimo, y me he decidido a sacarlos a la luz de la publicidad, sin más trascendencia que esta que dejo indicada. Los pensamientos ajenos son de suyo efusivos, a saber, tienen la virtud de engendrar los propios y hacernos meditar sobre ellos. ¡Feliz quien de este modo logra penetrar en la mente del lector y suscitar allí ideas altas y generosas!...

No se trata de ser sentencioso, ni de dar lecciones a nadie hablando ex cathedra, como un dómine definidor, ético y antojuno, sino de expresar lisa y llanamente, como quería Don Quijote que hablasen los explicadores de retablos titiriteros, pensamientos que honradamente se aposentan en el propio magín, y cuya salida al mundo se juzga útil para el propio bienestar y para el ajeno. Digo lo que siento, lo cual ya es algo, cuando vivimos y nos movemos en un ambiente de eufemismo, disimulación y mentira.

Algunos pocos de estos pensamientos formaron parte de artículos publicados por su autor en la Pren-

sa; corrieron por ahí en escritos volanderos, como las mariposillas errantes, pronto perdidas de vista, y hoy se hallan condenados al ostracismo, en las herméticas colecciones de periódicos que nadie lee. Perdónese a la debilidad paterna el intento de resucitarlos.

Sobre la originalidad de estos escritos, también tengo algo que advertir. Desde luego, confieso en Dios y en mi alma que todo lo que va en este libro téngolo por mío propio, sacado, como vulgarmente se dice, de mi cabeza, sin ayuda ni aparcerta. Posible es, no obstante, que algunos o muchos de estos dichos que como ocurrencias mías expongo aquí, por no haberlos visto ni oído antes de ahora, resultasen luego ser de otro autor y andar ya por el mundo sin que yo me hubiese enterado de ello. Soy, en este punto de la originalidad, un poco pesimista, creyendo que, después de tantos siglos en que la humana inteligencia se esfuerza por conocer las cosas de la vida, debe de quedar muy poco nuevo que decir. Limitadísimo es el horizonte mental en nuestro planeta, y es bien difícil que haya en él lugares ignotos adonde, antes que nuestras miradas, no hayan llegado las de tantos otros avizores que nos antecedieron en la peregrinación. Rosalía Castro, la «rula» gallega, ha dicho esto mismo en versos de insuperable hermosura:

Ben sei que non hay nada
Novo en baixo d'o ceo;
Qu'antes outros pensaron
As cousas que'hora eu penso.

E ben: ¿para qu'escrivo?
E ben: porqu'asi semos:
Relox que repetimos
Eternamente o mesmo.

En esto de la originalidad ¡se lleva uno cada chascol... A lo mejor se nos ocurre un lindo pensamiento, lleno de sabiduría y novedad, y cuando más contentos estamos con él, creyéndonos autor de un prodigioso descubrimiento, venimos a averiguar que aquello es de Aristóteles o de un avisado bufón de la Corte de los Felipes. En la historia del saber humano hay altísimos ejemplos de esta clase de imaginaciones. El genio portentoso de Pascal creyó descubrir las verdades geométricas que veinte siglos antes había enseñado Euclides; y ¡quién sabe si algún día se averiguará que la Geometría euclidiana era ya conocida por el hombre de las cavernas prehistóricas!

Lo que importa es tener buena voluntad y limpia y honrada conciencia, porque lo demás vendrá ello solo por añadidura. Lo único que, en este punto, puedo yo hacer, y desde ahora lo prometo con ánimo firme de cumplirlo, es restituir los bienes que hoy tengo por míos, tan pronto como me entere de que pertenecen a otro; y así, llegado este caso, me faltará tiempo para decir: «Oigan, amigos: aquella máxima que yo creí haber inventado, resulta que es nada menos que de Sócrates o de Cicerón, o, si a mano viene, de un frailecico del monasterio de Sahagún. Ahí la tienen ustedes, porque no quiero lo que no es mío, y perdonen ¡por Dios! el error.»

Como mia propia te ofrezco esta SILVA, ¡oh amado leyente!, y ruégote que la recibas con benevolencia proporcionada a mi honesta y cristiana intención.

Y con esto no canso más. El Señor te guarde en gracia y en salud, y a mí no olvide.

A. L. N.

Silva de dichos y hechos.

El traje y el ambiente social disfrazan frecuentemente a los hombres.

He aquí un elegante caballero que en su áureo gabinete idea negocios y trazas para enriquecerse, satisfacer sus más bajas pasiones y aniquilar a sus enemigos.

Desnudadle, llevadle a una caverna, y le veréis buscar la quijada de un burro para matar al hermano.

* * *

No hay arma más perturbadora que una vigorosa voluntad al servicio de una corta inteligencia.

* * *

La juventud tiene su barómetro en el cerebro y en el corazón; y así hay viejos que, por sus ideas y sus sentimientos, son jóvenes, mientras que muchos mozalbetes de veinte abriles parecen ancianos decrepitos.

Los años, que pasan sobre las personas, como sobre las cosas, a unas, envejeciéndolas, las envi-

lecan; a otras, dotadas de valor sustancial, las avaloran con la pátina gloriosa de lo antiguo.

El ingenio peregrino de D. Amalio Gimeno ha encontrado la fórmula feliz de esta aparente paradoja: «Los viejos que conservan fresco el espíritu —nos decía en cierta ocasión— no son viejos: son jóvenes antiguos.»

Con todo el respeto debido a la dignidad humana, diremos que, en este particular, los hombres son como los muebles.

Yo tengo arrinconada en el desván de mi casa una mesa paticoja, aunque recién construida, que, como nueva y fuerte, compré, hace poco tiempo, a un bellaquísimo mercader de la tribu de Judá. La mesa es vieja, y, como un trasto inútil, está predestinada a la gehena del fuego.

Pero también tengo en mi cuarto de estudio un gentil armarito, de estos que llaman bargueños, fabricado, como Dios manda, en los tiempos de Felipe IV, y este mueble no es viejo, sino antiguo.

El trasto viejo del desván es menospreciado por todos, y en él celebran diarias orgías los ratones, las cucarachas y otros bichos feos, que no son propiamente un dechado de pulcritud, y en sus tablas fementidas perduran las huellas indelebles de las nocturnas francachelas.

Al mueble antiguo le admiran y le dicen cosas gratas los hombres sabios; en sus limpios senos se guardan papeles valiosos, y en sus incrustaciones ebúrneas se posan con suave caricia las manos de hermosas mujeres.

Muy pronto, el mueble del desván pasará a la historia por el fogón de la cocina, mientras el gentil armarito vivirá más que nosotros, pregonando, ante los hombres sabios y las mujeres hermosas,

el poder del ingenio que le fabricó y la bondad de Dios, que ha creado entendimientos capaces de hacer estas cosas bellas.

* * *

—¿Quiénes son tus mejores amigos?

—Los que sufren: los ciegos, los mudos, los viejos, los idiotas, las mujeres desvalidas, los obreros, que, según frase de León XIII, se hallan en una situación que difiere poco de la de los esclavos...

—Poco puedes esperar de ellos.

—Nada, absolutamente. Todo lo espero de mi propio corazón.

* * *

La dignidad de la mayor parte de los hombres radica en el bolsillo.

Tocándoles allí, siempre reaccionan con ímpetu descubridor de los más íntimos sentimientos.

* * *

Al mismo tiempo que la ciencia descubre nuevos recursos para curarnos, inventa la concupiscencia nuevos y muy eficaces medios de morirnos; y así, lo que ganamos por sabios, lo perdemos por viciosos.

* * *

—¿En qué se diferencian los hombres de las fieras?

—En que las fieras nunca muerden a quienes les hacen bien, y los hombres, sí.

* * *

En Geometría, la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos; pero en la vida social, para llegar pronto, conviene frecuentemente tomar la línea curva de la tolerancia, la caridad y la inhibición.

* * *

La tiranía más odiosa es la de las muchedumbres, porque es inconsciente e insensible, y, por lo tanto, completamente irracional.

Sin duda, por eso Baudelaire la llamó *zoocracia*, o reinado de las bestias.

* * *

No menosprecies a los locos.

Advierte que ellos y los niños dicen las verdades.

Considera también que mientras Don Quijote fué loco, sus labios eran un manantial de sabiduría sublime, y en las pocas horas que estuvo cuerdo no dijo más que ñoñerías.

* * *

En una tertulia de amigos se deslizaba el tiempo hablando, como es frecuente, con gran insustancialidad, de lo divino y de lo humano.

Un día tocó la vez a las clasificaciones filosóficas, y uno de aquellos sujetos dijo que era positivista, otro krausista, otro materialista, otro espiritualista...

—Y usted, ¿qué es? — preguntaron a un sujeto que modestamente se abstenía de la conversación.

—Yo soy ebanista—contestó—, y no entiendo de esas cosas.

¡Oh sabia respuesta! ¡Gran lección para los pedantes! Si todos los que presumen de sabios sin serlo se declarasen ebanistas, no sólo mejoraría el arte precioso de la construcción de muebles, sino que se reduciría mucho el diccionario de los absurdos.

* * *

La invención del seguro es una de las grandes maravillas del ingenio humano.

Eso de calcular, medir y pesar lo que no existe, pero puede existir, y atenuar su influencia dolorosa sobre los hombres, es verdaderamente admirable y perdurará en la Historia como una prueba de que el hombre lleva dentro de sí el *spiraculum* de la eterna sabiduría.

El seguro es la gran fórmula de la fraternidad humana, que distribuye entre todos, para que toquen a menos, el patrimonio del dolor que necesariamente ha de sobrevenir.

La enfermedad, el incendio, el naufragio, la destrucción, la muerte..., todas las calamidades que andan sueltas por el mundo, ¿a quién alcanzarán...? Pensemos que nos alcanzarán a todos, y procuremos entre todos atenuar el daño que sólo ha de caer sobre algunos.

La institución es realmente un portento... ¡Lástima grande que no pueda extenderse a los daños de orden moral, a la ingratitud, a la maledicencia, a la indiscreción, a la envidia!...

Porque una sociedad de seguros contra esas calamidades nos hace muchísima falta.

* * *

Me atrae en los niños la verdad, y en los viejos el dolor.

* * *

Cuando te sientas incitado a la violencia, piensa que más fácil y menos doloroso te será refrescarte ahora que arrepentirte después.

* * *

Siempre he tenido por muy respetables los proyectos, al parecer, más disparatados, de inventores y arbitristas.

Lejos de burlarme de ellos, he procurado darles el debido aprecio, pensando que, a lo mejor, esto que se tiene por absurdo, ha sido la ocupación y el ideal de toda una honesta vida de trabajo, esperanza e ilusión.

* * *

Ordena tu vida de tal modo que puedas rendirla a Dios en el momento que disponga de ella, al modo de los buenos administradores y cajeros, que hacen todos los días el balance de sus cuentas, como si fuera a entregar la caja.

* * *

Con profunda emoción leo en un periódico de Madrid esta historia vulgar:

«Sabina Alonso Martínez, que habita un solar de la calle de Ciudad Real, núm. 8, se condolió al implorar de ella el anciano de sesenta años Joaquín Díaz un rincón en el muladar para pasar las noches. El hombre carecía de trabajo, de alimento, de hogar y de abrigo.

Sabina, condolidada, le señaló para albergarse un rincón de la cuadra, y además le dió una manta.

Joaquín Díaz iba por las noches, se tumbaba en el estiércol y «descansaba» hasta la mañana, en que su protectora le llamaba para que continuase su penosa tarea de buscar trabajo y de no encontrarlo, porque, según él la decía, en todas partes le rechazaban «por viejo».

Ayer mañana, la caritativa mujer llamó al desgraciado hombre, y como éste continuara inmóvil, le zarandeó para despertarle.

Pero el anciano estaba rígido. Había muerto bajo la protectora manta, sobre el estiércol.»

Decía D. Gumersindo de Azcárate que no podía «asomarse» al problema del paro involuntario de trabajo sin sentir constreñido el corazón.

¿Qué hubiera sentido al conocer la precedente historia?

He aquí un hombre al que le dice la ley moral: «¡Trabaja!»

Y él, dócil a esta santa sugestión, contesta: «¡Voy a trabajar!»

Y la sociedad impía le detiene, diciéndole:

—No hay trabajo para ti, porque has cometido el horrible pecado de hacerte viejo... Busca un muladar y una manta, y déjate morir.

¡Oh amados hermanos nuestros Sabina y Joaquín!... ¡Quién hubiera tenido la fortuna de escuchar los coloquios que necesariamente tendríais en aquel muladar, digno de una pluma de hagiógrafo franciscano! ¡Ellos serían para nuestra vida frívola un revulsivo, una enseñanza y un consuelo!

La guerra renueva, aun en los hombres más sabios y discretos, los instintos sanguinarios de los habitantes de las cavernas.

Tal vez el hecho de guarecerse en las trincheras para combatir haga a los hombres asemejarse, en una especie de mimesis, a los primitivos trogloditas.

Esta guerra que acabamos de contemplar un tanto avergonzados, demuestra que los hombres cultos, los ciudadanos de las más refinadas urbes europeas, al convertirse en soldados, no se diferencian gran cosa de aquellos tártaros contra los que se invocaba el favor del Cielo en las Letanías del siglo XIV.

He aquí que nos hallamos en el campamento de Saint-Remy, cerca de Reims. Es una bella mañana de otoño, con el ambiente dorado por este sol champañés, que parece concentrarse en el dulce néctar de los riquísimos viñedos.

Franceses y alemanes se destrozan gentilmente con ametralladoras y cañones y hasta con proyectiles lanzados por hondas, como en los buenos tiempos de nuestros famosos almogávares. A veces surgen nubes de gases deletéreos que la noble ciencia ha inventado para matar sin ruido a los hombres.

Al pasar por un recodo del parapeto, veo a un soldado, medio desnudo, acurrucado en un rincón y entretenido en la labor de coserse torpemente la camisa. Su recia musculatura, su enorme mostacho y el casco o yelmo de Mambrino con que cubre la enorme cabeza, traen a mi memoria la figura del Marte velazqueño.

—Es profesor de Filosofía del Liceo—me dijo mi amable compañero, el marqués de De Ganay,

bizarrrísimo capitán del Estado Mayor de la República francesa.

—Mal lo pasará aquí—repliqué inocentemente—; un hombre acostumbrado a vivir en las altas regiones espirituales, acariciado por las auras sutiles de los conceptos metafísicos...

—No lo crea usted—contestó el marqués—; desde que ha venido aquí, ese hombre ha olvidado completamente su Filosofía y no tiene otro ideal que matar muchos alemanes.

Y después querrán que no sea uno pacifista...

* * *

Una de las condiciones necesarias para el triunfo es la fe en él.

Esta fe hace más llano el camino del éxito feliz, y remueve con facilidad toda suerte de obstáculos.

Ya lo decían los antiguos:

Ad portum duco fidentes.

* * *

Muchas personas son suspicaces, y constantemente creen que van a ser engañadas, porque ven la vida a través de su propio pensamiento, siempre ideando medios de engañar.

* * *

No menosprecies los banquetes, creyendo que todos son cosa de gula y diversión.

Recuerda que en un banquete explicó Sócrates los cánones de la Belleza, y, aun más alto, en otro

banquete instituyó el Divino Maestro el sacramento del Amor.

* * *

Ya sé ¡oh sectario! que en el fondo de tu conciencia reconoces el mérito de la obra de tu enemigo; pero como no la has hecho tú, ni los de tu cuerda, has de menospreciarla, faltando así, al mismo tiempo, a la justicia y a la verdad.

* * *

Mejor es perdonar que agraviar, y tener fama de manso que de injusto.

* * *

En la Grecia pagana, cinco siglos antes del nacimiento de Jesucristo, los hijos cuidaban de sus padres ancianos.

Se lee en el *Económico*, de Jenofonte, que hablando un día Isómaco a su mujer, dijo:

«Si Dios nos concede hijos, ya trataremos de ver cómo los educamos lo mejor que nos sea posible, porque también es común a nosotros dos la fortuna de tener en ellos aliados y alimentadores en nuestra vejez.»

En pleno siglo XX, en una opulenta ciudad cristiana y española, al recibir un pobre anciano la libreta del Instituto Nacional de Previsión que le aseguraba la modesta renta de una peseta diaria, exclamó:

—Ahora ya me tratarán mejor mis hijos.

* * *

Esta mañana, cuando el sol naciente iluminó mi cuarto de estudio, vi que mi hermoso jilguerito había muerto. En un rincón de la jaula yacía su cuerpo inerte, con las sutiles patitas escondidas entre las plumas multicolores, como en actitud de dolorosa contracción.

¿Qué había pasado...? Ayer, el pajarito nos regalaba los oídos con la dulce melodía de sus inimitables gorjeos. ¡Quién sabe si aquellos cantos eran como suspiros precursores de la muerte!

¡Oh hija mía, que amabas como yo al jilguerito gentil, a quien San Francisco hubiera llamado hermano! Ven a enterrar a este hermanito menor que convivía con nosotros y formaba en nuestra familia. Le sepultaremos en el jardín, a la sombra de aquella mata de morados pensamientos, y hasta pondremos en su tumba una diminuta lápida que diga:

«Aquí yace nuestro amado jilguerito, después de cumplir la misión que Dios le había encomendado de alegrarnos la vida. ¡Felices los hombres que, como él, puedan evocar un dulce y agradecido recuerdo!»

* * *

¿Quieren ustedes que hablemos un poco de esta feroz lucha de clases que ahora parece llegar al paroxismo?

Bueno. Pues diremos que si ha de estar en manos del más fuerte la imposición de su voluntad a los otros, ¿para qué leyes, ni normas de convivencia humana, ni moral, ni educación y cultura del espíritu, ni efusiones de amor fraternal entre las personas? El hacha del hombre primitivo, errante

por las selvas después de la caída original, vendrá a ser el símbolo de las futuras relaciones entre los seres humanos, si no conseguimos que la humanidad se detenga en esta regresión acelerada hacia el salvajismo.

Dos grandes manadas de fieras se disputan, con las uñas y los dientes, el trozo de carne de la producción: con la vista fija en el suelo, sin levantar la mirada a lo alto, no ven más que la disputada presa, y se destrozan unos a otros por devorarla. Inútil es que se les diga que, distribuyéndola en paz, habría para todos: ciegos a toda razón, no pondrán su furia hasta destruir al adversario.

Los de un lado dicen que aquello es suyo, porque lo han creado con su trabajo; los del otro, replican que sin su capital no existiría aquella riqueza. No piensa ninguno de ellos que trabajo y capital, así considerados, son puras abstracciones sin valor alguno en la realidad, y que para que tengan eficacia productora han de vivir los dos en paz, viniendo a ser entonces una misma cosa: el trabajo, un capital en potencia; el capital, un trabajo cristalizado.

A estos hombres se les ha educado desde pequeños en la bárbara doctrina de la lucha de clases, diciéndoles, si son obreros, que su enemigo es el patrono, y si son patronos, que su enemigo es el obrero. Amargados y desesperados unos por la miseria, endurecidos y cegados otros por la fortuna, han vivido siempre agrupados en contrapuestos bandos, mirándose torvamente, apercebidos de continuo para la contienda, y oyendo siempre hablar de derechos, mas nunca de deberes. Y así, en el momento que creen propicio para dar rienda

suelta al odio acumulado y reconcentrado durante largos años, se lanzan unos sobre otros con furor de bestias desenfrenadas, convirtiendo, lo que debiera ser pacífico y fecundo jardín social, en sangriento campo de batalla.

El hombre de los bosques, que ha perdido su fe en Dios y sólo se mueve por los instintos egoístas, sale de su caverna dispuesto a imponerse por la violencia. Cegado por las pasiones de la carne, no se detiene ante ningún escrúpulo moral, ni para él tienen valor alguno los vínculos de la fraternidad humana, ni los clamores de la inocencia, ni los dictados de la justicia.

Un ambiente materialista, una educación de odio de clase, han secado en su alma los naturales brotes del bien, y así no es de extrañar que sólo obedezca a instintos inferiores...

La historia parece retroceder a la prehistoria.

* * *

Tolero mucho porque he vivido mucho.

* * *

¡Cuidado con las mujeres!

Su condición es como la de los gatos: mansa, suave, sumisa, arrulladora... Pero no olvides, ¡oh, amado Ginófilo!, que debajo de aquella blanda y amorosa piel están en acecho las uñas prontas a salir de la vaina y los mordiscos emboscados en la ebúrnea panoplia de los dientes.

* * *

Muy conveniente es saber hablar bien, y el arte ciceroniano y quintilianesco de la Retórica tiene real valor en nuestra vida social; pero no me negarán ustedes que el arte de enseñar a callar nos está haciendo muchísima falta.

* * *

«El destino del animal—ha escrito el profesor Enrique Aresca—es el de comer a otro o ser comido por éste.»

* Y el del hombre también.

* * *

La política, en el aspecto teórico, es la ciencia de gobernar a los pueblos, y en el práctico, el arte de engañar a los hombres.

* * *

Esto que voy a relatar ocurrió en 1875.

Una noche, cuando tranquilamente estudiaba en su gabinete de la casa núm. 9 de la calle del Barquillo, de Madrid, un niño, hoy distinguidísimo abogado y escritor, D. Juan Gómez Landero, sintió que en la pared medianera con el cuarto tercero interior sonaban tremendos golpes, y que, a poco rato, se abría un ancho boquete en la pared y aparecía tras de ella un joven de gallarda apostura, el cual esgrimía con recio ademán un pico, con el que seguía golpeando en la pared para ensanchar el agujero.

—¡No se asustel!—dijo el hombre del pico al estudiante—. ¡No se asustel!... Ya me conoce usted:

soy el inquilino de este cuarto interior, y como hay fuego en la escalera, no podemos salir sino rompiendo la medianería. Afortunadamente, soy hombre previsor, y siempre tengo preparada esta herramienta, por lo que pueda ocurrir. Y ahora, no solamente nos salvaremos nosotros, sino que también sacaremos por aquí a un anciano impedido que vive en otro cuarto adjunto al nuestro.

El hombre previsor era D. Antonio Maura.

* * *

La tristeza suele ser patrimonio de las almas grandes.

Los tontos siempre están alegres, y, como ahora se dice, «encantados de la vida».

Ya lo expresó muy bien Gracián:

«Quien añade sabiduría, añade tristeza: esa vulgaridad del reír quédese para la necia boca, que es la que mucho yerra.»

* * *

Oye a muchos y cree a pocos.

* * *

Admiro tu sabiduría, amigo Florencio. Con ella has llegado a conquistar y rendir a los hombres, empleando como armas los sabrosos argumentos de tus cortesanos yantares.

Cuando contemplo la mesa que es cátedra de tu sabiduría, paréceme estar entre los hacinados bastimentos de un ejército poderoso. Aquí se apilan, como las bombas artilleras, las tartas y las

frutas, y, alternando con ellas, surgen por doquier, a modo de gruesos cañones, las botellas de ricos vinos entre la metralla de mil variadas golosinas. Y las suaves flores, que todo lo embellecen, dan a este campo de batalla el aspecto de los jardines sevillanos.

No hay quien resista a tan elocuente dialéctica. El hombre de horizonte mental más entenebrecido se siente optimista a la vera de una mesa bien abastada, y, una vez comenzada la refriega, no hay quien no se incline ante el alabastrino cuerpo de una langosta, o la también alba pechuga de un faisán.

Y si, por acaso, ves flaquear esta dialéctica, los solícitos camareros acuden a entonarla sirviendo a tus comensales el dulce néctar de topacio o de amatista que convence a los más incrédulos.

¡Oh nuevo estilo y modo bizarro de estrategial Antaño, los grandes capitanes sitiaban al enemigo por hambre: tú le conquistas con la gula; y si antes se entregaba famélico y melancólico, ahora se rinde harto y regocijado.

La guerra así ejercida es una institución muy beneficiosa para la república.

* * *

Diálogo de las jubilaciones.

—¿Sabes, amigo, que por haber cumplido la edad he sido jubilado?

—¡Cómo! ¿Te arrojan de la cátedra a ti, hombre sabio, justo, bueno, amado de tus discípulos, consuelo de tus amigos, espejo de tus conciudadanos?

—¿Qué quieres? El Estado me declara inútil para

la enseñanza y me pone en la puerta de la Universidad por el grave delito de ser viejo.

—Pero ayer también lo eras, y el mismo Estado te colmaba de merecidos lauros y mercedes.

—Sí, sí, lo comprendo; pero...

—Pero aunque hubieses envejecido de repente y perdido tu vigor físico, no por ello dejarías de ser el excelente maestro, digno de gratitud y veneración... Porque dime, amigo mío: ¿en qué te emplea el Estado: en enseñar la ciencia o en pujar baúles?

* * *

El barómetro para apreciar el grado de delicadeza de un hombre es su mujer.

Dime cómo el hombre trata a su mujer, y te diré si es un caballero o un rufián.

* * *

La Historia, llamada por Cicerón maestra de la vida, está dando ahora una de sus más sabias lecciones en Rusia, donde la revolución comunista creía haberse enseñoreado del pueblo, implantando un régimen social y político contrario a la tradición, a la moral, a la sana razón y hasta al sentido común. La República bolchevique, preparada hace años por la revolución atea y materialista y nacida hace tres años entre las convulsiones de la guerra, ha sido la más elocuente lección que da la Historia a quienes intentan derrocar los fundamentos del orden social, sin los cuales, naturalmente, la vida colectiva es imposible.

Los revolucionarios rusos, dueños del país du-

rante este período de tiempo, sin que poder humano alguno haya podido oponérseles, han fracasado completamente, demostrando con hechos palpables que su sistema conduce derechamente a la ruina y a la barbarie. El bolchevismo, o comunismo soviético, ha venido a ser como la clínica donde se han consagrado todas las negaciones revolucionarias.

Los comunistas rusos, atentos sólo a destruir, han querido privar a la sociedad de aquellos robustos pilares que la misma Naturaleza, o, mejor dicho, Dios, que es autor de ella, ha puesto en el mundo para sostén de la vida social: la religión, la familia, la patria, la propiedad...; y el nuevo edificio, desprovisto de los necesarios cimientos, se ha desplomado con estrépito.

El ejemplo ruso, en lo que se refiere a la viabilidad del comunismo, es el más elocuente de todos los que se han sucedido en el curso de las utopías sociales; porque los otros ensayos de régimen comunista que nos refiere la Historia no eran, por lo incompletos, suficientemente expresivos. Reducíanse, en efecto, a artificiosas experiencias, preparadas y adobadas por sus autores dentro de los estrechos límites de una colonia, con todas aquellas precauciones y garantías que se creyeron más adecuadas a un éxito satisfactorio. Y, a pesar de todo, las colonias comunistas fracasaron. El caso de Rusia es distinto, porque los revolucionarios soviéticos han sido dueños absolutos de un gran país durante varios años y han podido maniobrar en él con toda libertad, disponiendo de todos sus recursos y empleando la fuerza en términos de tan bárbara ferocidad como no se recuerdan ni aun en

los tiempos de mayor salvajismo. Y el fracaso ha sido también el final de este ensayo sangriento.

Los soviéticos rusos han puesto en trance de muerte a su país. El relato que los viajeros hacen del estado de Rusia es verdaderamente horrendo. La vida allí resulta imposible: se carece hasta de lo más preciso; se vive en constante inquietud, sometido todo el mundo a un régimen de sospecha y vigilancia, en el cual la vida y la libertad no tienen garantía alguna. Se han destruido todas las instituciones de índole moral e intelectual, que son características de los pueblos civilizados: la investigación científica, la piedad, las letras, las artes. No se trabaja, no se produce, y, naturalmente, no se come. Aquella sentencia de San Pablo que los revolucionarios rusos han llevado a su Constitución política: «El que no trabaje, que no coma», ha tenido una pronta e insospechada aplicación al estado social de este desventurado pueblo; porque el pueblo, tal vez sin culpa suya, no puede trabajar, y, como consecuencia, no tiene qué comer.

Después de la etapa de sangre y destrucción, ha venido el hambre a cebarse en el pueblo ruso. Los campos, esterilizados por las doctrinas económicas de la revolución, no producen lo necesario para sustentar a los hombres. Centenares de miles de personas famélicas emigran de unas comarcas a otras, buscando un pedazo de pan con que sostenerse: muchos seres humanos se alimentan sólo de hierba. Natural consecuencia del hambre ha sido la peste: el cólera y otras plagas sociales diezman aquellas poblaciones, y amenazan con difundirse por Europa, como una nueva guerra, que causará millones de víctimas.

El tiránico gobierno revolucionario, causante de estos males, que ya no puede ocultar como ha venido ocultando otros en estos últimos años, se ha dirigido a los gobiernos de las demás naciones pidiendo un socorro que remedie tan triste situación. El famoso escritor Gorki, embajador del hambre, recorre las capitales de Europa solicitando esta ayuda para su desdichado país. Y los gobiernos de los países civilizados, ¡oh civilización materialista!..., también se sienten lobos, y ponen sus condiciones para la concesión de la limosna... Entretanto, el pueblo ruso, al que se han arrebatado todos sus elementos de vida moral, social y económica, desesperado y ciego, se dirige hacia la capital, donde tiene su residencia el despotismo bolchevique, y augura tremendos y sangrientos choques. Y las tropas bolcheviques, formadas por criminales mercenarios, se aprestan a luchar con las multitudes hambrientas, empleando contra ellas hasta los gases asfixiantes.

La lección es durísima, pero no dejará de ser provechosa. Ella nos enseña lo que sería el mundo si en él llegase a prevalecer el funesto régimen comunista. ¿Qué dicen ante este espectáculo los partidarios de la Tercera Internacional y todos los que sueñan con estas utopías antisociales? ¿Es eso lo que quieren para su pueblo, para su familia y para ellos mismos?

* * *

—No me preocupan los problemas de ultratumba—decía un sujeto.

—Ni a mi perro tampoco—le contestó otro.

* * *

¡Oh pobres amigos míos ciegos y sordos!
¡Cuántas veces, al ver y oír las cosas del mundo,
envidio las tinieblas y el silencio en que vivís!

* * *

Juzgad al hombre por lo que él es, no por lo que fueron sus antepasados.

Ese majadero, que no dice más que tonterías, se jacta de pertenecer a una familia ilustre; pero sus dichos y sus hechos demuestran que pertenece a la familia de las cucurbitáceas.

* * *

Sed indulgentes con los errores del ciego amor, pensando que contra la fuerza del amor puede poco la debilidad del corazón humano.

Ya Agatón dijo en el Banquete que Marte mismo no puede igualar al Amor, porque no es Marte el que posee al Amor, sino el Amor el que posee a Marte; y el Divino Maestro perdonó a la mujer porque había amado mucho.

* * *

Voy a dar a ustedes noticia circunstanciada de la institución ético-punitivo-infantil del *acusita*.

Hace muchos años, los niños de León llamaban *acusita* al que espontáneamente, por propio impulso, descubría las picardihuelas de los demás.

Si un niño se acercaba al maestro y le decía: «Don José: Manolito ha dicho que usted es muy feo», o «Luis López está fumando detrás de la puerta», el tal era calificado de *acusita*, y su conducta sufría inmediata y ejemplar sanción.

La cual consistía en apoderarse del delincuente, y, buscando un lugar adecuado al caso, tender al chico boca arriba, sujetarle fuertemente entre todos y someterle a ciertas involuntarias exhibiciones que menoscababan gravemente su varonil dignidad.

Otras veces, el castigo no era como este, de índole moral y afrentosa, sino físico y casi cruento, y consistía en coger al sujeto unos por la cabeza y otro por los pies, y golpearlo acompasadamente sobre una piedra colocada en el suelo, con gran dolor de aquella parte del cuerpo que hipotecó Sancho Panza para el desencanto de Dulcinea.

Al pasar los años y ver en la sociedad tantos bellacos acusitas como deshonoran la vida social, he pensado muchas veces en la conveniencia de aplicarles también aquel régimen penitenciario u otro equivalente.

* * *

Disimula las impertinencias de los viejos, pensando que, más pronto de lo que imaginas, tendrán que disimulártelas a ti.

* * *

Saber esperar es saber vivir.

* * *

La suma perfección en lo humano consiste en vivir para los demás, de tal modo que el mal ajeno nos preocupe más que el bien propio.

* * *

Cierto sujeto de estos que se llaman librepensadores clamaba un día, en la tertulia del Ateneo de Madrid, contra la Religión, la intolerancia y el fanatismo, recomendando a todos que hicieran lo que él hacía, a saber: emanciparse de las preocupaciones religiosas y vivir la vida de hombre libre y racional.

Como frecuentemente pidiese vasos de agua y los bebiera con avidez, el doctor S. le dijo:

—Hombre: no beba usted tanta agua, porque le va a hacer daño.

Y el otro contestó:

—Tengo una sed abrasadora... Estas comidas de vigilia...

* * *

Conocerás, ¡oh sabio!, los más recónditos secretos del cielo, de la tierra y de los mares: lo que no conocerás nunca es el corazón de la mujer:

* * *

Mientras los directores de muchedumbres sean, como de ordinario lo son, sujetos de liviano bagaje mental, ayunos de toda preparación sociológica, no hay posible redención para el proletariado.

Obligación es de quienes de veras son demócratas oponer a esta labor deshonrosa otra seria de educación de las multitudes, para hacer hombres que puedan intervenir en la vida nacional «con los libros en la mano», según dijo Costa, no con gritos callejeros, como las mujeres histéricas, o a pedradas, como los niños mal criados.

* * *

El vestíbulo del Monte de Piedad de Madrid se ha engalanado porque S. M. el Rey D. Alfonso XIII viene a inaugurar una Conferencia de Cajas de Ahorros.

Una inmensa muchedumbre de niños se dispone a recibir al Soberano cantando un bello himno a la Previsión. Al frente de ellos, subido sobre un escabel para dominarlos, está el maestro, que, con paciencia benedictina, ha llegado a encauzar y armonizar las infantiles voces, que es tanto como sujetar las olas del Océano.

El maestro está triste, y aunque su vista parece atender al orden del infantil ejército, su espíritu, sin duda atribulado, mira a otra parte muy lejana.

—¿Qué le pasa, maestro?—le decimos—. El niño que tiene usted enfermo, ¿tal vez está peor?

—Mi niño ha muerto esta noche—contesta.

—Y ¿cómo ha venido usted? Su corazón no estará para esto...

—Sí, señor, sí; ¡el deber es lo primero!

En esto aparece el Rey en la escalera. Y el dolorido maestro, esgrimiendo la batuta, da con ella unos golpecitos en el atril y hace surgir de aquella masa la admirable armonía del himno, que todo el mundo escucha alegre y regocijado.

Todos..., ¡menos nosotros dos!

* * *

El mundo sin hombres ni mujeres sería un verdadero paraíso.

* * *

La mayor parte de los dolores de que nos lamentamos nos los debemos a nosotros mismos.

* * *

—No te molestes en trabajar para el prójimo—dice un egoísta—, porque no te lo ha de agradecer.

—Precisamente por eso—contesta el hombre generoso—trabajo con mayor gusto, porque lo hago de balde y para mi propio corazón.

* * *

Dice Edmundo de Amicis que, visitando un día la catedral de Burgos, vió a un venerable sacerdote que desde el púlpito aleccionaba a los fieles, hablándoles del cielo, de los ángeles, de la vida eterna, tendiendo la mano hacia su auditorio, como si se dirigiese a alguna persona caída, para decirle: «¡Levántate!...» Y añade el gran escritor que sintió deseos de dar la mano a aquel sacerdote, diciéndole: «¡Levántame!»

Si todos pensásemos así, mucho menor sería el número de los caídos.

* * *

No te enfades por el mal genio de tu amigo. ¿Qué culpa tiene el infeliz de padecer hiperclorhidria?

* * *

Este hombre habita en un cuarto inmundo, sumido en las tinieblas de un patio hórrido, sin aire, sin luz y sin sol.

¡Y queréis que sea feliz y que viva tranquilo un hombre que nunca puede ver el cielo!...

* * *

Con la edad siento crecer en mí la tolerancia y la indulgencia para los pecados ajenos, sin duda porque conozco mejor los propios.

* * *

Nunca perdona una mujer que se la llame fea, ni un hombre que se le llame tonto.

* * *

D. Gumersindo de Azcárate dijo una vez que hay cosas que no son delito y debieran serlo, como la ingratitud.

Y el Rey Don Alfonso el Sabio, gran autoridad en materia de ingratitudes, escribió en la IV Partida:

«Ingrati son llamados los que non agradescen el bien fecho que les fazen, que quier tanto decir en romance como desconoscientés... E esto es una de las grandes maldades que ome puede fazer.»

* * *

No confundamos la formalidad con la seriedad.

Tal vez entre una y otra cualidad exista sólo una diferencia de grado; pero, de todos modos, es lo cierto que el hombre debe ser formal siempre, y serio a ratos.

* * *

Dice un proverbio árabe que el hombre perfecto es aquel que ha sabido tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

Si reflexionamos un poco sobre este dicho, veremos que es un bello ditirambo a la fuerza creadora, al altruísmo y a la inmortalidad; todo enaltecido por el trabajo, la esperanza y el dolor.

Los hijos, los libros y los árboles, obra de dulce ilusión, son, en efecto, el viviente testimonio del poder creador con que Dios ha comunicado algo de Sí al hombre para orientarle hacia la Eternidad.

* * *

¡Oh, señoras mías, bien intencionadas y mal aconsejadas, que organizáis y dirigís fiestas mundanas, con fines benéficos, en esos grandes hoteles, templos de muchos vicios! No mezcléis las licenciosas costumbres de la moda con las purísimas efusiones de la caridad, porque, a ese paso, no será difícil que paladinamente lleguéis a convertir el pecado en instrumento de la virtud.

* * *

Un caballero pidió a San Ignacio consejo para reformar la conducta en ocho días, y San Ignacio contestó:

—¡Ocho días! Pero ¿está usted seguro de que va a vivir ocho días?

* * *

Cuando los lobos se enteraron de que un filósofo llamado Hobbes había dicho que «el hombre es un lobo para el hombre», se reunieron en una gran

asamblea y acordaron por unanimidad exigir la reparación de aquella injuria.

* * *

Entremos en el augusto recinto de la universidad.

El catedrático, envuelto en la venerada toga, avanza majestuoso por el claustro, penetra en el aula, sube unos breves escalones y ocupa su sitial debajo de un rico dosel que da decoro a un gran cuadro, maltratado por el curso demoledor de los siglos. Entran en pos del ceremonioso maestro hasta cuatro estudiantes, que, aburridos y melancólicos, se sientan en los vetustísimos escaños.

El catedrático coloca en la mesa unos papeles, y comienza a hablar con estas o parecidas razones:

EL CATEDRÁTICO.—Señores: Hemos dedicado el curso anterior a exponer el concepto subjetivo de nuestra asignatura en sus relaciones con el sujeto general de la ciencia, que es, en cuanto tal ciencia subjetiva, una relación de eficiencia causal, y hemos de dedicar el curso presente al examen analítico del concepto objetivo de nuestra disciplina, pensando que...

PEDRO (*uno de los alumnos, piensa*).—¿Qué estará haciendo ahora Leocadia?... Cada día es más guapa y me quiere más... ¡Con qué gusto recibió ayer el soneto! Voy a hacerle otro. (*Escribe.*)

JUAN (*otro alumno, pensando también*).—Bueno. Mi padre me dice que va a venir. ¡Qué conflicto! ¿Qué le voy a decir de los dineros que me envió para pagar mis deudas? Ahora se enterará de

todo... Y el caso es que doña Carmen no me fia más, y está dispuesta a cualquier cosa.

ANTONIO (*otro, que también piensa*).—Esta combinación no marra. (*Escribe.*) As, sota, cinco... Cinco, sota, as... Mayores... Derecha... Es evidente. Esta noche me hago, seguramente, rico.

DIEGO (*otro, pasando la vista por un libro*).—«El detective cogió por el cuello a «Mataniños» y apretó, apretó como una viviente tenaza, mientras la víctima disparaba el revólver que llevaba oculto en una bota.»

EL CATEDRÁTICO.—Claro es, señores, que el concepto objetivo de nuestra ciencia dice relación a aquellas realidades metafísicas, o, mejor dicho, ontológicas, que constituyen el contenido formal de nuestra investigación en cuanto tales entes objetivos, sin referencia alguna al sujeto. Pensemos que...

PEDRO (*escribe*).—«La luz que de tu frente pura irradia.» Muy bien. Este verso es magnífico... Después vendrá como de perlas «Leocadia» y «Arcadia», y...

JUAN (*pensando*).—¡Bueno es mi padre para tragarse estas bolas!... Es seguro que me ha de molar a palos... Y a doña Carmen ya no puedo acudir, porque esta señora es de Caballería.

ANTONIO (*en la región del recuerdo*).—La sota vino anoche cuatro veces después del cinco... De modo que diez, que hacen veinte; veinte, que hacen cuarenta...

DIEGO (*leyendo*).—«Cuando el «Mataniños» tenía fuera de la boca un palmo de lengua y la congestión se iba apoderando de su rostro, el verdugo se quitó el antifaz, descubriendo una linda cara de mujer.»

EL CATEDRÁTICO.—Conque tenemos que si bien es cierto que, considerada nuestra ciencia en su aspecto subjetivo, carece, por decirlo así, de substantividad y es, en cierto modo, sólo una relación lógica concomitante con el sujeto...

Se abre la puerta y surge en ella un galonado bedel, que dice:

EL BEDEL.—¡Señor catedrático: la hora!

El catedrático recoge sus papeles, desciende ceremoniosamente de su solio y sale al claustro. Los alumnos, ahora ya más animados, salen también: uno, a llevar el soneto a la novia; otro, a idear trazas con que engañar a su padre; el tercero, a refinar sus taturerías, y el otro, a concluir de leer la disparatada novela.

* * *

Nunca he podido comprender, ¡oh bella Clarita!, por qué ha de ser más considerado el doctor que atiende a las torpezas de tu estómago que el otro que cuida del hermoso marfil de tus dientes.

* * *

«¿Podemos estar seguros de que mañana saldrá el sol?»—preguntaba Brunetièrre, extremando su menosprecio por la pobre sabiduría humana.

Con esta duda del escritor francés no queda muy bien parada la formalidad del sol, que, según dijo bellamente el gran poeta Núñez de Arce, promete salir todos los días:

El sol, al ocultarse tras la sierra,
Desbordándose en luz de ópalo y grana,
Decir parece a la afligida tierra:
¡Adiós, bien mío! ¡Volveré mañana!

Pero, sin ser tan escépticos como Brunetiére, no estará demás que, como norma práctica de la vida, tomemos nuestras precauciones y estemos siempre apercebidos contra un posible fracaso de estas que creemos leyes inmutables de la Naturaleza; y sin dudar de que mañana ha de salir el sol, bueno será que preparemos nuestra lamparita por si acaso...

* * *

Ansiamos, no lo mejor, sino lo que no tenemos.

Cuando, huyendo del bullicio de la corte, me dirijo al campo buscando la paz de la aldea, cruzo en el camino con los que, huyendo de la tranquilidad de la aldea, buscan el ruido de la corte.

* * *

No te maraville el raro capricho de esa mujer que te desprecia, ¡oh bello Apolo!, y ama y mima a aquel tosco y bárbaro Polifemo.

Lo mismo hace con los animales. Huye del inofensivo ratoncillo, todo gracia, primor y gentileza, y se deja besar y lamer por ese grotesco perro, de morros caídos, de ojos velados por las legañas, de torcidas patas y de lanas ásperas y harapientas.

* * *

A estas llamadas fiestas patrióticas tenemos muchos reparos que oponer.

¿Qué es lo que se entiende ahora por fiesta patriótica?

Veamos.

Reúnense en un pueblo unas cuantas personas, ordinariamente de buen humor, amigas de bullir y figurar, y organizan una de estas diversiones, que unas veces es un baile; otras, una representación teatral; otras, una bárbara capea de novillos. En los carteles anunciadores se dice que los productos líquidos de la función se han de destinar a tales o a cuales necesidades de la guerra. Asiste la gente más por los alicientes de la fiesta que por los fines de ella, y se entrega durante varias horas al bullicio, la alegría y la diversión, cuando en aquellos mismos momentos el dolor y la muerte se pasean por los campos de batalla, cebándose cruelmente en muchos desdichados hermanos nuestros.

Bailan y gozan estos que se llaman patriotas, mientras sufren y perecen los soldados en tierra africana. Nadie, mientras dura la fiesta, piensa en ellos, sino en la descocada cupletista o en la no menos desbaratada señorita que se exhibe medio desnuda en palcos y butacas, o en el temerario novillero que arriesga ante una fiera la vida que en otro lugar tan útil podría ser a la patria. Y terminada la función y pagados sus gastos, que suelen ser cuantiosos, se recoge un puñado de pesetas para los fines patrióticos consabidos. ¿Dónde está aquí el patriotismo? El patriotismo no se ve aquí por ninguna parte.

Con el mismo fin podrían emplearse medios más racionales y eficaces. Una cuestación a domicilio, una recaudación secreta a la puerta del templo, una contribución voluntaria sobre los gastos superfluos..., producirían una enorme cantidad de dinero, avalorada por el sacrificio personal, realizado, por amor de Dios, en obsequio de nuestros

hermanos que sufren en Melilla. Este proceder podría, justificadamente, calificarse de patriótico y caritativo, y resolvería en gran parte el problema económico, que es concomitante siempre con la guerra.

La vanidad en este particular, como en tantos otros de la vida social, esteriliza los mejores intentos. Todos los días vemos en los periódicos ilustrados fotografías que denotan este liviano afán de la exhibición. La cuenta guerra marroquí sirve también de pretexto para que muchos exterioricen este verdadero prurito de notoriedad. No hay en ellos patriotismo, ni caridad, ni nada elevado y digno de encomio, sino anhelo imbécil de salir en los periódicos. Y en verdad que la guerra es una cosa muy tremenda para tomarla como pretexto de semejante majadería.

Los periódicos tienen gran parte de la culpa en esta parodia del patriotismo. Con excesiva generosidad abren sus puertas a todo intento vanidoso; y, sin quererlo, hacen un daño inmenso. Cada exhibición de estas *damiselas patrióticas* y de estos *pollos bien*, que en playas y balnearios se sacrifican divirtiéndose gentilmente a la salud de los soldaditos africanos, es un poderoso incentivo para muchísimos espíritus débiles encerrados en cuerpos retozones, propicios siempre al holgorio y la diversión. ¡Por Dios, hermanos periodistas: bajad el obturador de vuestras máquinas fotográficas y echad la sordina a esos adjetivos que están poniendo en solfa la gran tragedia del Rif!

El patriotismo es una virtud, y como tal, supone elevación de espíritu, sacrificio, abnegación y renunciamento. Las llamadas fiestas patrióticas al

uso son, por el contrario, expresión de liviandad y egoísmo, y pretexto para dar rienda suelta a las más bajas pasiones. El placer individual siempre es grosero, tanto como el dolor es espiritual y depurador.

¿Qué pensarían de estas *juergas* patrióticas las madres de los infelices muchachos arrancados del hogar doméstico por las exigencias del verdadero patriotismo, y que en la inhospitalaria tierra africana sufren y penan mientras las señoritas se entregan a la rumba, al tango y a otros bailes indecentes y salvajes importados de la Patagonia? Y ¿qué dirá el pueblo que trabaja y sufre también, al contemplar estos espectáculos desmoralizadores, en los que se derrocha un dinero que tanto cuesta adquirir?

* * *

La reforma social nos lleva a un estado en el que no es posible ni la gran felicidad ni la gran desventura: *Aurea mediocritas*, en que cada uno cede un poco de su bienestar para acudir a lo que le falta a su hermano.

* * *

Educar y fortalecer la voluntad es la gran obra del maestro. La voluntad es la mano de la inteligencia: poco importa saber, si no se sabe o no se quiere ejecutar.

* * *

Mejor es afirmar que negar, y mucho mejor edificar que destruir.

* * *

En el jardín toledano del Greco, a la hora en que recibe las últimas caricias del sol de la tarde, me siento como sumergido en un ambiente de dulce paz que convida a la meditación.

Mil variadas flores alegran los sentidos con sus bellos colores y sus delicados aromas. Una sinfonía tenue, inefable, se eleva desde las profundidades donde el Tajo arrastra su corriente, y viene a halagar mis oídos. A veces cruza el espacio piando alguna avecilla retardada que vuelve, gozosa, al nido, en donde la aguardan la esposa y los hijuelos. Lejos, muy lejos, como en otro mundo distinto de este en que estamos, suenan tañidos de campanitas monjiles, balidos de ovejas, rumores inexpresivos de voces que no parecen humanas.

Alguien pensará que en un ambiente como este, de incomparable dulcedumbre, viviría tranquilo Dominico Theotocópuli, entregado a la serena creación de la belleza; pero no ha de olvidar que el espíritu del Greco se movió aquí convulso por las más agrias pasiones, torturado por las mayores inquietudes y atormentado por dolores de gran cuenta.

No creáis que la paz está en el aire que nos rodea: pensad que es preciso buscarla en nuestro propio corazón.

* * *

Cuando vayas a juzgar los pecados ajenos, será bien que los compares con los propios.

Si los miras a través de tu conciencia, te aparecerán pequeños y alejados, como los objetos que se contemplan con unos gemelos al revés.

* * *

Los grandes bienhechores de la Humanidad han sido grandes desgraciados. A los hombres felices no les atrae el bien, porque la felicidad endurece el corazón, tanto como el dolor lo depura y sensibiliza.

* * *

El director espiritual pregunta al penitente:

—¿Ha dicho usted alguna mentira?

Y el penitente contesta:

—Padre... Soy hombre político.

* * *

Si tienes vocación para el matrimonio, procura elegir mujer antes de pasar los cuarenta años, porque, de otro modo, corres peligro de casarte, al fin, con la criada.

* * *

Al bucear en la vida de los hombres peligrosos, profesionales de la revolución y agitadores de las pasiones de las muchedumbres, casi siempre encontramos en ella un período infantil de abandono, de codicia explotadora y de ineducación moral y religiosa.

Aquellos niños sin amor son estos hombres sin piedad. Recordemos las enérgicas palabras de doña Concepción Arenal:

«Salvas raras excepciones, el hombre criminal fué un niño desdichado a quien faltaron buenos ejemplos y caricias.»

* * *

Cuando en los hoteles había *mesa redonda*, donde se exhibían las groserías de los comensales, pre-

sencié un día cierto espectáculo que afirmó en mí la convicción de que la verdad, la sinceridad y la recta expresión del pensamiento tienen una fuerza verdaderamente arrolladora.

Más de veinte personas nos sentábamos en aquella mesa de un acreditado hotel palentino.

Ocupaba la cabecera un caballero de noble continente, con una bella cabeza digna del pincel del Greco, y todo un porte señorial que le hacía muy simpático y respetable. Debía de ser de los antiguos linajes que abundan en aquella tierra, tal vez de Carrión o Astudillo, o de la otra parte del Valle de Cerrato.

Comenzó a comer con pulcritud de señor acostumbrado a la buena mesa, y, hacia la mitad de la comida, asió un sifón de agua carbónica que a su lado tenía, e inclinándole sobre un vaso, como si se tratara de una botella corriente, intentaba en vano hacer salir el líquido. Agitábale a uno y otro lado, quería sacar la cabezuela metálica que le sirve de cierre... todo en vano. Al verlo, un grupo de mozalbetes atrevidos se reía gentilmente de aquella torpeza y la comentaba por lo bajo con frases mortificadoras.

Todo lo veía el caballero, y queriendo, sin duda, dar una lección a los desvengozados, dijo, dirigiéndose al mozo:

—Oiga, camarero: hágame el favor de destaparla, porque como nunca he visto botellas de esta clase, no sé cómo se abren.

Y los mozalbetes, que esperaban, sin duda, otra cosa, se quedaron corridos y aprendieron muy bien la lección.

Es un hecho notorio que se ha rebajado la talla para la adjudicación de empleos, honores y preeminencias, con lo cual vienen a ocupar los altos puestos del Estado hombres que antaño no hubieran podido pasar de los escalones.

La causa de esto se halla, a mi juicio, en las condiciones de publicidad de la vida moderna, que, a fuerza de extremar los calificativos halagüeños para los hombres, han arrancado a éstos la virtud de la modestia, que era un razonable valladar ante las elevaciones injustificadas.

Porque estos elogios hiperbólicos, llamando un día y otro día en las orejas de los ambiciosos, llevan la convicción al ánimo y hacen creer a los majaderos que efectivamente son seres superiores.

* * *

Las gentes ineducadas suelen burlarse de los defectos físicos de los hombres imperfectos.

Esta burla es la vanidosa presunción del fuerte en presencia del débil.

* * *

Los grandes hombres que publican la modestia de su linaje y las dificultades con que han luchado en la vida hasta alcanzar el triunfo, dan una lección de humildad, siempre provechosa, y otra de optimismo y de estímulo, utilísima también para la juventud trabajadora.

* * *

No sólo los capitalistas explotan a los débiles. Frecuente es ver a hombres del pueblo hacien-

do trabajar a sus mujeres y a sus niños, mientras ellos se entregan a una vida de ocio y disipación.

El egoísmo no entiende de linajes.

* * *

Más que lo abstracto, me gusta lo concreto; más que el álgebra, la geometría; más que el hotel público, el hogar doméstico; más que el parlamento, el municipio, y más que el púlpito, el confesionario.

* * *

Queriendo ver el efecto que el decoro externo produce en el espíritu más inferior, cierto caballero buscó entre sus criados el más sucio, grosero e ignorante; y vistiéndole un traje señorial, con la mayor pulcritud y atildamiento le llevó delante de un espejo, y le dijo:

—¿Qué te parece?

A lo cual el otro, asombrado de verse en tan noble guisa, respondió:

—¡Cómo me respeto yo a mí mismo!

* * *

El artículo 18 de la Constitución rusa bolchevique dice: «Quien no trabaje, no coma.»

¡Hombre! Yo he leído eso en otra parte... ¡Ah, sí! Ya recuerdo: en el versículo 10 del capítulo 3.º de la segunda epístola del Apóstol San Pablo a los tesalonicenses.

* * *

Si quieres ser perseverante conociendo el valor de los pequeños esfuerzos reiterados, piensa que

allegando pequeños sillares se construyeron las pirámides de Egipto, y letra a letra fueron compuestas las obras de Cervantes.

* * *

Somos caritativos, pero no sabemos ejercer la caridad, y derrochamos el dinero en obras que creemos buenas y no lo son. Damos indiscretamente limosna en la calle al primero que nos la pide, sin enterarnos de si es un necesitado o un vago. Contribuímos espléndidamente a las fiestas llamadas impropriamente benéficas, sin pensar que, de ordinario, no son sino exhibiciones de la vanidad. Pagamos inconscientemente recibos de suscripciones a cosas que desconocemos, y a lo mejor se descubre que con tales recibos hemos venido contribuyendo a sostener estafadores...

Y, entretanto, arrastran existencia lánguida y vienen a perecer instituciones de positivo valor social, que vivirían holgadamente con los recursos que nosotros dilapidamos sin orden ni concierto.

* * *

Aunque a muchos nos repugne, es preciso reconocer al dinero aquel grado de aprecio que dimana de su necesidad para las cosas de la vida.

Donosamente nos lo dijo, hace ya muchos años, aquel ingenio peregrino que se llamó José Fernández Bremón.

Nos retirábamos a nuestros hogares, a eso de las dos de la mañana, varios amigos después de ganar honradamente el jornal cada uno en la redacción de su periódico, cuando, arrimado a una

pared, vimos un pobre ciego que tocaba penosamente la flauta.

—El dinero es una cosa despreciable—decía uno de los amigos—; no sirve para nada...

—Poco a poco—replicó Bremón—; sí sirve, sí sirve...

—¿Para qué sirve? ¡Vamos a ver!...

—Pues sirve para no tener que tocar la flauta en las esquinas a las dos de la madrugada.

* * *

Buscad para vuestras instituciones sociales el apoyo de la tradición, sin la cual todo lo que edifiquéis será deleznable y se abatirá ante el primer sopro adverso.

La tradición os dará la fuerza permanente de la roca estratificada por los siglos, acrecida por los aluviones y oreada por el sol de cada día, porque ella, como ha dicho el gran Torras y Bages, «es una solidaridad inmensa, una transmisión y comunicación de vida entre los hombres pasados, presentes y futuros que viven en un país».

* * *

Frecuentemente oigo pregonar las virtudes de algún señorón adinerado, bien comido y bien bebido, habitante en rico palacio, rodeado de solícitos servidores, el cual no roba, ni mata y cumple pasablemente otros mandamientos de la ley de Dios.

Para juzgar de la virtud de este sujeto, con- vendría recluírle en una buhardilla, alimentarle

con pan y cebolla y rodearle de peligros y tentaciones.

Cuanto más que a muchos de aquellos caballeros, tenidos por virtuosos, hay que aplicarles el dicho de Quevedo: «Han dejado el mal de cansados, y no de arrepentidos.»

* * *

La patria se define por las dos formas metafísicas: el espacio y el tiempo, concretada la una en un determinado territorio, y la otra en la sucesión orgánica de los fenómenos históricos.

* * *

Hay muchos hombres que se creen sabios porque se pasan la vida repitiendo lo que otros sabios han dicho.

A estos tales convendría preguntarles:

—Bueno... Eso es lo que dicen los demás; y usted, ¿qué dice?

* * *

Cerca de la ciudad de Barcelona existe un lindo pueblecito que se llama San Juan Despí. Asíéntase en aquella frondosa vega del Llobregat, de la que dijo el gran poeta Rubió y Ors:

«... mes que'l palaus moruns
val ma cabanya enramada
ab les flors que ma estimada
roba'l matí al Llobregat.»

Y en este pueblecito funciona, desde hace muchos años, un Ateneo popular, fundado por el es-

clarecido patricio D. José Maluquer de Tirrell, a quien nunca podrán agradecer bastante aquellos ribereños los muchos beneficios que generosamente hubo de prodigarles en una larga vida, toda ella consagrada a las más nobles empresas.

Pues a un alumno de este Ateneo le ocurrió lo que voy a relatar ahora.

Trátase de un muchacho que, habiendo terminado sus estudios de primera enseñanza en el Ateneo de San Juan Despí, fué llevado por su padre a Barcelona en solicitud de colocación en una fábrica. Entraron padre e hijo en ella, y mientras llegaba el patrono, hicieronles esperar en un despacho o escritorio donde un empleado trabajaba sobre libretos de contabilidad.

El empleado estaba agitadísimo porque no le salía una cuenta, e impaciente, llamó a un compañero para que le sacara del atranco; pero no lo pudo conseguir, pues al compañero también se le enmarañaron los números, y tampoco, como vulgarmente se dice, daba pie con bola.

Atento a la discusión de los dos empleados, el niño daba muestras de gran inquietud, hasta que, no pudiendo contenerse, dijo:

—Si ustedes me lo permiten, yo les diré dónde está la equivocación.

—¡Cómo! ¿Tú sabes de estas cosas?

—Sí, señor; el error con que ustedes tropiezan es éste, y se resuelve de este modo.

Y sencillamente les explicó la operación aritmética que desataba la dificultad.

—Pues tienes razón, chico...; pero ¿tú dónde has aprendido esto?

—En el Ateneo de mi pueblo.

El niño se quedó a trabajar en la fábrica, siendo uno de los buenos empleados de Barcelona.

* * *

—No creo en la moral, no creo en la ciencia, ni en el arte, ni...

—Ni en tu imbecilidad tampoco.

* * *

No llares sociales a esos crímenes. ¿Por qué sociales?... Crímenes antisociales has de llamarlos, ya que con ellos se pretende destruir la sociedad: son el natural fruto de la anarquía.

Tampoco les es propio el calificativo de sindicalistas, por más que, abusando un poco de la antonomasia, se llama hoy sindicalistas a quienes fueron siempre conocidos con el nombre de anarquistas. El sindicalismo es un instrumento de acción social que puede ser bueno o malo, según su empleo; y así el sindicalismo cristiano es cosa excelente, y el sindicalismo anarquista es abominable.

* * *

El pensionista más viejo del Instituto Nacional de Previsión es una mujer gallega que, por permisión divina, ha llegado a cumplir ciento veinte años de edad. Doña María Padín, que así se llama esta viejecita, vió por vez primera la luz del mundo en el año 1801, alcanzando una longevidad inusitada, que la presenta ante nosotros como una criatura merecedora de la mayor veneración.

¡Ciento veinte años!... No es necesario discurrir

mucho para comprender qué suma de dolores, de esperanzas perdidas, de triste malestar y desasosiego supone una existencia tan dilatada en el ambiente de pobreza en que ha vivido Doña María Padín, a *ceguiña d'o campo*, como amorosamente la llaman en su tierra.

Si la persona que vive sesenta o setenta años es considerada, por el común de las gentes, como sobrepuesta ya a las miserias morales que son obligado cortejo de la humana naturaleza..., extintos todos sus malos deseos, y como borradas por el Jordán del tiempo las asperezas de la voluntad..., si en todos los pueblos civilizados se tolera a estos ancianos que se hallan próximos a la sepultura todas las imperfecciones y se les prodigan todos los cariños y cuidados y aun se les rinde una especie de culto como a seres ya casi en contacto con la Divinidad, ¿qué diremos de quien de manera tan singular ha llegado a poner su vida mucho más allá de los términos en que la ancianidad suele contenerse?

¡Bien hacen los que aman y respetan a los ancianos!... Dios te bendiga, ¡oh María, *ceguiña* piadosa!, y te llene de gracia sempiterna.

* * *

No vituperéis de insensibles a quienes, por deber profesional, se hallan en diario contacto con el dolor. Sin esta insensibilidad su benéfica labor sería imposible.

* * *

Conozco muchos hombres que se pasan la mitad de la vida molestando a los demás con sus vio-

lencias, y la otra mitad dando explicaciones por haber molestado.

* * *

D. Santiago de Masarnau, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, prefería para ellas a los hombres muy ocupados, porque pensaba que éstos tienen disciplinada y regularizada su vida y bien dispuesta, por lo tanto, para el trabajo.

* * *

¿Qué hace ese hombre?

¿Menosprecia a la mujer caída? ¿Se burla de los defectos físicos de los demás? ¿Habla mal de quien le favoreció?...

¡Basta Ese hombre es un malvado.

* * *

No conozco cosa más inconveniente que las llamadas «conveniencias sociales».

Estas conveniencias no son sino injustificadas necesidades que nosotros mismos nos hemos ido creando y mantenemos frecuentemente a costa de grandes sacrificios.

* * *

Cuando en el curso de un trabajo difícil veas a tu ánimo desfallecer, considera, no el trabajo que te falta por realizar, sino el que ya has realizado, y seguramente te sentirás reconfortado para proseguirlo.

* * *

Las leyes económicas con que se intenta justificar las mayores infamias no pueden violar otras leyes eternas de la moral impresas por Dios en la conciencia de los hombres: aquéllas son contingentes y mudables, éstas son necesarias y permanentes.

Sean cuales fueren las condiciones actuales en que se produce la riqueza, ellas no pueden en modo alguno oponerse a los principios de la moral y a las reglas de la conducta cristiana, que mandan hacer el bien y evitar el mal, y no hacer a otro lo que no quisiéremos que nos hiciesen a nosotros mismos.

Las mismas honrosas excepciones, que en nuestra tierra abundan, de hombres acaudalados que saben hacer un «uso cristiano» de las riquezas, demuestran elocuentemente que la pretendida inexorabilidad de las leyes económicas no existe, ni es a menudo otra cosa que la hoja de parra con que intentan cohonestar su pecado aquella casta de «hombres poderosos y riquísimos» que, según León XIII, tienen acaparados los bienes del mundo y han impuesto a la muchedumbre de los humildes un yugo que difiere poco del de los esclavos. Todos conocemos a aquellos varones, verdaderamente piadosos, que muestran la virtualidad de su religión en todas partes, y que en la peligrosa esfera de la vida económica proceden siempre conforme a los dictados de una recta conciencia, sin apartarse del buen camino de la justicia si no es para tomar el de la caridad. ¿Es que las leyes económicas no alcanzan a los negocios de estos hombres?

Lo que ocurre es que el egoísmo y la concupiscencia buscan siempre recursos con que justificar

sus torpes anhelos, y en lo que se refiere a la adquisición y acrecentamiento de la fortuna, los hallan muy abundantes y con apariencia racional y científica en el campo anticristiano del individualismo o liberalismo económico con este concepto de la inexorabilidad de las leyes económicas, a las que dicen estar sujeto el movimiento de la riqueza sin intervención alguna de las exigencias de la moral.

Seguramente que si a muchos de los hombres que así piensan se les motejase de individualistas pondrían el grito en el cielo, pues se tienen por buenos y piadosos cristianos, aunque sus obras no se conforman con sus palabras. Pero ya lo dijo el divino Maestro: *Operibus credite, non verbis.*

* * *

Sobre esto de la fortaleza del espíritu tendríamos mucho que hablar, pues desde el que realmente es fuerte porque con ánimo sereno afronta los peligros y las dificultades que se oponen al curso de una vida encaminada al bien, hasta el que se cree un Hércules espiritual porque come jamón el día de Viernes Santo, la serie de los hombres fuertes es infinita.

* * *

A un sujeto que hablaba de sociología desbarrando de lo lindo, le dijo un oyente:

—Explíqueme usted la teoría de las ecuaciones abelianas.

—Hombre—replicó el primero—, ¿cómo quiere usted que hable de eso, si no lo he estudiado?

—Ni lo otro tampoco.

* * *

La inhibición tiene también su aspecto relativo.

Bien lo decía aquel sujeto a quien recomendábamos la moderación inhibitoria:

—Ya la tengo contestaba—, porque el instinto me compelia a dar dos puñetazos a este hombre, y, reprimiéndome, sólo le he dado uno.

* * *

Cuando veo departir amigablemente, en los pasillos del Congreso, a quienes acaban de injuriarse fieramente en el salón de sesiones, recuerdo la sorpresa que me produjo ver en cierta ocasión a Don Juan Tenorio y a Don Gonzalo de Ulloa entre bastidores bebiendo, mano a mano, una botella de cerveza después que el valiente Don Juan había matado al buen Comendador.

* * *

Respetar el ensimismamiento de este hombre. ¡Quién sabe si está contemplando los secretos dolores de su alma!

* * *

En la calle, los hombres miran a las mujeres para gozar de su belleza, y las mujeres miran también a las mujeres para gozar con sus imperfecciones.

* * *

Promete poco y cumplirás mucho.

* * *

Eres como la culebra, parásito adulator. No tienes manos para trabajar, pero tienes músculos para arrastrarte.

* * *

Sobre el valor de la vida humana, y para aviso de aquellos sujetos que son como esclavos de ella, vamos a hacer una cuentecilla, que seguramente ha de serviles de escarmiento.

Supongamos, por ejemplo, que se trata de un hombre de setenta años, edad suficientemente avanzada para una abundante producción.

¿Qué ha hecho este hombre en esos setenta años?

Desde luego, podemos eliminar los primeros veinte años de su vida, en los cuales no ha hecho nada de provecho. Quedan cincuenta.

De los veinte a los veinticinco años, nuestro hombre no ha hecho otra cosa que malgastar el tiempo en locuras y tonterías. Quedan cuarenta y cinco.

Pero de estos cuarenta y cinco será preciso restar la tercera parte a razón de ocho horas diarias dedicadas al sueño. También habremos de deducir cuatro horas diarias para comer, beber, asearse, etc., con lo que sólo nos quedan veinticinco.

Y ¿no será discreto rebajar de estos años los diez últimos de la vida, esterilizados por la debilidad, los achaques y las demás miserias de la triste senectud?

Pues he aquí que llegamos a la cifra final de quince años..., quince años de vida útil para el trabajo, para la convivencia social y familiar, para las

alegrías y los dolores, para la actividad mental, para dar testimonio de persona.

Recordemos el dístico de Campoamor:

Quiero decirte una verdad, y es ésta:
No vale nuestra vida lo que cuesta.

* * *

Por mucho que extremes tus lisonjas para conmigo, ¡oh insigne adulador!, y digas que soy el hombre más grande de la tierra, no por eso dejaré de creer en tu bajeza y en tu majadería.

* * *

Al acercarme a las cosas muy bellas me estremece siempre el recuerdo de aquella mujer hermosa que, cuando Ramón Lull quiso abrazarla amorosamente, descubrió sus pechos corroídos por la gangrena.

* * *

Los poetas modernistas, todo fraseología y bambolla, me hacen el mismo efecto que los automóviles que corren por nuestras calles.

Mucho ruido, mucho humo..., y luego resulta que no van a ninguna parte.

* * *

No conviene que la política vuelva a ser aquel arte inferior que antaño se practicaba en las tertulias de los jefes, y en que eran instrumentos eficacísimos la domesticidad y la adulación. Procure-

mos restaurar para ella el noble concepto aristotélico, haciéndola participar tanto de idealismo como de realidad, mediante una labor que se haga al mismo tiempo en el ágora y en la academia.

Especialmente conviene ponerla en contacto con el pueblo, que es tanto como decir socializarla. Todo se socializa hoy: la escuela, el arte, la ciencia..., hasta la religión, en lo que tiene de humano y terrenal; porque todas estas funciones de la vida colectiva no pueden permanecer apartadas de la corriente circulatoria de la vida social misma, y así las vemos salir de sus herméticos recintos, oreándose al aire y al sol de la realidad, donde hallan la oxigenación que para vivir han menester.

* * *

Nunca he creído en la debilidad de la mujer: antes al contrario, la mujer me ha parecido siempre mucho más fuerte que el hombre.

En lo físico, a la vista está. La maternidad es la prueba de este Caupolicán de la epopeya humana.

En lo moral también da lo suyo la maternidad, teniendo a la mujer en constante estado de abnegación y sacrificio.

En la zona del trabajo, la mujer realiza esfuerzos musculares que la igualan al hombre. Díganlo las faenas agrícolas a que se consagra, las del servicio doméstico, las de la carga y descarga marítima y tantas otras.

Su debilidad es puramente social, y dimana de ser casi siempre sierva, y no compañera, del hombre.

* * *

Enseña la aritmética que la suma de números homogéneos es de la misma especie que los sumandos; pero en la sociedad no sucede así, y frecuentemente la suma de hombres discretos produce una multitud irracional.

* * *

Gran parte de los males de nuestra moderna sociedad dimanar de confundir el orden social con el orden público, cuando son dos cosas distintas.

El orden público tiene su garantía en la coacción de la autoridad sobre los transgresores del derecho.

El orden social estable y definitivo no puede fundarse en el imperio de la fuerza, sino en el de la justicia, que ampara por igual todos los derechos y satisface las legítimas ansias de bienestar de los hombres. No puede haber orden social donde domine la injusticia, que ella de por sí es ya un desorden moral.

La política social, haciendo del Estado el amparador del débil contra la violencia del poderoso, es más eficaz para la conservación del orden social que cualquiera fuerza coactiva, por muy enérgica que se la suponga.

Claro es que esto mismo obliga a no admitir la protesta revolucionaria contra el desorden social. Todas las tiranías son abominables, ya parezcan blancas, ya rojas; pero si hemos de rechazar el empleo de la violencia armada para conseguir el bienestar social, del mismo modo protestaremos contra la fuerza como solución de los llamados conflictos sociales.

La violencia nunca resuelve nada: antes al contrario, suele perturbarlo y enconarlo todo.

En el campo social, la fuerza agrava los conflictos y dificulta la solución, apasionando y entenebreciendo los ánimos.

* * *

La prueba de la buena amistad es el dolor, pero no el dolor plañidero que, como un mendigo, llama a la puerta del amigo implorando conmiseración, sino el otro dolor recatado en el alma, que la verdadera amistad descubre y consuela.

Bien lo cantó mi amigo Miguel Almagro, el *morazo* ubetense:

El amigo verdadero
Ha de ser como la sangre,
Que siempre acude a la herida
Sin esperar que la llamen.

* * *

El jugador es un sujeto que pacta con otros el derecho a robar o a ser robado con todas las garantías de un contrato bilateral.

* * *

Los más nobles trabajos son aquellos que se hacen para la posteridad sin esperanza de recompensa, como el del viejo que planta un árbol sabiendo que no ha de ver el fruto.

* * *

Mercurio ha sabido trocar en oro las grandes miserias y dolores de la vida humana.

El juego, la prostitución, la embriaguez, los vicios sociales, la emigración..., todo es objeto de lucro, de tráfico y de segura ganancia para el avisado Mercader.

Las penas, las lágrimas, los pecados..., vienen a convertirse, mediante esta alquimia mercurial, en dineros y en acciones.

Malas acciones son éstas, ¡oh hijo de Júpiter!

* * *

Los que a sí mismos se llaman espíritus fuertes dicen frecuentemente que la religiosidad es cosa indigna de los hombres y propia sólo de pobres mujeres.

Éstos se parecen a aquellos otros para quienes la esencia de la masculinidad está en blasfemar, dar voces y oler a aguardiente.

* * *

El patriotismo no consiste sólo en contar las glorias de los que hicieron grande a la patria en lo pasado, sino principalmente en imitar sus virtudes para hacerla más grande en lo porvenir.

* * *

Creer en la posibilidad de vencer una dificultad es vencer ya la mitad de ella.

Ya lo dijo Virgilio de otro modo:

Possunt quia posse videntur.

* * *

Un día encontré en la puerta de la Universidad Central a D. Juan Manuel Orti y Lara, catedrático de Metafísica y varón sabio y bueno como pocos.

Llevaba el viejo sombrero de copa en estado de sumo desorden, porque, habiéndole cepillado al revés, se le habían puesto los pelos hacia afuera, como los de un gato en presencia de un mastín, y así el sombrero parecía propiamente un limpia-tubos.

Llamé sobre el caso la atención del esclarecido maestro, y él, sonriendo amablemente y dando una expresión de suma indiferencia a su rostro sutilísimo, fiel trasunto del de Erasmo pintado por Hans Holbein, dijo:

—¿Qué más da?

¡Oh sabia respuesta! Si en tantas menudas cosas de la vida pensásemos de este modo, habríamos de ahorrarnos no pocas amarguras y contradicciones.

* * *

No me explico esa restricción con que muchos escritores ponen límite a la divulgación de sus artículos estampando al pie de ellos esta cortapisa: *Prohibida la reproducción.*

Entonces, ¿para qué escriben?

Mejor que imprimir sus escritos, les cuadraría guardarlos en lo secreto de un calcetín, como la onza del avaro.

Yo nunca me enojo porque otros reproduzcan mis artículos, antes al contrario, me complace que de este modo se contribuya a su difusión.

Lo que sí conviene es respetar la firma, ¡oh acreditados caballeros de la Tenaza periodística!, por-

que, pasado algún tiempo, cuando la gente tope con esos escritos firmados por vosotros y recuerde otros iguales firmados por mí, no va a saber quién es el legítimo ladrón.

* * *

No temas la pobreza material cuando tengas bien dotados el entendimiento y, sobre todo, el corazón.

La madre Celestina dijo:

«Aquel es rico que está bien con Dios.»

* * *

La moderna legislación protectora de los débiles no es otra cosa que los Mandamientos de la Ley de Dios llevados al Derecho positivo.

* * *

No comprendo por qué ha de ser menospreciada la mujer que procura disimular con adornos y afeites los estragos inexorables del tiempo. ¿Qué daño os hace, ¡oh jovenzuelas atrevidas!, esta desventurada criatura con pintarse el rostro, asegurarse los dientes y teñirse y alisarse el cabello?

Obra de misericordia paréceme el intento de evitaros la contemplación de una cara amarilla, unos párpados arrugados, unas mejillas barbudas, una boca desdentada y un pelo enmarañado y verdusco.

No es todo vanidad y protesta contra el tiempo en esta mujer. Su conducta es obra de respeto al decoro propio y a la sensibilidad ajena.

Compadece a esta anciana: que detrás de esa obra de arte palpita siempre el dolor de la gran tragedia de la vida.

* * *

Sobre el compañerismo.

Cierta noche, al retirarse a su casa de París el insigne Sarasate, acompañado de un coro de amigos y admiradores, topó con un pobre ciego que torpemente rascaba las cuerdas de un viejo violín pidiendo limosna en una esquina.

Conmovióse el violinista ante el infeliz, y tomando el violín del ciego, comenzó a tocar en él, con lo que bien pronto reunió allí buen golpe de gente, recaudando luego para el mendigo gran suma de moneda.

Y el ciego, al recibir tan inesperada merced, exclamó:

—¡Gracias, compañero!

Esto de que aquel desdichado rascatripas se creyese compañero de Sarasate hizo mucha gracia a todos, y la frase fué comentada chistosamente.

Otra vez, en una comida de toreros presidida por Lagartijo, y en la que se servía un plato de almejas, cierto *maletilla* principiante, que iniciaba su carrera toreril en las capeas de los pueblos cercanos a la corte, fué osado a brindar por «el compañero Lagartijo», el cual, sintiéndose menospreciado, replicó:

—¿Qué es eso de compañero? ¿Compañero de qué? ¡Como no sea de comer almejas!...

¡Oh grandes hombres! No os burléis de este bello concepto del compañerismo con que los humildes vienen a daros una lección de profunda hu-

manidad. ¿Por qué no han de llamarse compañeros quienes por igual camino, aunque con recursos diversos, van en busca de su ideal?

Compañeros, sí, y aun hermanos, que es más y mejor... Levantad la vista, ¡oh seres orgullosos!, y observaréis que todos somos compañeros y hermanos de peregrinación, porque todos vamos juntos, y como en caravana, al mismo destino: unos llevan sobre sus hombros el armiño del rey, otros la rota capa del mendigo; éstas ostentan la hermosura de la pulida cortesana, aquéllas quieren ocultar la roña de la sierva envilecida. Pero al final de la jornada todos seremos unos, y ¡quién sabe, quién sabe si entonces sonarán mejor los rotos violines de los ciegos que los refinados instrumentos de los más preclaros artistas!

* * *

En las obras públicas de las calles de Madrid trabaja, en modesto empleo, un amigo mío que antaño disfrutó de más desahogada fortuna.

Mi amigo es de los altos y esclarecidos linajes de Castilla: sus apellidos, sonoros y rotundos, parecen propios de leyenda. En la puerta de la casa de este caballero campeaba un heráldico blasón. Fué muy rico, y gozó abundantemente de esto que llaman humana felicidad. Don Juan, a su lado, no pasaría de un vulgar amador. Era de gentil apos-tura, agudo de entendimiento y donairoso de palabra. Fué cacique de su pueblo y dominó a señores y vasallos. Todos le querían y respetaban porque era pródigo, alegre y decidor.

Pero, ¡ay amigos!, de la noche a la mañana todo

aquello dió patas arriba, como el retablo de un titiritero, que no otra cosa viene a ser la grandeza de esta vida mortal, y su merced se vió pobre y perdido y en plena juventud, que es tanto como decir con muchos años de dolor por delante... Los que antaño, rico, le adulaban y preferían, hogaño, pobre, le menospreciaban y se apartaban de él. *Tempora si fuerint nubila solus eris.*

Y entonces sí que fué noble y grande mi amigo; porque, lejos de acoquinarse o envilecerse ante la adversidad, lo que hizo fué agarrar la cruz y llevarla con el honor propio de un cristiano caballero, viniendo a redimirse por el trabajo aquel para quien la vida no había sido otra cosa sino holganza y diversión.

Con sus hijos a cuestras, emigró el buen caballero a esta gran corte madrileña, que es madre amorosa de todos los que sufren; y asiendo la áspera herramienta para ganar con ella el sustento, no se avergonzó de trabajar, porque pensaba que el trabajo rudo es como una lima, que, al parecer, araña y carcome, y, en realidad, lo que hace es pulir, suavizar y dar brillo a todo lo que toca.

Y trabajando, el noble caballero logró en poco tiempo granjearse, por su sola virtud, el cariño y el respeto de todos... Su rostro, ennegrecido por la intemperie, no ha perdido los rasgos de nobleza, dignos del pincel del Greco: antes parece que se ha ennoblecido más con un nuevo tono de dulce y resignada melancolía.

* * *

Quieras o no, has de padecer en esta vida o en la otra. ¿Y no será cuerdo que con el dolor, ahora

noblemente aceptado, vayas liquidando la cuentecita?

* * *

¡Oh miserable corazón humano, que aborreces a quien te ama y amas a quien te aborrece!

* * *

No podemos decir con todo rigor que el hombre sea siempre dueño de hacerse feliz, pero sí que siempre puede hacerse menos desgraciado.

* * *

¿Por qué la pobreza es prolífica?
Quizá por sus virtudes.

* * *

La producción positivista es el moderno Moloc, en cuyas aras sangrientas sacrificamos todos los días multitud de víctimas inocentes. Por la producción trabajan los niños prematuramente en una labor superior a sus fuerzas; por la producción se extenuan también las mujeres en lugares y horas de trabajo, propicios a la tuberculosis y al vicio; por ella se profanan los domingos y los días festivos, que debían ser dedicados a Dios, a la familia y a la sociedad, y se prolonga inhumanamente la jornada; por la producción está el hombre convertido en una máquina, que es lo que se llama *taylorizar* el trabajo; por la producción se niega el pan a los viejos...

—Bueno. Pero ¿qué es la producción? Conviene

que lo sepamos, para ver si merece tales sacrificios.

—Pues la producción es... Espere usted, que voy a leer en este librito:

«Unos pocos hombres, poderosos y riquísimos, han puesto sobre la muchedumbre inmensa de los trabajadores un yugo, que difiere poco del de los esclavos.»

—¿Quién ha dicho eso? ¿Proudhon, Marx, Lenin...?

—No, señor: León XIII.

—Está bien. Y ese dios Moloc, ¿qué nos da en cambio de estos sacrificios?

—Nos da la molicie en unos, el hambre en otros, la lucha de clases, la guerra social...

—Pues salimos perdiendo, amigo mío.

* * *

Todos los hombres buenos, aunque ellos crean otra cosa, son cristianos sin saberlo.

* * *

Estos arquitectos que llaman modernistas han construído en Barcelona casas que, a los ojos del viandante, parecen cavernas troglodíticas.

No está mal, no está mal esto como símbolo; porque las llamadas luchas sociales van a convertir pronto a aquella insigne ciudad en un cubil de fieras.

* * *

¿Por qué haces mal al prójimo, costando tan poco hacer bien?

* * *

Antiguamente se tenía por virtud la consecuencia, y así se elogiaba a los hombres que pensaban siempre lo mismo. Y es lo más curioso que los que así juzgaban eran hombres que se tenían por liberales y *progresivos*.

* * *

Los equilibristas que andan sobre un alambre o cuerda floja no miran nunca al suelo: siempre tienen la vista puesta muy lejos... para no caerse.

Algo de esto ocurre en la vida, que para muchos hombres es también equilibrio y cuerda floja.

Para no caer hay que mirar muy lejos y muy alto..., allá a la región en que refulgen la Justicia y la Verdad eternas.

Bien dijo Santo Tomás que la virtud no es otra cosa que el movimiento de la criatura racional hacia Dios.

* * *

Al nordeste de la villa y corte de Madrid, en un bello paraje oreado por las auras sutiles de la sierra, existía, hace veinticinco años, en las condiciones que ahora diré, un grupo de viviendas llamadas «Casas de Rico».

Era el tipo clásico de las casas de vecindad, todo suciedad, pequeñez, insuficiencia luminosa y calorífica, humedad salitrosa..., suma y compendio de pobreza y hórrida miseria.

Vegetaban allí centenares de familias pobres, que, con sus humildes alquileres, daban a aquellas casas una renta muy superior a la merecida.

Un día vino a instalarse en uno de aquellos

cuartos inmundos un pobre matrimonio que carecía de todo, hasta de sillas en que sentarse y de cama en que dormir. El esposo, don F. E., era una víctima de la adversa fortuna, porque habiendo sido nada menos que secretario de la mayordomía de la emperatriz Eugenia, se hallaba ahora en tal desgracia, que no tenía qué comer, hasta el punto de que le socorría con bonos de pan la Conferencia de San Vicente de Paúl. La esposa, en quien la virtud se hermanaba con la discreción, sabía llevar con honor cristiano la cruz de su tremenda desdicha.

Pronto se supo en toda la vecindad que los nuevos inquilinos eran de alto y esclarecido linaje y que se hallaban en extremada pobreza.

Y en esto llegó el santo de la señora, y las vecinas pensaron en obsequiarla. Al efecto, reunieron perra a perra una pequeña cantidad.

¿Qué dirán ustedes que le regalaron?

¿Un jamón? ¿Un cesto de huevos? ¿Una langosta? No. ¡Un ramo de flores!

Ya dijo D. Ricardo de la Vega:

También la gente del pueblo
Tiene su corazoncito...

* * *

Aquello de que el teatro es la escuela de las costumbres, me parece un poquito exagerado, sobre todo refiriéndolo al teatro de nuestros días.

Con que no fuera escuela de malas costumbres, ya podíamos darnos por satisfechos.

* * *

Uno de los más graves errores en que suelen incidir padres y maestros es creer que el niño carece de personalidad propia, siendo un ente incompleto, a quien, atropelladamente, hay que hacer hombre.

De aquí nacen mil prácticas nocivas, física y moralmente, con las que se ofende la dignidad infantil y se trastruecan y menoscaban las sabias leyes de la Naturaleza.

A pesar de ser el niño un ser tan amable, tan puro, tan delicado, todo un tesoro de gracia y hermosura, existe el prurito de arrebatarle tan superiores calidades, haciéndole desde luego entrar en el escenario de la gran comedia humana, donde pronto ha de hacerse hipócritamente egoísta.

Debiéramos pedir a Dios que nos permitiese prolongar la edad de la niñez, y no emplear sistemas de enseñanza cuya única finalidad es la destrucción del carácter infantil, la precoz conversión del niño en grande, atropellando el derecho de la infancia a la inocencia, y sembrando de espinas la senda de flores que los niños han de recorrer.

* * *

No te duelas de la envidia de tus enemigos, que al envidiarte y zaherirte, proclaman que eres y vales más que ellos.

* * *

¡Recuerdo!

Don Juan, el insaciable amador, que ya tiene hundidos los ojos, grises los cabellos y arrugada la frente, revuelve sus viejos papeles y encuentra en-

tre ellos un sobre diminuto con esta sencilla inscripción:

Recuerdo.

Ábrelo, y topa con una florecita seca, cuyos pétalos descoloridos se deshacen al tocarlos, como las tenues alas de las efímeras mariposas.

—¿Quién me dió esta flor?—piensa el triste Don Juan repasando en su memoria la teoría de mujeres que apuntó en su lista de conquistador impenitente—. ¿Fué María, fué Antonia, Leonor, Adelaida... o aquella otra María a quien yo llamaba María II? ¿Juana, Luisa, Casilda, Filomena?... ¡No recuerdo, no recuerdo!...

* * *

Sin sentimiento patriótico no hay pueblo posible, sino rebaño de personas, atento sólo a la satisfacción de sus apetitos egoístas.

Es necesario estar muy en guardia contra las predicaciones de los internacionalistas extremados, cuyo mayor peligro se halla en la muy lamentable confusión que establecen entre ideas de diverso valor moral.

Cierto es que todos los hombres son hermanos, doctrina predicada constantemente por el cristianismo frente al individualismo antiguo o moderno; pero por lo mismo que el hombre debe amar a todos los hombres, cualesquiera que fueren su raza y nacionalidad, debe amar primeramente a los que tiene más cerca, aquellos que con él conviven y forman con él un cuerpo organizado para el bien común.

El humanitarismo antipatriótico, como el que han predicado los laicistas revolucionarios france-

ses que aquí tradujo el desdichado Ferrer, es una doctrina completamente antinatural y, por tanto, inmoral en grado sumo.

* * *

No hay cosa que más desmoralice a los hombres que la inacción en un medio de bienestar, con la seguridad de que nunca han de tener que preocuparse del pan de cada día.

* * *

Siendo la vida social moderna todo lucha y contradicción, el valor de los hombres se mide antes por la energía y perseverancia de su voluntad que por la claridad y riqueza de su entendimiento.

Muchas son las dificultades que es preciso vencer en la vida para que no pensemos en la conveniencia de ser fuertes.

Sin olvidar tampoco que la fortaleza es una virtud cardinal.

* * *

Diálogo entre el Amigo y el Amado:

EL AMIGO.—¡Oh Dios mío! ¡Cuán suelto anda el mal por el mundo! Acecha el demonio a los buenos, sígueles como negra sombra al cuerpo luminoso, se arroja sobre ellos y se complace con sus lágrimas. Como tierno pajarillo en las garras del ave rapaz, cae el débil entre los pies del poderoso. Estéril es su llanto, baldías sus lamentaciones ante quien es ciego y sordo al dolor ajeno. El hombre perverso goza sus placeres teñidos con las lágrimas de los humildes. ¡Oh Amado mío! ¿Y a éste redi-

miste derramando tu Preciosa Sangre por él?... ¡Oh Señor de las misericordias! ¿Por qué me has abandonado en las garras del hombre perverso? Como corderillo acorralado por el lobo, levanto mis ojos buscando ayuda y protección... Pasa sobre mí la bárbara agresión como el huracán sobre las tiernas hojas del jardín... Azucena arrojada al barro del camino, herida por las pisadas de las bestias, aun conserva, en aquella abyección, el aroma que recibió del Cielo... Como débil paloma en las duras manos del verdugo, así mi corazón temblaba oprimido por el espíritu infernal. ¿No oías tú sus latidos? Y si los oías, ¿por qué me abandonabas, Amado mío?

EL AMADO.—No te abandoné, amigo mío. Contigo estaba, escondido en tu propio atribulado corazón.

EL AMIGO.—¡Oh Amado mío! Como discípulo de tu corazón, pasé por el mundo haciendo el bien. Frecuentemente mis pies sangraban entre los abrojos del camino, y yo aceptaba estos dolores porque me acordaba de las espinas de tu coronación... Pero he aquí que el espíritu perverso se arroja sobre mi alma y me pisotea, no en las nobles alturas del Calvario, sino en el barro de la infernal ignominia... Mi alma se estremece al solo recuerdo de su inmundicia... ¿Dónde estabas tú, Amado mío, que consentías el dolor de tu Amigo dilecto?

EL AMADO.—Estaba, Amigo mío, escondido en tu propio corazón, sosteniendo tu vida para que no se extinguiese como la tenue lamparita ante la ira del huracán.

El caudal atesorado en las Cajas de Ahorros por la economía del pueblo no ha de ser administrado sórdidamente, como suelen hacerlo nuestras arcaicas instituciones de Previsión: antes al contrario, debe convertirse en manantial de riqueza que fecunde los campos de la humana actividad creadora.

El dinero que procede del trabajo de unos ha de servir para facilitar el trabajo de otros, mediante el ritmo del flujo y reflujo del crédito otorgado a quienes lo merezcan.

No lo entienden así los que tienen a nuestras Cajas de Ahorros y Montes de Piedad casi en la misma situación en que estaban en los tiempos heroicos de Piquer y Pontejos.

Para ellos, estas instituciones económicas no tienen otra misión social que cortar cupones y tasar gabanes.

* * *

Pocas horas antes de que el gigantesco trasatlántico zarpe para América, recorro aquella parte del muelle en que se aglomeran los emigrantes esperando la hora de embarcar.

He aquí un grupo de estos infelices que se desgarran de su amada tierra castellana, buscando en el ignoto hemisferio el pan que aquí no pueden conseguir. Es una familia, en la que van una anciana, que es la abuela, los padres y unos niños pequeños. Llevan atados en varios bultos el misero bagaje, y encerrado en una jaula un lindo jilguero saltarín.

Llevan todo lo que aman..., pensando que no han de regresar nunca.

* * *

Los sabios sonríen hoy ante la doctrina de los humores, del horror al vacío, de la piedra filosofal, de las emanaciones, de la fuerza catalítica... y de tantas otras ideologías que se albergaron nada menos que en los cerebros de Hipócrates, de Baco, de Arnaldo de Vilanova, de Descartes...

¿Qué suerte les estará reservada, en los futuros siglos, a la doctrina parasitaria, a la endocrínica, a los electrones y demás maravillas de la ciencia que llamamos modernas, oh preclaro maestro Cajal?

* * *

En la fábrica, donde debieran estar amorosamente unidos los hombres para producir el pan que a todos ha de sustentar, reina el odio, y patronos y obreros se destrozan como fieras.

Y allá en lo alto parece oírse una voz divina que dice:

—¡Caín, Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?

* * *

No sois justos, ¡oh descendientes de los antiguos linajes!, al menospreciar a los nobles modernos; porque si os eleváis en la escala de vuestra genealogía, necesariamente habréis de llegar al origen de vuestra nobleza.

El cual no suele ser más puro que este de donde dimanan los títulos modernos: la mayoría de vuestros antepasados granjearon su alcurnia en los azares de la guerra, cuando no en las cámaras de los reyes mediante oficios nada heroicos y muchas veces inconfesables, mientras que estos flamantes aristócratas llegan a serlo por méritos de la políti-

ca, de la economía y aun de las artes y las ciencias, lo cual no me negaréis que resulta un poco más bonito que matar moros o ser cocinero de Su Majestad.

Todo es cuestión de tiempo. Pasado un siglo, ya se habrán borrado estas diferencias, y si contamos hacia atrás, apurando el árbol de la genealogía, llegaremos hasta nuestro común padre Adán, que nos hace a todos de idéntico linaje.

* * *

La barbarie de las corridas de toros se define por el hecho de exigir una guardia de médicos provistos de los sueros preagónicos y otra de sacerdotes con la Extremaunción para ayudar a bien morir a los protagonistas del espectáculo.

* * *

No hay nadie tan generoso como la Naturaleza. Entristécese en invierno y muestra su exterior desabrido y malhumorado; pero pronto se contenta y olvida sus rencores, y al llegar la primavera, se ofrece a todos con franca y alegre sonrisa.

¡Cuántos hombres rencorosos harían bien siguiendo esta conducta!

* * *

En nuestras costumbres sociales, y sin duda por falta de la debida educación, predomina la violencia: toda reforma, toda petición de mejora, aun la más justa, va siempre acompañada de la amenaza, y esta coacción dificulta la serenidad del juicio y es rémora del verdadero progreso social.

Ya se lee en la *Picara Justina* que siempre el pobre español pide jurando y votando.

* * *

Homenaje del pecado a la virtud.

—Yo voy todos los jueves al hospital—me dijo un día Magdalena—, y aunque me cuesta mucho trabajo, recorro las salas de los enfermos más horribles y visito a aquellos desdichados y les hablo, y les obsequio con algunos dineros y golosinas. ... No les conozco, y siento, al verles, una gran repugnancia, ¿sabe usted?... Pero ¡es una tan mala!...

* * *

La puesta del sol es imagen de la muerte del hombre y testimonio de su inmortalidad.

* * *

Aquella afirmación del poeta

Cualquiera tiempo pasado
fué mejor

puede ser cierta en lo que se refiere a los individuos, mejor dicho, al bienestar personal; pero no puede aplicarse a los pueblos, sin negar el progreso humano y la acción rectora de la Providencia en la Historia.

* * *

He aquí tres reglas de conducta para el hombre social:

Enterarse de todo;
No asustarse por nada;

Apoyarse en lo pasado mirando a lo futuro.
Cúmplelas, amigo mío, y no te arrepentirás
de ello.

* * *

—Anoche vi a tu hija en los brazos de un hombre...

—¿Quién ha sido el infame? ¡Dímelo en seguida para vengar con su sangre mi honor!

—Fué en el baile de la marquesa de Descalzaperros... Bailaba con el barón del Regio Alpiste...

—¡Ah! ¡Ya me tranquilizo!... ¡Buen susto me has dado!

* * *

Gran parte del trabajo particular que se realiza en las grandes ciudades es estéril, por ser trabajo servil encaminado a la fácil satisfacción del lujo y el placer de unos pocos favorecidos de la fortuna.

* * *

No te envanezcas con tus invenciones científicas, ¡oh ilustre ingeniero militar!, porque todas esas maravillas que tú crees producto de la ciencia moderna son respetables antiguallas, usadas ya desde el principio de la vida en el planeta.

Y lo más vergonzoso para el hombre es que todo ese artificio militar vienen empleándolo, desde hace millones de siglos, los animales, y no los más grandes y temidos, sino precisamente los más chicos y menospreciados.

En efecto: los entomólogos han descubierto que los insectos usan los mismos procedimientos

que los hombres para destruir amorosamente a sus semejantes: las trincheras, la metralla, las alambradas, los gases asfixiantes, las trampas de lobo, los líquidos corrosivos, las descargas eléctricas y los proyectores luminosos.

La lectura de los libros de Entomología en que se divulgan tales procedimientos producirá amargo desencanto en muchas personas. Ellas creían que habían conseguido el doctorado de la crueldad, y ahora resulta que no son sino humildes discípulos e imitadores de unos ruines bichejos.

* * *

El egoísta suele ser hombre de limitada visión intelectual: cegado por su excesivo amor propio, no ve más que a sí mismo, y el infeliz cree que no existe nada más que su yo.

Esta calificación mental del egoísta la formuló donosamente el Rey Enrique IV de Francia, en una frase que ha conservado la Historia.

Paseaba un día el Rey por las galerías del Louvre, cuando trabó conversación con un sujeto, al parecer criado de algún magnate.

—¿A quién servís?—preguntó el Rey.

—Yo no he nacido para servir a nadie—contestó el egoísta—, y sólo me sirvo a mí propio.

—Entonces—replicó el Monarca—no puede negarse que tenéis un amo muy estúpido.

* * *

El lema «Justicia y Caridad» para las relaciones sociales es una fórmula de transición a un ré-

gimen legal mejor, en el que los efluvios de caridad se conviertan en imperativos de justicia.

* * *

Una pasión intensa de tal modo se apodera del alma, que llega a privarla de la noción de la vida exterior; el ser apasionado camina por el mundo como caminaría por un desierto, sin ver nada: la introspección le absorbe por completo.

* * *

No te engrías con la novedad de tu ciencia, ilustre sociólogo; porque toda ella se halla concentrada, hace mucho tiempo, en ese humilde librico que se denomina Catecismo de la doctrina cristiana.

* * *

En el orden moral, más puede el mal ejemplo que el bueno, porque siempre es más fácil destruir que edificar.

La ruina de un alma inocente es cosa de un momento; la regeneración de un pecador es obra de difícil perseverancia que suele durar toda una vida.

* * *

Hace algunos años, a las niñas que, por la brevedad de sus faldas, enseñaban los tobillos, se las llamaba *tobilleras*.

El indecente progreso de la moda en este par-

ticular ha hecho ya inadecuada aquella denominación.

Hoy, a las niñas y a las madres, habría que llamarlas *rodilleras*.

* * *

Amanece este día frío y triste del mes de noviembre. El templo de las Calatravas, envuelto por la densa niebla, parece un enorme navío anclado en el puerto, y al que llegan desvanecidos los rumores de la ciudad como el ritmo de un lejano oleaje. La iglesia blasonada se adorna con lo mejor que tiene; en el altar mayor, bajo un dosel de negro terciopelo, preside la imagen de Cristo Nuestro Señor, clavado en la Cruz para redimir los pecados del mundo.

Entran dos viejecitas, cargadas con sus libros de rezo, y se encuentran ante la pila del agua bendita.

—¿Qué es esto? ¿Qué va a haber hoy?—pregunta una de ellas.

Y la otra responde:

—Hay misa de comunión general por el señor cardenal Guisasola... La dice el señor obispo... Mírele usted; ya está ahí. Vamos a besarle el anillo.

En efecto: el respetable prelado de la diócesis, Sr. Melo, se dirige al presbiterio, y a poco comienza la misa, que los periódicos habían previamente anunciado a los cuatro vientos.

Y he aquí que llega el augusto momento de la comunión: el prelado se vuelve hacia el pueblo para bendecir a los comulgantes... Pero ¿qué es esto? A la mesa eucarística se acercan unas cuan-

tas mujeres y... ¡nueve hombres!... Entre los amigos, entre los discípulos, entre los protegidos del cardenal Guisasola, ¿sólo hay en Madrid nueve que puedan imponerse la molestia de madrugar para rendir este piadoso homenaje a la memoria de aquel pastor, padre y maestro de todos?

¿Dónde están aquellos a quienes amparó con caridad inexhausta, y alentó cuando desfallecían, y sostuvo cuando iban a caer?

¿Dónde los escritores desvalidos, los intelectuales menospreciados por la general inconsciencia, a quienes generosamente ayudó, puso en el camino del éxito y confortó siempre con cordial estímulo y aplauso?

¿Dónde los hombres de obras que frecuentemente se acobardaban ante los obstáculos suscitados por la ciega adversidad o por la venenosa envidia, y que acudían a la casa y a la bolsa del buen padre, siempre abiertas para toda noble y cristiana empresa?

¿Dónde los obreros, a cuya redención económica y moral dedicó la mayor parte de su vida, a costa de dolores y amarguras, que habrán sido el mejor ornamento de ella ante el tribunal de la Divina Justicia?

¡Cómo! ¿No tenía más que nueve amigos dispuestos a dedicarle un piadoso recuerdo el insigne cardenal, director de la Acción Social Católica en España, gran protector de las obras, preclaro maestro de la doctrina, Mecenas generoso, prelado ejemplar, gran político en el mejor sentido del vocablo, ilustre académico, espíritu superior iluminado por «la alegría de la buena conciencia», hombre, en fin, todo rectitud, bondad y cortesía? ¿Tan

débiles son los sentimientos de afecto y gratitud que en vida hubo de suscitar en tantos corazones, que han bastado unos pocos meses transcurridos desde su santa muerte para diluirllos hasta este extremo de fría indiferencia?

Tal vez alguien encuentre un tanto exageradas estas lamentaciones y trate de atenuarlas, imaginando que son harto subjetivas y surgen de un estado personal del ánimo de quien las deja salir a la luz, sin gran alcance fuera del estrecho recinto de la intimidad cordial; pero nosotros discurrimos de otro modo, pensando que esta apatía de que nos quejamos es un síntoma del general decaimiento de los espíritus, atentos sólo a las exigencias circunstanciales de la brutal realidad, y sin energía para obrar por principios conforme a los dictados de la conciencia.

Mucho podríamos escribir sobre este punto de ética individual y colectiva, y noblemente creemos que llegaríamos a convencer a todos de la necesidad de arreglar los actos de la vida a estas normas de unidad moral que puede exteriorizarse lo mismo en la elevada confesión de la verdad dogmática que en los más humildes menesteres de la vida doméstica.

* * *

En la escala de los adjetivos con que suelen ser decorados los nombres impresos, *ilustre* es el que despunta una miaja sobre la vulgaridad; *docto*, el que sabe leer y escribir; *ilustrado*, el que sólo sabe leer, y *discreto*, el que no sabe nada.

Según eso, el desdichado cuyo nombre aparece

sin adjetivo alguno, seguramente pertenece a la especie de los antropoides.

Esto de los adjetivos impresos tiene también relación con la estética femenina.

A la mujer hermosa se la llama *ideal*, *encantadora*, *hechicera*.

Si no es muy fea, se dice de ella que es *hermosa*.

A la notoriamente fea se le aplica el calificativo de *agraciada*.

La infeliz que sólo lleva el adjetivo *simpática*, evidentemente es un adefesio.

* * *

Mucho espero de tu sabiduría jurídica, jamigo Bartolo!; pero me parece un poco difícil que logres concordar los derechos de los ratones con los de los gatos.

* * *

Si unos nuevos rayos X viniesen a descubrirnos los secretos de la conciencia de nuestros semejantes, nos avergonzaríamos de ser hombres.

* * *

Hay muchos que se creen enérgicos porque son violentos, impulsivos y ruidosos.

Los tales pueden compararse al vapor que sale por la chimenea de una locomotora: todo humo, estrépito y vanidad estéril.

En cambio, el que la locomotora guarda en sus entrañas, actuando silenciosamente sobre los émbos-

los, es el que con enorme energía mueve las ruedas del coloso.

* * *

Esta es una escuela...

El maestro ve en los niños, no receptáculos de palabras para ellos vacías de sentido, sino gérmenes y brotes de los hombres que mañana han de ser llamados a la función integral de la ciudadanía, o a la otra, elevada y sublime, de la maternidad y del gobierno y administración del hogar doméstico.

El maestro ha convertido la escuela en un pueblo diminuto, en un microcosmos donde hace practicar a sus discípulos todo lo que les enseña, desde las divinas oraciones de la Religión hasta los que parecen más vulgares menesteres de la vida.

El maestro llama la atención de los niños, y cuando todos están atentos, les dice:

—Vamos ahora a practicar el ejercicio de previsión. Supongamos que hubiese un incendio en esta casa: formémonos para salir ordenadamente del local, como tantas veces os he enseñado. Y creo que podríamos cantar el *Himno al Hermano Sol*, del glorioso San Francisco de Asís, porque el Sol es la fuente del calor bueno, no de este otro que abrasa y destruye.

Y, en efecto, los niños formaron tranquilamente sus filas y, gozosos, comenzaron a salir de la escuela, cantando aquellos divinos versos:

Laudate sie, Misignore, con tucte le tue creature
Spetialmente messor lo frate Sole,
Lo quale iorno et allumini noi per loi..

Cuando ya todos estaban en la calle, vieron con asombro que la casa ardía y que el techo y las paredes se derrumbaban con estrépito espeluznante.

Yo no sé si esto es cierto, pero si no lo es, debería serlo, para enseñanza de improvisores.

* * *

Contempla aquel grupo de hombres eminentes, catedráticos y académicos, escritores y artistas, que en el áureo cáliz de su entendimiento atesoran el divino licor de la ciencia y de la belleza.

Conversan tranquilamente, como los discípulos de Platón en las divinas fondas de Academo.

—¡Quién pudiera escucharles—dices—y recoger de sus labios la esencia de su pensamiento! El hilo de la sabiduría fluirá de ellos, inundándolo todo de luz, como la vía láctea surgió del seno de la diosa Juno y se convirtió en estrellas que refulgen eternamente en el cielo.

No te inquiete su lejanía, ¡oh amado Anaxágoras!, porque lo que esos varones hablan no tiene interés alguno para ti. ¿Qué te importa, ¡oh hijo de Helena!, el escalafón, el presupuesto, el comité del barrio, la cotización de la Bolsa, los corrimientos de la marquesa y las necesidades del ministro?

* * *

Me placen mucho tus versos, ¡oh amado poeta bohemio!; pero creo que me gustarían más si te lavases, te cortases el pelo, te vistieses decentemente, durmieses en una limpia cama y no en un inmundito camaranchón y vivieras, en suma, en una atmósfera de decoro físico y moral.

* * *

Algunos distinguidos caballeros han tenido el valor de lanzarse a la calle calzados con la democrática alpargata. El excesivo precio de las botas de cuero ha motivado esta decisión, que puede ser el principio de una nueva era de economía, de sinceridad y de retorno a la vida sencilla, que tanta falta nos está haciendo.

Porque no es preciso ser un profundo observador de la mecánica social para ver que mil supuestas necesidades completamente inútiles, y muchas de ellas perniciosas, han venido a complicar nuestra vida haciéndola sumamente difícil; y las personas víctimas de semejante irregularidad, aun las más sensatas, no tienen el valor suficiente para vencer el respeto humano y adoptar un tono de vida conforme a la posibilidad económica y al buen sentido. Se lamentan amargamente de tener que gastar en cosas superfluas lo que han menester para lo más necesario; pero se contentan con estas quejas estériles, sin resolverse a concluir de una vez con una situación angustiosa, cuyas deplorables consecuencias están en la mente de todos.

La llamada clase media es la más castigada por esta situación, y en la mayoría de los casos es a su inconsciencia y a su cobardía a lo que ha de atribuírse lo que ella cree exigencias fatales de la realidad; la prueba evidente de ello está en el hecho de que en lo secreto del hogar doméstico, estos hidalgos pobres se someten a las mayores privaciones para poder ostentar fuera un bienestar de que carecen. No comerán lo suficiente; dormirán hacinados en inmundos cuartuchos, sin aire, sin luz y sin aquellas otras condiciones que requieren la higiene y la moral; carecerán de ropa interior y

de otras muchas cosas realmente necesarias para la conservación de la salud y de la vida; pero al salir a la calle llevarán gentilmente botas de charol, y guantes, y collares, y sortijas, y plumas, y sedas, y multitud de galas del todo inútiles, y cuyo coste excede en mucho al de los artículos de consumo de verdadera necesidad. Si tienen que hacer un viaje, así sea de cortísimo trayecto, no irán en tercera clase, aunque para ir en segunda o en primera tengan que cercenárselo de la alimentación. Usarán coches y tranvías para que no les vean ir a pie, y en muchedumbre de gastos inútiles dilapidarán un verdadero capital, con perjuicio de las más sagradas atenciones familiares y aun con riesgo de su honor y fama.

Discurriendo sobre estos asuntos, nos decía hace poco un amigo nuestro, que acababa de visitar la ciudad de Berna, que, habiendo sido invitado a comer en casa de un eminente catedrático de la Universidad, persona de gran relieve social y de posición desahogada, observó que era la misma señora del profesor la que servía la comida, levantándose á cada momento de la mesa para ir a la cocina a llevar y traer platos. Luego supo que en aquella casa no había criados. Un día encontró al catedrático de la Universidad subido en una escalera pintando una cornisa. En cambio, no faltaba allí nada de lo necesario: la comida era buena y abundante; la casa, amplia e higiénica, tenía un bello jardín, y aquella misma señora que guisaba los alimentos y fregaba los platos, tocaba por la noche el piano, hacía versos y comunicaba con otras familias en amenas veladas que se celebraban en un artístico salón de tan agradable vivienda.

Compárese esta vida con la de nuestra clase media, entregada a la farsa y el disimulo con criados a quienes no se puede mantener ni pagar; con habitaciones impresentables, e inutilidad completa de señoras y caballeros para los más sencillos menesteres de la realidad. Antes que servir a la mesa, como la ilustrada y cristiana esposa del profesor suizo, preferirán nuestras señoras empeñarse, haciendo traer la comida de un hotel; y si no hay un duro para encargar a un pintor de brocha gorda que repase una cornisa, la dejarán sin pintar y aun cubierta de telarañas, por añadidura.

En naciones muy ricas y prósperas, las familias bien acomodadas viajan en tercera, y en primera sólo se ve a los potentados o a las mujeres alegres a quienes cuesta poco trabajo ganar la vida. En nuestro país, el ir en tercera uno de estos señoritines, de uno u otro sexo, parece poco menos que deshonesto, aunque el viaje sea sólo de Madrid a Pozuelo.

En el orden moral, que es el que más interesa, esta vida de mentirosa presunción tiene consecuencias funestísimas. Para sostenerla se acude a toda clase de medios, aun los más reprobables. Demuestra la estadística que la mayor parte de las mujeres que se pierden son aficionadas al lujo y la ostentación. En los hombres, los gastos superfluos llevan derechamente al fraude y la inmoralidad, y a menudo son causa de esas bárbaras tragedias, con cuyo relato escandalizan los periódicos a la gente honesta y sencilla.

Conviene, pues, aprovechar esta ocasión que ahora se presenta con el reinado de la alpargata para simplificar la vida social, llena de complicaciones que la hacen difícil y dolorosa.

Hoy es el calzado de cuero lo que eliminamos por oneroso e inútil. Luego deben seguir los sombreros, los guantes, las joyas, las corbatas, las sedas, los terciopelos, las alfombras, los medios costosos de locomoción y tantas y tantas cosas caras sin las que se vive muy bien, para poder emplear el dinero en otros menesteres sin los cuales es imposible vivir.

La vida sencilla, ajustada a la verdad, se acomoda mejor a las enseñanzas de la moral cristiana, hace al hombre más dueño de sí mismo, fomenta el bienestar general, aproxima a las distintas clases sociales, solidarizándolas en necesidades análogas y favoreciendo el amor fraternal con que siempre deben estar unidas, y es garantía de la paz social de que tanto precisa hoy el mundo.

* * *

Contribuirá a tu perfección moral el pensar mucho en tus propias faltas y poco en las faltas ajenas, siendo severo con tus pecados e indulgente con los de los demás.

* * *

Cuando vemos a estos pobres niños ricos, criados en la opulencia con todos los halagos de la fortuna, entregados a servidores mercenarios que los corrompen, mientras los padres, alejados del hogar doméstico, derrochan la vida en el placer y la disipación; cuando los vemos perder su divina inocencia en espectáculos inmorales, llevados a ellos por sus propios padres, y en los albores de la pubertad los contemplamos sumidos ya en la

vorágine de los salones, donde dominan la vanidad y la impudicia, no podemos menos de pensar en las vidas estériles y esterilizantes de los señoritos ineducados, para quienes la misión del hombre en el mundo se vincula en la consecución del placer, sin reparar en medios, por inhonestos y aun criminales que sean.

De modo que aquellos niños de las familias mejor acomodadas, que por su fortuna tienen medios para recibir una excelente formación moral y social que les haga ciudadanos útiles, se convierten, gracias a este abandono egoísta, en seres inútiles y a menudo perjudiciales, incapaces de toda honrada ocupación, y piedra de escándalo para muchos de sus semejantes.

* * *

Es intolerable que las menudas rencillas entre obreros y patronos, atentos unos y otros a sus particulares conveniencias, se conviertan, por bárbaro egoísmo de todos, en motivo de sufrimiento para la mayoría del pueblo, al que las huelgas y los *lock-outs* hacen víctima inocente de tales que-rellas.

Ocurre, en efecto, que porque media docena de sujetos, obreros y patronos, no se entienden en la aplicación de sus contratos particulares, la mayoría del pueblo se ve privado del preciso sustento, o de la luz, o del agua, o de los transportes, pagando indebidamente culpas ajenas. Fijémonos en que no se trata del bien general, sino de las conveniencias de una minoría, por ser mayoría las personas que, según enseña la Estadística, no son obreros ni patronos.

No se hable de solidaridad de los intereses sociales, admitida por todos dentro de los límites racionales que le son propios. A todos realmente interesa que no se lesione la justicia, lo mismo si se trata de una masa social que de un solo individuo; pero idéntica razón de justicia exige que no se castigue en los inocentes las transgresiones cuya sanción ha de alcanzar sólo a los culpables.

* * *

La exaltación de los tontos a los altos puestos sociales, además de producir el daño inherente a una función realizada por quien no tiene capacidad para ella, ocasiona el de hacer creer al interesado en méritos que no tiene y suscitar en él instintos de ambición insaciable.

* * *

Hay muchos españoles que gustan de hablar mal de su patria, siendo ellos, en gran parte, la causa de no pocas de nuestras desdichas nacionales.

Con ánimo, no de ofenderlos, sino de corregirlos, les diremos que su conducta no corresponde a las exigencias de un discreto patriotismo, porque enfría el amor a la tierra nativa y enerva toda energía renovadora.

Es frecuente que estos españoles pesimistas, al propio tiempo que vilipendian a España, levanten hasta los cuernos de la luna las cosas del extranjero, y aconsejen que vayamos a otras naciones para estudiar en ellas lo que las ha hecho grandes y venturosas.

Bien harían esos sujetos en pensar que una de las principales cualidades que elevan a los pueblos hasta la cumbre de la fuerza y del poderío es precisamente el sentimiento patriótico, el amor a la propia tierra, que incita a los hombres a trabajar, vivir y morir por ella.

Vayan, pues, al extranjero y aprendan allí esta virtud patriótica, sin la cual es imposible la vida colectiva.

Si no nos respetamos nosotros mismos, ¿cómo han de respetarnos los demás?

* * *

La Naturaleza se venga cruelmente del hombre, sin duda para castigar su soberbia.

He aquí que en espléndidos salones, rodeado de todo linaje de riqueza, el hombre se pavonea como rey absoluto de la creación. Las fuerzas poderosas de la Naturaleza, aprisionadas en hilos sutiles, rinden al ser humano la pleitesía de sus mejores adulaciones.

Pero de pronto, un hilillo se retuerce, las fuerzas se apartan del hombre, y el rey de la creación queda sumido en la oscuridad, como en los buenos tiempos de las cavernas prehistóricas.

Es el *memento homo, quia pulvis es...*

* * *

Hay personas que gustan de hacer más amarga su vida con suspicacias, celos y temores. Son insensatos que voluntariamente enturbian el agua que van a beber.

* * *

Amar en secreto, amar sin la esperanza de ser correspondido y aun sin saberlo la persona amada, es un placer superior reservado a los corazones más escogidos.

Es bárbara grosería, egoísmo brutal, pensar que sólo el amor mutuo es placer: para los que así piensan, nada supone la abnegación y el sacrificio.

* * *

De regreso de las trincheras de Massiges, donde sentimos el ánimo atribulado por escenas de dolor y muerte, descansamos el día 26 de septiembre de 1916 en la insigne ciudad de Châlons, la de los campos cataláunicos, pisados por el caballo de Atila, el bárbaro rey de los hunos.

El insigne general Gouraud, todo caballerosidad y gentileza, nos obsequia gallardamente, sentándonos a su mesa bien abastada y hablándonos en nuestra propia lengua de Castilla.

¿Quién es este general Gouraud? Pues es uno de los más famosos caudillos del ejército francés, inteligente y valeroso, espíritu de alta idealidad, ennoblecido por las más bellas virtudes, entre las cuales, por cierto, sobresale la de la religión.

El general Gouraud es además un símbolo de este optimismo idealista que nos lleva a creer en la supremacía del espíritu sobre la fuerza bruta de la materia y en la hegemonía del cerebro sobre el sistema muscular. El general es un mutilado de la guerra, amputado del brazo derecho, con una pierna débil, a consecuencia de graves intervenciones quirúrgicas, y el pecho perforado por la metralla. ¿Imagináis, tal vez, que este glorioso manco, que

ha servido a su patria valerosamente en muy diversas regiones del planeta, se halla cómodamente instalado y descansando sobre sus laureles en algún palacio suntuoso como el que para los inválidos levantó Luis XIV en el arrabal de Saint-Germain? Pues no hay tal. Este manco, que no puede manejar la espada; este cojo, que no puede montar a caballo; este hombre enfermizo y estropeado, que no puede resistir grandes fatigas, se halla al frente de un Cuerpo de ejército, en diaria lucha con el enemigo, demostrando así el alto aprecio en que Francia tiene las fuerzas del espíritu, que en el general Gouraud resplandecen con soberana grandeza.

Paralelamente a aquellas palabras de otro manco inmortal: «No se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años», podríamos decir que no se gobiernan y dirigen los pueblos con los puños, sino con el poder de la inteligencia y el corazón, el cual también suele mejorarse con el sufrimiento. En la presente guerra, y, sobre todo, en sus derivaciones sociales, se ve esta supremacía, que abre ante la mente del hombre horizontes infinitos. Ya lo dijo Hipólito Taine: «Veo los límites de mi espíritu, pero no veo los límites del espíritu humano.»

* * *

Los pintores y los escultores modernistas propenden a disminuir el tamaño de las cabezas y a aumentar, en cambio, el tamaño de los cuellos; y así es frecuente ver hombretones retratados con cabecitas infantiles sobre hombros robustísimos de atleta.

¿Qué queréis significar con tal contraste? ¿Exaltar tal vez el músculo sobre el cerebro, y la voluntad sobre la inteligencia?

No extrememos las cosas, amigos. Bueno es mejorar las condiciones físicas de esta raza escuchimizada; pero no hasta el punto de que se nos vaya a decir lo que aquella señora de *Pequeñeces* decía a su niño premiado en la clase de gimnasia:

«¡Anda con Dios, hijo! Eso indica que cuando seas grande sabrás tirar de un carro.»

* * *

Lo que el mundo llama honor no es otra cosa que producto de un falso convencionalismo, como lo demuestra el hecho de que sólo una exigua minoría, la de los hombres llamados caballeros, siente aquel honor, absolutamente incomprendido para la mayoría del género humano.

* * *

No me descomponen tus descortesías, ¡oh insigne grosero!, pues mi propio decoro me obliga a ser cortés hasta con los mal criados.

* * *

La melancolía es hija de una visión amplificada de los bienes pasados, comparada con una visión, también amplificada, de los males presentes y futuros.

* * *

Todos los pueblos celebran el himeneo con cánticos, como si elevasen un himno a la vida y a la

fecundidad con que la Providencia ha hecho al hombre, en cierto modo, participante de la divina potencia creadora.

Y al mismo tiempo cantan también en la hora sublime de la muerte.

Todo es lo mismo: canto a la vida, canto a la inmortalidad.

* * *

Desconfía de quien te adula, y oye gustoso a quien te aconseja, presupuesta siempre la buena voluntad: aquél busca tu interesada gratitud; el otro, tu bienestar, sabiendo que tal vez te desagrada.

* * *

Los espíritus honestos y bien intencionados que se ocupan en organizar las mal llamadas fiestas benéficas y de caridad deberían abstenerse de hacer de la ruidosa profanidad el señuelo de la virtud.

En nada menos que en puntos de caridad puede aplicarse aquel aforismo erróneo e inmoral que dice que el fin justifica los medios, porque la caridad es la reina de las virtudes, y su pureza puede eontaminarse con los vahos, no siempre impolutos, de la moda.

La caridad, que sustancialmente es amor al prójimo por Dios, requiere como medios, no el placer égoísta y mucho menos la diversión escandalosa, sino la abnegación, el dolor, frecuentemente el sacrificio.

No puede llamarse caritativa una fiesta que atrae a las gentes con el cebo del placer, a veces in-

honesto; y se necesita, en verdad, todo el candor de los espíritus infantiles para imaginarse que quienes asisten a bailes, a tes, a banquetes y a otras diversiones de esta índole, impropriamente llamadas benéficas, lo hacen por el santo atractivo de aliviar el dolor del prójimo, mediante un amor puro y desinteresado, que tiene su fundamento nada menos que en el amor de Dios.

* * *

Hay sujetos que creen ser hombres, y no son más que bípedos implumes.

* * *

La palabra «vocación», con que objetivamente se denota esta aptitud del hombre para un cierto estado, profesión u oficio, es muy expresiva. La vocación es, en efecto, como un llamamiento con que la misma Naturaleza o Dios, que es señor de ella, inclina al hombre en determinada dirección para el recto ejercicio de su actividad. Oponerse a la vocación es como resistir a la propia Naturaleza, cambiar de rumbo y dejar el camino derecho para extraviarse en otros oscuros y desconocidos.

En lo que se refiere a la actividad profesional, que es lo que ahora especialmente nos interesa, muy a menudo vemos en la vida las funestas consecuencias de esta falta de congruencia entre el trabajo y la aptitud, es decir, de la falta de vocación. Hombres que en determinada esfera del trabajo darían un gran rendimiento, se esterilizan y consumen en otra sin efecto útil, por carecer de la aptitud y de la satisfacción necesarias para aquel

ejercicio: constreñidos a realizar un esfuerzo contra su capacidad y su gusto, o no lo hacen, o lo hacen tarde y mal, con lo que no sólo pierde la labor su aprecio económico, sino también su valor moral, que es de más interés. A este desorden en la esfera de la actividad humana se refirió nuestro poeta en aquella famosa redondilla:

Marqués mío, no te asombre
Ría y llore cuando veo
Tantos hombres sin empleo,
Tantos empleos sin hombre;

porque, en efecto, los empleos servidos por hombres que carecen de capacidad para ello se hallan realmente vacantes.

El error está en creer que los empleos son para los hombres, y no los hombres para los empleos; o de otro modo: que los empleos son exclusivamente medios para ganarse la vida, y no instrumentos de producción para el bienestar y la riqueza, no sólo del individuo, sino también de la sociedad. Y así todos se creen con derecho para toda clase de ocupaciones, aunque carezcan de la más elemental aptitud con que desempeñarlas.

Donde más abunda este desorden es en la zona de la actividad burocrática: muchas de nuestras oficinas se hallan ocupadas por hombres que así nacieron para manejar la pluma como la ballena para volar. Cuéntase de un recomendado de Romero Robledo, que, como se presentara a tomar posesión de un cargo de escribiente en un ministerio y el jefe le increpase por tener la audacia de aceptar aquel destino sin saber leer ni escribir, replicó:

—Pero ¿cree usted que, si yo supiera escribir, iba a contentarme con este empleillo?

Esta es la nota grotesca de todo un régimen de trabajo en el que para nada se tiene en cuenta la vocación.

Absurdo es, por ejemplo, que a los hijos de militares muertos en campaña se les obligue a seguir la carrera militar sin antes medir su capacidad y acreditar su vocación para ella. Seguramente no habrá otra profesión que requiera en grado tan alto estas condiciones, así en tiempo de paz para mantener la disciplina, el orden metódico, el automatismo, la subordinación y la ciega obediencia, en pugna constante con los libres movimientos de la voluntad, como en campaña, donde el hombre se convierte en una máquina con renunciación de todo, comenzando por la vida. ¿Y se quiere encasillar a los huérfanos, desde niños, en una profesión tan difícil y trabajosa? Con semejante violencia es muy posible que resulte un mal militar quien, llevado por otro camino, podría ser un buen jurista, un celoso sacerdote o un excelente artista. Creemos que es este un grave error pedagógico del que pueden derivarse males de gran cuenta.

Precisamente es ahora preocupación muy justificada de los pedagogos el estudio de la aptitud de los niños, o sea de su vocación, y se quiere que el bachillerato o segunda enseñanza sea un período de determinación de aptitudes que definitivamente puedan fijar el porvenir profesional de los hombres.

Hace cuatro siglos que propugnaba esta misma doctrina nuestro insigne Huarte de San Juan, cuando escribía en su *Examen de ingenios para las cien-*

cias: «No se puede negar sino que hay ingenios determinados para una ciencia, los cuales para otras son disparatados, y, por tanto, conviene, antes que el muchacho se ponga a estudiar, descubrirle la manera de su ingenio y ver cuál de las ciencias viene con su habilidad y hacerle que la aprenda.»

* * *

Vosotros, hombres que os juzgáis felices y pasáis la vida sin cuidaros de otra cosa que del egoísta placer, ¿qué diréis a Dios cuando os pida cuenta de los dolores de tantos desdichados hermanos vuestros?

* * *

Renovemos como una provechosa lección optimista la memoria de aquel Joaquín Costa, a quien todos tuvieron por gran pesimista, y al cual habrá que agradecer siempre el haber sido estímulo para tantas buenas obras sociales, cuyos frutos comienzan a recogerse ahora.

Fué, en efecto, pesimista Joaquín Costa en el sentido de descubrir las llagas sociales de nuestra patria y pretender aplicarles el cauterio salvador sin contemplación de ninguna especie; pesimista porque fustigó a los fariseos y a los hipócritas y removió con tempestades apocalípticas los posos envenenados por la rutina y el egoísmo. Cúpole en suerte vivir en aquellos tiempos de inmensas desdichas nacionales, en que parecía sonar el fin de España, y prestó a nuestro país el gran servicio de demostrar la íntima fortaleza de la raza, asentada en la roca de la tradición, aunque cubier-

ta por las negras aguas de la desidia y el abandono.

Removió Costa las que parecían tierras esteparias, y en ellas arrojó la semilla que ahora empieza a germinar, demostrando que lo que muchos creían labor demoledora y estéril, era una fecundación vigorosa realizada con la generosidad de quien sabe que no ha de tener tiempo de recoger los frutos. Especialmente laboró Costa por lo que pudiera llamarse la democratización de la tierra, es decir, por un más justo sistema de repartición de la riqueza que abundantemente ha dado Dios para todos.

Propugnó la solidaridad o fraternidad de todos los hombres en la acción colectiva para el bien común, sin limitaciones de espacio ni aun de tiempo, porque, aunque parezca paradójica, Costa tenía un espíritu fuertemente tradicionalista. Puso al servicio de tan nobles ideas la luz espléndida de su entendimiento y, lo que vale más en el apostolado social, el calor de su corazón y la fuerza de su voluntad. Sabio y bueno, no era sólo el doctor impasible ante los dolores del enfermo, sino también el hijo amoroso que comparte y llora los sufrimientos de la madre; y así su obra intelectual y cordial penetraba, como un carbón encendido, en el alma de las muchedumbres, ilustrándolas y enardecíendolas. Los que ahora hallamos el terreno propicio para el apostolado de ideas renovadoras, debemos pensar, con gratitud para Costa, en aquel páramo desolado de fines del siglo XIX, esterilizado por un individualismo seco y egoísta y por una patriotería que Don Quijote hubiera calificado de similor u hoja de lata. El ejemplo de Costa nos anima y con-

forta en la lucha con los errores y los vicios sociales, y, como un alto ejemplo, nos estimula a seguir trabajando por el bien de este pueblo español, a quien Costa tanto amó en vida y aun sigue sirviendo con sus libros y con su memoria después de muerto.

* * *

Deja que naturalmente salga la idea de tu entendimiento como sale la luz del sol por la línea del horizonte.

No le fuerces a producir lo que de sí mismo no puede dar. Serás como el duro eslabón cuando golpea en vano la roca para sacar alguna chispa.

* * *

¿Por qué reniegas de la noble denominación de maestro y quieres sustituirla por la inexpresiva de profesor?

Maestro (*magister*, de *magis*, más...) es el primero, el mejor, el que culmina sobre todos, y por su saber y su virtud está diputado para enseñar y dirigir a otros; profesor es... el que ejerce una profesión, que lo mismo puede ser de elevada trascendencia científica que de ruin conveniencia material.

Maestros han sido los grandes conductores de la Humanidad, y el Divino Salvador era llamado por el pueblo *rabí*, que quiere decir *maestro*.

* * *

—¿Ha visto usted qué sinvergüenza, qué falta de pudor la de esta traída y llevada?...

—Sí, señora; es bien lamentable lo que ocurre con esa desdichada mujer... Pero ¿conoce usted su historia? Nació y se crió en un ambiente corrompido. Siendo aún niña, tuvo que ganar el duro pan con el sudor de su rostro; luego fué seducida y cruelmente abandonada... Se moría de hambre y de vergüenza; nadie la socorría y consolaba: no tuvo tampoco quien la amase... Carecía de resistencias morales, porque nunca la hablaron del bien y siempre se vió envuelta por el mal... Cayó en el vicio... Hay que redimirla... ¡No es tan mala como usted piensa, señora marquesa, no es tan mala!...

* * *

Los pueblos, como los vinos, necesitan, para tener fuerza y espíritu, el paso tonificador del tiempo, que es lo que en la historia de la humanidad se llama tradición.

* * *

Espíritus vulgares podrán creer que a mayor progreso social corresponde una mayor libertad, y precisamente sucede todo lo contrario. A medida que los hombres y los pueblos progresan y se educan, su libertad disminuye, y en las alturas del poder y el refinamiento social el hombre es verdaderamente un esclavo.

La razón de esta aparente paradoja se halla en la índole social del progreso humano. La civilización (*civilitas, ciudadanía, convivencia*) crea numerosos vínculos de interdependencia social que restringen la libre actividad de los individuos.

Un pastor, en las soledades del monte, hace lo

que se le antoja; un ministro, en las doradas regiones del poder público, ha de hacer lo que quieran los demás.

Así, cuando oigo decir que el hombre es libre y soberano, pienso:

—Sí...; tal vez en alguna isla desierta.

* * *

El P. Pelegrín Franganillo, natural de León y religioso esclarecido de la Compañía de Jesús, es un naturalista consumado, y en cuestión de arañas, se ha hecho el finibusterre de la sabiduría. Fruto de su ciencia, de su experiencia y de su paciencia, es un precioso *Manual de Araneología*, donde se contiene cuanto hoy se sabe acerca de aquellos animalitos, entre los cuales existen algunos que, por sus costumbres, parecen mismamente personas.

Hay una arañita, sobre todo, que, no obstante llevar el poético nombre de *tomiso*, es un monstruo de crueldad comparable a los más fieros tomisos de la especie humana. El P. Franganillo se indigna en presencia de este bichejo, y escribe: «¡Quién diría que el tomiso hermoso, perpetuo huésped de las rosas, había de ser de entrañas tan duras! Sin redes, ni telas, ni lazos, ni hilos, espera, oculto entre la corola de las flores, la llegada de insecto desprevénido para dejarle seco de un picotazo, que le asestará en la misma nuca... Uno de los bocados más sabrosos de este sibarita es la simpática, la hacendosa, la melíflua abeja común. ¡Pobre abejita! Descuidada se posa sobre una flor y busca con su lengua los sitios más cargados de polen, y en-

tretanto que la incansable obrera carga de dorado polvo el cestillo que en sus patas trae, un bandido, oculto en su guarida, la acecha, la deja cebarse, y cuando la ve más embebida en su noble faena, se arrastra traidora y sigilosamente y la asesta un mordisco en el cuello, dejándola sin sentido. ¡Pobrecilla!... Pero ¿y tu poderoso aguijón qué hace? ¿Por qué no se lo clavas a ese salteador de caminos?... ¡Por desgracia, todo es inútil! En vano la víctima da estocadas con su aguijón a tontas y a locas: ningún pinchazo le llegará al asesino. A los pocos momentos, la abeja, heridos sus ganglios cervicales, muere entre horribles convulsiones... Después del crimen, el tomiso hermoso chupa la sangre de la víctima, arroja desdeñoso los restos fuera de la flor y se oculta para dar otro asalto.»

Pues anda, que el otro bichito, llamado *latroducto malignato*, es también digno de la pluma de Sófocles. Este *latroducto* ya hace uso de la red como los gladiadores romanos. «Su cuerpo—dice el P. Franganillo—es negro y lustroso como la hulla y alcanza el grueso de un garbanzo. Vive oculto en cuevas subterráneas poco profundas, en cuya boca tiende una red extensa de mallas muy irregulares. Cada madriguera es un verdadero osario. Cuando doy con una y me echo al suelo para explorarla, siento siempre un horror indecible, algo parecido al que experimentan los misioneros al penetrar en la choza y ver en ella seis u ocho cráneos de otros tantos enemigos asesinados.»

Tampoco la arañita denominada *argiope* es propiamente un dechado de caridad. La *argiope* es también *retiaría* y vive oculta en el fondo de su red, esperando con paciencia de rifeño a que se presen-

te la confiada víctima a que ha de asesinar con todo primor y atildamiento. Cuando aquélla cae en la red, el *argiope*... «se prepara, se toma el pulso y va acercándose poco a poco. Desde lejos, y con timidez, extiende una pata y palpa a la futura víctima, que se retuerce y se azora, prendiéndose cada vez más. Aproxímase la araña, arquea el cuerpo, como el gato al lanzarse sobre el ratón, saca hilos de las hileras y comienza a envolver al insecto y atarle de pies y manos y fajarle. Seguidamente corta todos los hilos que de alguna manera sostienen la presa, y, asiéndola con una pata, la trae arrastrando al centro de la red, donde la chupa la sangre y demás jugos.»

Al leer estos pasajes pienso que yo he visto al *latroducto*, o a un bicho parecido, en alguna parte... ¡Ah, sí! Ya recuerdo.

Hace de esto muchos años... *Ehu fugaces, Posthume, Posthume, labuntur anni!*... Era en la plaza Mayor de nuestra amada ciudad leonesa. Allí, en los vetustos portales, frente al Consistorio, había una hórrida tiendezuca, con anaqueles parecidos a nichos de cementerio, en los cuales se apilaban, como hediondos ataúdes, piezas de bayetas y otros paños propios para mortajas. En aquella tienda no se vendía nada: las piezas de tela no eran otra cosa que el fúnebre ornamento del antro destinado a las artes infernales de la usura.

Detrás del recio mostrador, sentado en un sucio sillón de vaqueta, se hallaba siempre, en espera de la víctima, el *latroducto malignato*, envuelto en la vieja capa con embozos de negro terciopelo y cubierta la innoble testa con un altísimo sombrero de copa, que parecía coraza de penitenciado. En las manos

llevaba mitones de negro estambre para mejor ocultar sus garras homicidas... Y cuando pasaban a su alcance los humildes labriegos, los que, como la dulce abejita, ganaban con su sudor el duro pan en los fértiles valles del Bernesga, o en los páramos esteparios fronteros al Santuario del Camino, el *latroducto* los atraía a la red, y en el antro cavernoso les chupaba la sangre y los demás jugos.

Los chicos le teníamos un miedo cerval, porque en nuestras honradas casas nos habían dicho que aquel hombre era muy malo, y que por culpa de él se vertían lágrimas y había hambre y dolor en muchos hogares leoneses; y, al pasar por delante de su cueva, sentíamos pavor, como deben de sentirlo los inocentes animalitos al pasar ante la red del *latroducto* o de la *argiope*.

¡Quién le habría de decir a Franganillo, cuando correteaba por los portales de la Plaza, que, andando el tiempo, vendría a ser el Tito Livio de estos *malignatos*!...

* * *

Tenemos en poca estima a las cosas y atendemos más a lo subjetivo que a lo objetivo; y así las obras, vinculadas a las personas, perecen con éstas.

* * *

Cuando visito las tristes salas de los asilos de ancianos, donde esperan la muerte tantos hombres buenos que se sacrificaron por criar, educar y hacer felices a sus hijos, viene a mi imaginación lo que se cuenta de los cuervos, los cuales, no obstante su fama de sanguinarios y crueles, parece que tienen sentimientos muy piadosos y *humanos*,

tal vez más humanos que los de muchos hombres.

Dicen, en efecto, los naturalistas que, cuando los cuervos viejos se ven sujetos a reclusión en los agujeros de las rocas que les sirven de morada, los cuervos jóvenes les llevan allí el alimento y permanecen con ellos largos ratos en dulce amor y compañía.

¡Buena lección para los hombres!

* * *

Si queréis conservar la paz social, procurad que todo el mundo tenga sus necesidades satisfechas y sus horas honestamente ocupadas.

El delito tiene su origen en la vida desordenada, en el hambre, la neurosis, la vagancia o la desesperación.

Los anarquistas de acción fueron antes espíritus inadaptados, vagos y melancólicos.

* * *

Todos llevamos en el espíritu alguna pasión que nos oscurece y trastorna el juicio. Somos razonables y discretos; pero en tocándonos aquel registro, reaccionamos camino del absurdo.

Como Don Quijote, discurrimos muy bien mientras no se trate de andantes caballerías.

* * *

Sobre esto de la fortaleza de la raza habría mucho que hablar.

La degeneración fisiológica, que todos los años se hace pública al realizar el reclutamiento de los mozos para el reemplazo del ejército, es evidente

que obedece a muchas causas: pero, a nuestro juicio, las principales son dos: la insuficiencia nutritiva, hija de una mala organización social que tiende a concluir con los términos medios para no dejar en pie sino a grandes capitalistas de un lado y masas famélicas de otro, y el vicio y la corrupción que se han apoderado especialmente de la juventud, hiriendo así a la sociedad en su verdadero órgano raquídeo, fundamento de la vida colectiva.

La desnutrición de las grandes masas proletarias, que es sencillamente un problema de distribución de la riqueza que Dios nuestro Señor ha creado para todos, requiere una más justa repartición de los beneficios del trabajo, mediante la aplicación de las soluciones cristianas en este punto, que tienden, según frase de León XIII, a que «sean muchos los propietarios». A ello se llegará dando a los obreros la debida participación en las empresas, fomentando las instituciones de previsión e imponiendo siempre la justicia en las normas de retribución del trabajo. Mejorarán también eficazmente las condiciones físicas de las clases trabajadoras cuando éstas puedan habitar en casas higiénicas y baratas, y beneficiarse con las ventajas de un régimen cooperativo de consumo y de un ambiente sano y depurado, según las prescripciones de la higiene social.

Pero estos remedios, de carácter, por decirlo así, positivo, resultarían estériles si no se evitara el desgaste y la degeneración, que son consecuencia de los vicios, y principalmente de aquellos dos que realmente constituyen el azote de la sociedad: la lujuria y el alcoholismo. De nada serviría un régimen económico y social que diese a las clases po-

bres los recursos permanentes y necesarios para una buena nutrición, si los hombres así beneficiados en su organismo físico, lo destruían con el corrosivo de una vida viciosa. Y este es el gran mal de la sociedad moderna, en la que las facilidades para la corrupción han llegado a extremos espantables.

Refiriéndonos especialmente a España, que es lo que más nos interesa (aunque el mal de que nos quejamos afecta a todos los países del mundo), no es necesario acudir a las estadísticas demográficas para apreciar el enorme daño causado en la sociedad por aquellos vicios que en la moral cristiana son también pecados capitales. Recorriendo a cualquiera hora las calles de Madrid, de Barcelona, de Valencia, de Sevilla... y aun de otras poblaciones menos importantes, el corazón se siente dolorido en presencia de tanto y tanto incentivo para la corrupción. Tabernas en infinito número, cafés y casinos, cinematógrafos indecentes, lugares de prostitución nada recatados... No hay calle donde el vicio no tenga puesto su reclamo a la honestidad y a la templanza. En las librerías y en los quioscos donde se venden periódicos predominan y se exhiben descaradamente los impresos más inverecundos. Ya no hay respeto alguno a la pública moralidad, y en estos mismos días está sirviendo de escándalo a las personas honradas cierto cartel en que textualmente se anuncia «una bacanal» con un programa de baja sugestión, que en ningún pueblo medianamente decente se toleraría.

¿Es posible, en vista de tales excesos, pensar en la fortaleza física de la raza? Hombres y mujeres mal alimentados, con tasa en el oxígeno del hogar

doméstico, del taller, la oficina y los centros de recreo; consumidores de alcohol y aun de otros venenos que, con nombre de aperitivos, se expenden en los establecimientos de bebidas; extenuados por los vicios más degradantes, ¿pueden constituir una raza vigorosa, propicia a las grandes empresas en la vida social y política, para honor y progreso de la patria?

Las consecuencias de este desorden se aprecian en las terribles estadísticas demográficas, donde aparecen las enormes cifras de los tuberculosos, los sifilíticos, los anémicos, los medulares..., y en la pobre infancia, víctima inocente de los pecados ajenos, los atrépsicos, los escrofulosos, los ciegos, los mudos y los anormales de toda especie.

* * *

No puede reducirse la Historia a una crónica doméstica de los reyes y a una descripción de grandes crímenes y batallas. Más que las andanzas familiares de Chindasvinto o las proezas de las Navas de Tolosa, han de interesarnos la evolución del espíritu nacional mediante las instituciones sociales que constituyen la vida del pueblo, porque, como ha dicho Torras y Bages, «el pensamiento de una nación es lo que la caracteriza y retrata».

* * *

Penetro en la llamada Cárcel Modelo y veo a varios niños encarcelados.

—¿En qué celdas están sus padres?—pregunto.

* * *

Para llegar a rico, más seguro que buscar riquezas es disminuir necesidades.

* * *

Una de las cosas más necesarias y más difíciles es saber sufrir las bromas, a veces pesadas, de nuestros prójimos.

Por algo los lacedemonios, según dice Plutarco, consideraban esto como una virtud.

* * *

No menosprecies a los personajes que, según tu juicio, sólo tienen vida en los libros.

Muchos de ellos han adquirido una realidad superior a la de tantas personas vivas que pasan por el mundo como las golondrinas por el aire, sin dejar huella. Y eso es tanto como no haber existido.

En cambio, Don Quijote, Hamlet, Fausto..., que, según tú crees, sólo tuvieron existencia en la mente de los artistas que los idearon, viven y vivirán mientras haya mundo y habiten en él seres racionales.

* * *

La moda moderna exige que la mujer se desnude para salir a la calle, y se arroje bien para estar en casa.

* * *

Todos los pecados son muy antiguos. No varía la esencia del pecado, sino la forma de pecar... Ya lo dijo la *Sabiduría*: «¿Qué es lo que fué? Lo mismo

que ha de ser... Las cosas que han de ser, ya fueron.»

* * *

El asesinato perpetrado en la persona de don Eduardo Dato en las más viles condiciones de alevosía, tiene todos los caracteres de un verdadero sacrificio.

Se ha dicho que las altas posiciones sociales, como las enhiestas cumbres, atraen el rayo, y bien se puede creer así en estos tiempos del reinado de la violencia. Es evidente que todos aquellos que culminan en las elevadas esferas de la gobernación del Estado se hallan constantemente expuestos, no sólo a las censuras, casi siempre injustas y apasionadas, de los émulos, de los descontentos, de los impacientes y de los pesimistas, sino también a las agresiones de los criminales. La Historia está llena de estas páginas ensangrentadas, donde se relata cómo han caído desde la altura del poder y la magnificencia social muchos varones eminentes.

Pero el caso del Sr. Dato tiene especiales caracteres, que exaltan a la víctima hasta las sublimes regiones donde se inmortalizan los mártires y donde refulge con esplendor de primera magnitud el sol del sacrificio. El Sr. Dato estaba cierto de que habría de morir a manos de los enemigos del orden social. No era la suya una mera presunción razonable, habida cuenta de las especiales circunstancias de la sociedad presente. Era una firme e indubitada convicción. Frecuentemente recibía el aviso de su muerte; y los que con bárbara ferocidad la preparaban en los secretos recintos donde

tales infamias tienen su natural asiento, llevaban su crueldad satánica hasta el punto de comunicar aquella criminal sentencia a la propia familia de la víctima elegida, a aquellas personas inocentes que, recluidas en el honrado hogar, se desvivían por endulzar al buen padre de familia las breves horas que podía dedicarles. Los pocos amigos con quienes el Sr. Dato hablaba de estas cosas, muchas veces le oyeron decir que él había ya ofrecido su vida a Dios en holocausto de la patria, y que todos los días salía de su casa con el temor de no regresar a ella. Serenamente, con prudente valor, el Sr. Dato esperaba la muerte, sin gesto de fanfarrona temeridad, pero con la firmeza de quien tenía un concepto cristiano de la vida. Sabía inhibirse, sin embargo, de esta preocupación, para que ella no fuese obstáculo al cumplimiento del deber, y muchos escucháronle comentarios sobre su próximo fin con dulce sonrisa y fino discreto, que recataban mal un fondo de muy humana melancolía.

Pero en el seno de la familia era otra cosa; y cuando los suyos le suplicaban por Dios que se apartase del peligro que a todos, menos a él, mantenía en viva zozobra, D. Eduardo Dato procuraba tranquilizarlos, negando verosimilitud a las amenazas y atribuyendo a bromas de mal gusto lo que en el foro interno de su conciencia veía como una próxima realidad.

En esta lucha interna, suficiente para destrozarse el corazón mejor templado, estuvo viviendo y trabajando con abnegado celo este hombre superior..., el caballero del suave trato y la risueña cortesía; el espíritu sutil, comprensivo y tolerante, propicio siempre a la benevolencia; el hombre llano

y sencillo que laboró por el derecho de los trabajadores, acreditando con obras, mejor que con palabras, que era un verdadero paladín de nuestra moderna reforma social.

¿Qué otra cosa es el verdadero sacrificio? Días y días, meses y meses, ha estado este hombre fuerte esperando el arma homicida, a la que ya había ofrecido, en sagrada oblación, su pecho de cristiano y de patriota. Con un supremo desdén, que no era fatalista, porque procedía de una lúcida reflexión, rechazaba las precauciones que otros estimaban precisas y racionales. ¿Para qué? Con defensas o sin ellas, él creía que habrían de matarle; y lo que hacía era ennoblecer su vida, esperando la hora inexorable, trabajando por mejorar y fortificar la masa social, de donde, como una secreción morbosa, salen a veces estos asesinos. Dato había escogido la senda mejor: la del sacrificio, que le ha inmortalizado con gloria imperecedera.

* * *

Una de las condiciones más eficaces para ser alguna cosa es haberlo sido; quiero decir que, en el juego de los nombramientos y empleos, lo difícil es empezar, pues luego, por la fuerza de la rutina, todo es muy llano y hacedero.

Cuentan las crónicas que en los tiempos heroicos de nuestra política picaresca se solían hacer nombramientos en personas que carecían de condiciones legales para tenerlos, y que, pasados unos días, se las declaraba cesantes, con lo que, como tales, tenían condiciones para ser nombradas en lo sucesivo.

Claro es que semejante maniobra era un bella-

quisimo cubileteo; pero no me negarán ustedes que tenía cierta gracia.

* * *

No serías tan amante del lujo si vieras los dolores que cuesta al humilde trabajador.

* * *

—Guardia, ¿hace usted el favor de decirme por dónde se va a la calle de la Libertad?

—Sí, señor: por la de la Verdad... ¿No lo dijo ya el Señor Jesús?

—Sí, es cierto; pero no me acordaba.

* * *

Al amortajar a algunos hombres y descubrir los secretos del cuerpo que pudorosamente recataron durante una larga existencia, se hallaron máculas orgánicas y heridas horrendas que acreditaban toda una vida de dolores heroicamente soporados.

Si fuera posible amortajar a las almas, ¡cuántas ocultas llagas habríamos de descubrir en hombres que pasaron sonrientes por el mundo sin dar la menor señal de sus recónditas heridas!

* * *

Las monjas del famoso convento tienen hambre. Sus pocas rentas no alcanzan a adquirir el pan de cada día, y la antigua abundancia y riqueza de los tiempos pretéritos se ha trocado en penuria, miseria y escasez.

¿Qué son? ¿Franciscanas, bernardas, agusti-

nas, dominicas, recoletas...? Lo mismo da; sólo diré que no son de estas que acaricia la voluble moda, la cual en todo se entremete, sin respetar las cosas más santas. Las monjas hambrientas pertenecen a una orden gloriosa, de nombre rotundo y benesonante, que contrasta con estos otros titulillos bizarros con que se cubren las nuevas corporaciones, protegidas y mimadas por el moderno señorío, y algunas de las cuales ni aun tienen la aprobación de la eclesiástica autoridad.

Las monjitas hambrientas habitan este inmenso monasterio, que antaño fué también mansión del arte, y del que ya han salido, para no volver, cuadros y estatuas, muebles y tapices, alhajas y estofas de incalculable valor.

Lo que fué espléndido jardín es ahora bellaquísima huerta, y en lugar de lindas y perfumadas flores, crecen allí legumbres y tubérculos que nada dicen al corazón, aunque sirven para sustentar la vida.

Las marfilinas manos que antaño se empleaban en tocar el órgano, hojear los miniaturados libros de horas, urdir encajes y bordar sutiles paños eucarísticos, han de ocuparse ahora en los vulgares menesteres de hacer camisas de munición, zurcir medias y planchar ropas profanas para los vecinos, a cambio de míseras pesetas.

La ilustrísima abadesa, sucesora de aquellas otras que en siglos grandes escribían altaneras cartas a reyes y prelados, tiene que escribirlas ahora muy humildes a bárbaros acreedores que la amenazan con los tribunales.

¡Oh distraído viandante, que al pasar por esta calle oyes la campanita del convento! ¡Piensa que

detrás de esas altas paredes perecen de hambre las místicas palomas, a las que no llegan ni aun las migajas de nuestros babilónicos festines!

* * *

El alma y el cuerpo son dos enemigos obligados a caminar juntos por el áspero sendero de la vida.

¡Gran tragedia de la Humanidad! ¿Hay nada más horrible que un espíritu juvenil sujeto a las infames ataduras de un cuerpo viejo?

* * *

Hay que creer todo, aun las cosas que parecen más absurdas.

Antiguamente era una leyenda la ambición de Ícaro, que pretendía volar hasta el cielo, y ahora vuela cualquier borrico que tenga diez pesetas.

La otra leyenda del peje Nicolao, que nadaba en lo profundo de los mares, ha sido convertida en realidad por los famosos submarinos.

Nada es imposible. Hay que creerlo todo, todo..., menos la sinceridad en el ánimo de los políticos y la constancia en el corazón de la mujer.

* * *

El pueblo es naturalmente cruel.

Decid a un hombre, por rudo que sea, que pinche a un buey, que abra las entrañas a un caballo, que ponga a un hombre indefenso delante de una fiera enardecida..., y se sentirá como agraviado y ofendido; pero juntad a ese hombre con otros mu-

chos, y le veréis gozar y aplaudir aquellas crueldades, cuanto más sangrientas, mejor.

* * *

La envidia hace cuanto puede para que se olvide pronto la fama de los hombres grandes, y piensa que, ya que la estorbaron en vida, justo es que la dejen en paz después de muertos.

* * *

Si no te dedicaras a injuriar y a calumniar al prójimo, ¿en qué habrías de emplear tu estéril vida?

* * *

Hay un arte de hacer el bien que no poseen todos los hombres buenos.

* * *

Severino Aznar ha dicho con frase feliz que es preciso adecentar la vida en el planeta.

Con ello se refería a un ansia de justicia, de paz, de caridad entre los hombres.

Y para conseguirlo, ¿no sería mejor mudarse a otro astro más decente?

Porque adecentar este nuestro parece harto difícil.

* * *

La previsión o visión de lo porvenir es la nota diferencial entre el hombre y los animales.

* * *

Aunque yo no creyese que el trabajo es un deber moral que obliga a todos, lo impondría a los hombres como un indispensable agente moralizador, porque entiendo que es muy difícil conservarse bueno sin trabajar.

* * *

Aquello de que el pensamiento no delinque y es, por tanto, necesario respetar todas las ideas, tiene mucho que discutir.

El pensamiento, a mi entender, delinque cuando hace correr por el mundo ideas inmorales, es decir, generadoras de mal; y creo que estas ideas, lejos de merecer respeto, son dignas de censura y repulsión. No olvidemos que en la moral cristiana tiene sustantividad el pecado de pensamiento, siendo este uno de los caracteres de superioridad de aquella moral sobre la meramente humana, utilitaria o positivista.

O las ideas no tienen eficacia alguna, y en este caso no merecen respeto ni menosprecio, o la tienen, y entonces habrá que apreciarlas por lo que pueden dar de sí. Pero es que todos admiten la eficacia práctica de las ideas, y para que la tengan, son puestas en circulación, de palabra y por escrito, en discursos, en conferencias, en libros y, sobre todo, en periódicos y revistas, que son el principal instrumento de difusión en la vida moderna. Y así, las ideas que conducen al crimen ¿han de merecer el mismo trato que las que llevan a la virtud?

Con un ejemplo se comprenderá mejor esta diferencia. Imaginaos a estos escritores anarquistas, o anarquizantes, que desde el seguro de su gabinete-

te, y halagados por las comodidades de una vida fácil, lanzan al mundo ideas de muerte y destrucción, las cuales caen en el corazón de «aquella muchedumbre pobre y débil, con el ánimo llagado y pronto siempre a sublevarse», según expresión de León XIII. Cuando de esta muchedumbre surge el brazo homicida que pone en práctica aquellas ideas, ¿a quién, en primer lugar, ha de culparse? ¿Al hombre tosco, ignorante, ineducado, brutal, desprovisto de reservas morales y religiosas, que los otros le han arrebatado precisamente para hacerle más propicio al crimen, o al que tranquilamente preparó este delito, iniciándolo, lubricando el camino, dando el arma al agresor y empujándolo para que más fácilmente pudiera delinquir?

Creo que hay una más refinada crueldad en el uno que en el otro, y que sin las ideas no se hubiera llegado al crimen. Existe, pues, la punibilidad del pensamiento, y es de razón y de interés social castigarlo y prevenir el mal, impidiendo la circulación de estas ideas.

Así como se cohibe el comercio de sustancias peligrosas que en el orden material pueden ser útiles o nocivas, según el modo en que se las emplee, asimismo es racional oponerse a la circulación de las doctrinas anárquicas o disolventes, cuyos funestos resultados tenemos ahora a la vista.

No todo el remedio contra los llamados crímenes sociales está en esta policía del pensamiento; pero gran parte de él, sí.

* * *

La mujer que en escenarios públicos exhibe su cuerpo descocadamente, no siempre es la más cul-

pable del daño moral que ocasiona, pues frecuentemente resulta la principal víctima de aquel desorden.

A los que preguntan indignados: «¿Por qué hace esto la mujer?», podría contestárseles:

—Por seis pesetas.

* * *

Sería verdaderamente novelesca la narración de aquella infancia dolorida en que los niños comienzan a gustar el acíbar del negro pan ganado con el trabajo de sus manos, y serviría además de provechosa enseñanza, ya que nos daría la razón de muchos daños que ocurren en la sociedad presente, porque este trato cruel y este menosprecio de la dignidad de la niñez, a la que, según el precepto del clásico, se debe máxima reverencia, a unos niños cristianamente educados viene a serles como un tónico que les conforta, pero a otros, que son los más, les deprava y pervierte, arrancándoles todo estímulo para el bien obrar, suscitando en su corazón sentimientos de odio y venganza, y haciendo de ellos, unas veces, parásitos de la sociedad, y otras, agresores morbosos de ella.

La Historia contemporánea está llena de estos ejemplos de niños criados en la injusticia, que, al llegar a hombres, retribuyeron aquel daño, superabundantemente, a la sociedad, culpándola de la torpeza, de la maldad o del egoísmo de unos pocos: nobles espíritus a veces, que, con las alas rotas por la adversidad, se arrastran en el fango de la vida.

* * *

Los sordomudos de Madrid han celebrado la memoria de los grandes precursores de la enseñanza de la palabra. ¿Cómo? Con fiestas mímicas.

Realizaron una excursión a El Escorial, y allí algunos mudos ilustrados expresaron sus ideas ante sus compañeros por medio de la mímica convencional. Más tarde inauguraron en el Retiro un monumento en honor de Fray Pedro Ponce, y también lo decoraron con discursos mímicos. Los hombres que no hablan elogian con gestos a los grandes maestros que introdujeron en el mundo el arte y la ciencia de hacer hablar a los mudos.

¿Cómo se explica esta paradoja? La mayor parte de los sordomudos españoles no hablan porque no les han enseñado a hablar. La deficiente organización de nuestros Centros de educación de sordomudos esteriliza las mejores intenciones de los maestros. Con ser España la cuna de esta enseñanza y la nación de más gloriosa historia en ella, se ve hoy superada en cuanto a los resultados prácticos de la organización pedagógica por todos los pueblos de Europa, especialmente por Francia, Alemania e Italia. La culpa de este grave mal está en el Ministerio de Instrucción pública, entregado a las miserias de la baja política, y en el cual se tiene en el mayor abandono este capital problema de la educación de los niños anormales. Cuando, gracias a reformas circunstanciales, han surgido hombres de buena voluntad, con solvencia moral y científica para trabajar en esta noble empresa, las malas artes de nuestra corrompida administración han venido a desbaratar los mejores intentos.

El Estado español sólo tiene un establecimiento para la enseñanza de los sordomudos, que es el Co-

legio Nacional, y en él se emplea el lenguaje mímico, con lo que, naturalmente, los niños salen de allí condenados a perpetuo mutismo. Los pocos Centros oficiales de enseñanza en provincias arrastran una vida lánguida, a merced de la bochornosa tutela seudobenéfica de Diputaciones y Ayuntamientos. La íntima tragedia de los niños mudos no interesa a nuestros estadistas.

Algunas personas generosas se han acercado por impulso sentimental a este grave problema, y casi estamos tentados de decir que han hecho más daño que provecho a los sordomudos, porque han descentrado el asunto, apartándole del camino de su racional solución. Estos hombres, bien intencionados, pero desconocedores de toda la complicada arquitectura de la sordomudez, han convertido en benéfico un problema que es sustancialmente pedagógico, empleando para resolverlo los blandos y estériles recursos de la compasión, en vez de los tónicos y fecundos de la ciencia. Y todo viene a parar al mismo lamentable resultado: a la conservación de la mudez, y al arraigo, entre los mudos, del lenguaje mímico, incompatible con la palabra.

Los mudos, así abandonados, se concentran en grupos homogéneos, formando un mundo silencioso, apartado del concierto social, mundo en el que no es necesaria la palabra para expresar el limitado ideario de la vida corriente, y donde la expresión mímica y hasta la propia sordomudez llegan a ser tenidas por una profesión. Es frecuentísimo que estos hombres privados de la palabra se llamen a sí mismos *mudos*, empleando el calificativo, no en sentido deficiente, sino honorífico. Re-

cuérdese que Navarrete, el gran pintor de Felipe II, firmaba sus cuadros en esta forma: *Juan Fernández, Mudo*. Mil veces, en nuestro diario trato con los sordomudos, hemos podido observar este curioso fenómeno psicológico: los mudos ineducados menosprecian a quienes no conocen la mímica y los tienen por seres inferiores.

Por estos caminos compréndese cuán difícil ha de ser llegar a la solución del problema de la sordomudez, que no es más que ésta: hacer que los mudos hablen, como lo hicieron nuestros grandes maestros de los siglos XVI y XVII. La sociedad, indiferente a este gran problema, no exige responsabilidad alguna a quienes por desidia y abandono mantienen en las tinieblas de la mudéz a más de quince mil españoles, pobres hermanos nuestros, apartados, con bárbara crueldad, de las excelencias de la vida colectiva, de los refinamientos del arte y de la ciencia, con que la divina palabra hace menos triste la peregrinación del hombre por el planeta.

* * *

En el estado actual de la sociedad, la pobreza suele ser frecuentemente motivo de envilecimiento y deshonra.

* * *

El crédito es una de las grandes maravillas de la civilización moderna, porque, si bien se mira, no es otra cosa que el medio de utilizar la riqueza que no se tiene.

* * *

Sin pan y sin justicia no puede haber paz ni en los individuos ni en los pueblos.

* * *

Respetar el hogar ajeno, templo de la familia y conciencia o sentido íntimo de ella.

* * *

Hay dos modos de entender la amistad para con los pobres, esto que impropriamente se llama hoy democracia.

Unos creen que ser demócrata consiste en predicar la guerra contra los ricos, halagando las pasiones de los pobres, exagerando los derechos de éstos, aminorando sus deberes, suscitando en su mente pensamientos de ambición y desatando en su espíritu bárbaros vendavales de desolación y ruina.

Otros siguen opuesto camino: aman al pobre, predicándole la simpatía y la tolerancia para con todos los hombres, amansando las tormentas de su dolorido corazón, suavizando las asperezas de su espíritu endurecido por la adversidad, y llevando por doquier las benéficas auras de la paz y la concordia.

A los primeros se les ve en los cafés, en los teatros, en las reuniones donde se goza y se ríe, y donde ellos exponen sus teorías casi en broma, como paradojas literarias para solazar a la gente.

Los otros frecuentan los buhardillas y zaquizamías donde la pobreza tiende su regio manto de telarañas con su cortejo de hambre y dolor: allí dicen lo que saben como una tremenda realidad.

Los primeros son discípulos y seguidores de quien en la hermosa región del paraíso prometió la divinidad a unos hombres que eran felices y que, por seguirle, cayeron en la miseria más espantosa.

Los otros tienen por maestro a quien dió su vida por todos y pasó por el mundo haciendo bien, sin tener donde reclinar su veneranda cabeza.

* * *

La víbora de la adulación es tan elocuente, que algunas veces llega a convencer hasta a los hombres más discretos.

* * *

Las ascensiones sociales rápidas exigen que se cierren los ojos para no ver lo que se pisa.

* * *

El insigne D. Ventura de la Vega (hace ochenta años) escribía en un periódico de Madrid crónicas teatrales, y en ellas fustigaba con frecuencia a un tenor italiano que cantaba en el Teatro Real y no era propiamente una maravilla.

Cierto día, el tenor encontró al crítico en la calle... Antes de continuar esta verídica historia he de decir que D. Ventura de la Vega era de compleción débil y de apocada humanidad, mientras el tenor era hombre robusto, de prócer alzada y de musculatura atlética.

Y he aquí que, acercándose el cantante al escritor, la emprendió con él a golpes y patadas desco-

munales, que dieron con el buen sin Ventura en tierra.

No se incomodó por ello el gran literato, y aun fuera lo mismo que se incomodara en frente de aquel nuevo Alifanfarón que se le echaba encima como un fiero lobo sobre un tierno corderillo, y alzándose del suelo, se encaró con el bárbaro, y tranquilamente le dijo:

—Muy bien; y ahora ¿va usted a cantar mejor?

* * *

La psicología experimental inventa cada día nuevos aparatos con que medir y pesar las funciones más excelsas de la biología, y los sabios se imaginan que con eso llegarán a conocer los misterios más hondos del alma.

¡Ay amigos! Mucho valen y pueden esos artugios; pero tengo para mí que sus maravillosas curvas no lograrán pasar la sobrehaz de la vida del espíritu.

Los anhelos, los dolores del alma, ¿quién los mide? Las batallas que en lo más recóndito de la conciencia se libran entre enconados sentimientos, ¿quién las pesa? ¿Qué ojo hay tan perspicaz, que pueda hacer llegar su mirada a aquellos secretos camarines donde luchan el amor y el honor, la fe y la duda, el fuego y el hielo, la luz y las sombras, el propio decoro y la debida gratitud, el ángel y la bestia?

* * *

Frecuentemente veo pasar por la calle, conducidos por la Guardia civil, hombres maniatados, a

quienes no les queda ni el natural recurso de cubrirse la cara ocultando el rubor de la vergüenza pública.

Son supuestos delincuentes que van a la cárcel para esperar en ella que la justicia humana diga si son inocentes o culpables.

Siento, en presencia de este espectáculo, no sólo el natural movimiento de compasión hacia el débil, sino la inquietud de una duda que asalta a mi espíritu.

Aquel hombre, en efecto, es afrentado en la calle y va a ser encarcelado porque se le supone delincuente. ¿Y si no lo es?

He aquí una pregunta que me quitaría el sueño si yo fuese penalista o legislador.

* * *

En un camino:

—Dígame usted, buen hombre: ¿se va bien por aquí a la gloria mundanal?

—No, señor; tome por aquel otro camino, que es el de la adulación a los poderosos.

* * *

¡Grande y provechosa invención esta de las llamadas bibliotecas circulantes, con las cuales van los libros generosamente a la casa del lector para ofrecerle los favores, nunca bastante agradecidos, de Minerva!

Esto de la circulación gratuita de los bienes espirituales es uno de los más grandes progresos de la humanidad y uno de los pocos casos de verdadera democracia que hay en el mundo. Para con-

vencerse de ello, basta comparar el estado presente, en este aspecto de la vida social, con estados anteriores, de que nos conserva noticias las historias. Los grandes tesoros del Arte y de la Ciencia eran antaño patrimonio de un corto número de favorecidos de la suerte, los cuales recataban en lo más secreto de sus cámaras, herméticas al aire popular, pinturas y esculturas, libros y manuscritos, piezas de bella orfebrería, de finas maderas, ricas estofas y otras maravillas del ingenio y de la fortuna. Hoy día, estas grandes obras son, por decirlo así, patrimonio de la humanidad, y en museos y bibliotecas, abiertos al público, ofrecen a todos sus primores. Pero no basta abrir la puerta, era preciso más, a saber: que las mismas obras fuesen en busca del contemplador, como la amada que no se resigna con esperar al amante a la vera de la lámpara solitaria, sino que se le adelanta para ir a su encuentro en el camino, y esto lo ha hecho la biblioteca circulante, con gran provecho de la cultura social.

Todo el que tenga experiencia de estas cosas sabe cuán difícil es hermanar las conveniencias del público con las exigencias de la organización bibliotecaria. La vida moderna es improvisada y circunstancial; el trabajo lo llena todo, y para los recreos del espíritu queda poquísimo tiempo, y así no se pueden dedicar al estudio tales y cuales horas señaladas de antemano, sino que es preciso subordinar la lectura a las imposiciones inexorables de la realidad. El *primum vivere, deinde philosophare* viene aquí como anillo al dedo: después de trabajar para vivir, queda muy poco tiempo para leer, siendo necesario leer en la cama, en la calle, en el

tranvía, en el campo. La biblioteca circulante ha venido a plegarse a esta necesidad, y sólo con que hubiera hecho esto, merecería la admiración y el aplauso de los que creen que el hombre es algo más que una máquina de producir riqueza.

Pero hace más la biblioteca circulante, porque fomenta uno de los más prodigiosos factores del progreso espiritual de los pueblos, a saber: el crédito personal. Los hombres que disponen de cosas ajenas por la confianza de sus propietarios, se sienten cada vez más obligados a conservarse dignos de merecerla. La idea de que la cosa no nos pertenece y hemos de devolverla en el mismo estado que tenía cuando se nos prestó, nos compele a tratarla con esmero, educa y refrena la bárbara brutalidad con que solemos tratar a los seres inanimados, y nos pone en camino de amarlos y respetarlos hasta llegar a tenerlos por hermanos, como hacía el bienaventurado San Francisco. Finalmente, este crédito contribuye a atar más el vínculo de la caridad humana, o de solidaridad, como hoy innecesariamente se dice, considerando que estos bienes que a nosotros se nos hacen han de otorgarse igualmente a todos los hombres, por la confianza que a todos debe unirnos, y esto nos obliga a conservar y aun a aumentar tales bienes para que tengan la mayor eficacia posible.

Los espíritus estrechos, los hombres endurecidos por el egoísmo, los pesimistas, los que todo lo ven negro porque lo miran a través de su propio corazón, no comprenden esta doctrina de la confianza y se sienten cegados por la luz de ella. Dicen que es mejor tener guardado el tesoro, en clausura estéril, que no ofrecerlo a las granjerías del vulgo.

Apegados a la vieja doctrina del *jus abutendi*, que es casi la única causa de los males que han afligido al mundo, ponen sobre las cosas adquiridas, como la fiera sobre su presa, la garra que impide que los demás se acerquen a ella. Otras veces emplean lamentaciones precautorias, y dicen que no hay solidez en estas fundaciones de la confianza; pero a esto se contesta que ya la prudencia humana cuenta con lo que pudiera llamarse «coeficiente del riesgo», y que más vale que se pierda un libro que no cien lectores.

* * *

La caridad, la piedad, la gratitud..., son el verdadero lujo del alma.

* * *

Sociedad en la que es preciso que sufran muchos para que gocen unos pocos es una sociedad irracionalmente organizada.

* * *

Decía el Licenciado Vidriera que los luengos viajes hacen a los hombres discretos.

Y así es, en efecto; pero siempre que los hombres viajen como hombres, no como baúles.

* * *

La vida moderna, convulsa por la febril ambición, hermana de la envidia y enemiga de la sobriedad, es sustancialmente antagónica con la felicidad humana, cuya fórmula podría ser la misma

que, para la conservación de la salud, plantearon los higienistas salernitanos:

Mens hilaris, requies, moderata diæta.

* * *

No te aficiones demasiadamente a las bajas cosas de este mundo, porque ellas se agarrarán tan fuertemente a tu corazón, que no te dejarán ni aun en la misma sepultura.

Recuerdo, a este propósito, que un sacerdote de Madrid me refirió que, habiendo sido llamado un día para administrar el sacramento de la Extremaunción a un riquísimo tratante en granos que vivía en la calle de la Magdalena, cuando llegó a la cabecera del enfermo, vió que éste se hallaba en trance de muerte inminente, hasta el punto de que era dudoso si habría de recibir la unción *sub conditione*.

Ungióle, sin embargo, el buen cura, y le recomendó el alma, y casi, casi estuvo a punto de rezar por ella un responso; y cuando se retiraba de la habitación, atravesando el grupo de parientes compungidos que rodeaban al agonizante, oyó que éste preguntaba con apagada voz:

—Hijo, ¿sigue aún el alza de los granos?

* * *

Cuanto más se complica la vida moderna, más se echa de ver la importancia de la familia en la moral de los pueblos: todo lo que tiende a robustecer, sanear y dar honor a la familia, refluye en vigor, riqueza y paz social. Los grandes fermentos desmoralizadores y destructores de la sociedad

atacan primeramente a la mujer y al niño, que son los elementos familiares por excelencia.

Moralistas y sociólogos miran al hogar doméstico siempre que se trata de reformas sociales, y en la mayor parte de éstas es notoria la tendencia a intensificar la vida de familia; basta enumerar rúbricas de la legislación social para convencerse de ello: descanso dominical, regulación del trabajo de las mujeres y los niños, casas baratas, seguros sociales, protección a la infancia, limitación de la jornada, trata de blancas, mendicidad, cooperación, salario suficiente y familiar... Todo esto nos orienta hacia el hogar doméstico como base firmísima del bienestar público.

* * *

Hay quien cree que trabaja haciendo trabajar a los demás.

* * *

Dice Cajal que el ideal del español de todas las cataduras es jubilarse tras breves años de trabajo, y, si es posible, antes de trabajar.

En efecto: los famosos derechos pasivos son el regulador de toda la actividad burocrática.

Cuéntase que cuando el general Prim fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros, le dijo a su ordenanza predilecto:

—Dime lo que quieres ser, pues ahora, que puedo, voy a premiar debidamente tus servicios.

—Señor—contestó el ordenanza—, hágame coronel retirado.

* * *

Hay muchos hombres que desean puestos elevados para mejor hacer daño a quienes valen más que ellos.

* * *

Quien recorriera las calles de Madrid en este día y las viera tan engalanadas con banderas y colgaduras, y contemplara además los tranvías, también adornados con flores y gallardetes; quien escuchara los alegres sonos de las bandas musicales y aun de los abominables organillos, que ya creíamos enterrados para siempre por nuestro amable alcalde, el señor vizconde de Eza, y se hallara las calles intransitables a causa de la enorme multitud de personas que por ellas gozosamente discurren, y viera, finalmente, tantas bellas damas ataviadas con trajes de vistosas sedas y mantillas de albo encaje, preguntaría qué suceso regocijante mueve en esta ocasión a los madrileños; qué alegría nacional o ciudadana estremece el corazón de la muchedumbre. Y seguramente el discreto preguntante se quedaría estupefacto cuando algún mozalbete peripuesto y endomingado, con la solapa constelada de flores, le contestase: «Pero ¿no se ha enterado el amigo de que celebramos la *fiesta de la tuberculosis?*»

La frase, señoras y señores míos, resulta un tanto paradójica; pero aquí, donde se habla, como de la cosa más natural del mundo, de *corridas benéficas* y de *bailes caritativos*, tal vez no sea antinomia esto de emparejar la alegría y el bullicio callejeros con una de las mayores calamidades de las que forman el amplio retablo de la miseria humana.

El hecho, sin embargo, es ese: la sociedad mo-

derna, desprovista de toda idealidad trascendente, aplica un criterio utilitario y spenceriano aun a las acciones que tienen un fin provechoso, y dice: «Bueno: ¿quieren que dé dinero para curar a los tuberculosos? Conforme; pero en cambio se me ha de dar a mí diversión, jolgorio y bullicio.»

Antes de pasar adelante, ha de declarar el autor de estas líneas que también él contribuyó con su *óbolo* a la eficacia económica de la fiesta. No vaya después a decir algún necio que la censuramos por ahorrarnos unas pesetas; no, señor: pagamos y nos lamentamos, con el mismo derecho con que vuesa merced aplaude y se regocija, probablemente sin soltar un centimito.

Decimos que no nos gusta este modo de acopiar recursos para las obras buenas. Estamos seguros de que la mayor parte de las personas que dieron algo, no lo hicieron atendiendo al fin, sino compelidas por el medio. Prueba de ello es la misma celebración de esta fiesta, que sería completamente innecesaria si quienes ahora dan dinero a cambio de flores, aportasen su contribución directa y espontáneamente a las obras antituberculosas como lo hacen las personas caritativas, calladamente, sin estrépito, un día y otro día. Además, nos parece un tanto cruel que el dolor de unos sirva de bandera a la alegría de otros. Finalmente, resulta completamente desproporcionado el éxito con los medios, pues nadie calificará de triunfo económico el movilizar una población de ochocientos mil habitantes y perturbar la vida social para recaudar veinte o veinticinco mil duros, de los cuales dos o tres mil se invertirán, seguramente, en inevitables gastos de organización.

Con el respeto debido a las buenas intenciones de quienes no piensen como nosotros, sinceramente hemos, pues, de declarar que, así en el aspecto moral como en el económico, la fiesta de la tuberculosis nos parece del todo indefendible; pero aún nos es menos simpática en el orden social, que es el que especialmente nos interesa.

La tuberculosis es una enfermedad social, es casi siempre un producto de la vida antinatural de las sociedades modernas, fruto legítimo, mediato o remoto, de las costumbres inmorales y anticristianas. En el campo, donde ordinariamente se vive más como Dios manda, apenas se conoce esta plaga, como no sea por importación de la ciudad. Y es lo más curioso que la curación de la tuberculosis se basa también en un régimen fortificante, que no es otra cosa que el retorno a las buenas costumbres impuestas por la naturaleza.

La tisis, cuando no ha llegado a extremos de destrucción orgánica verdaderamente irreparables, se cura con un tratamiento higiénico. Dicen los que saben de estas cosas que la misma naturaleza se encarga de eliminar los gérmenes productores de la tisis, mediante otros microbios benéficos, los cuales existen en todos los organismos y realizan maravillosamente su función sin necesidad de los auxilios de la farmacopea, aunque ocurre que mientras los organismos sanos, con sus solas fuerzas, vencen al terrible microbio, los organismos débiles se dejan matar por él.

Toda la terapéutica de la enfermedad consiste, pues, en tonificar el organismo, evitando al propio tiempo inútiles gastos de energía. Se impone, por tanto, para el tuberculoso la vida ordenada y ho-

nesta, la alimentación sencilla y suficiente, la vivienda aireada y visitada por el sol, la limpieza exquisita y la proscripción de las bebidas alcohólicas, del trabajo excesivo, de las sensaciones intensas.

La mayor parte de estos preceptos son de imposible aplicación en el estado de la presente sociedad, egoísta, pagana, entregada servilmente a los placeres más groseros. Para gozar de estos placeres, unos hombres, los que se llaman privilegiados de la fortuna, gastan, no sólo las propias fuerzas, sino también las de otros hombres peor acomodados en el banquete de la vida, y convertidos en esclavos de los poderosos; y así nacen dos clases de tuberculosis: la de los que emplean sus riquezas en procurarse los más bajos placeres, y la de aquellos otros que agotan sus fuerzas para amasar las riquezas que ha de derrochar el señor; pero con esta diferencia: que la tuberculosis del uno es el estigma del vicio, mientras que la del otro es el noble martirio del trabajo, que es una virtud.

Quiere todo esto decir que el tema de la tuberculosis no es cosa baladí, al alcance de cualquiera damisela sentimental o de algún pollo desocupado, sino algo muy grave y trascendental que requiere más detenida atención que la que puede prestársele, si alguna se le presta, en un día de ruido y de jolgorio.

Es un tema inmenso, con derivaciones de carácter médico-higiénico, moral y social, donde juega su terrible papel el factor de la herencia, que hace que paguen justos por pecadores, problema que preocupa a todos los hombres de buena voluntad, y para cuya resolución es preciso acudir a las fuentes inextinguibles de la caridad cristiana.

Conviene recordar a los frívolos que la caridad no es la virtud de dar dinero, aunque sea para obras buenas; hay muchas personas que derrochan el dinero de este modo, y, sin embargo, no son caritativas. El que en la fiesta de la tuberculosis dió por una flor quinientas pesetas para los pobres tísicos, pudo no ser caritativo; en cambio, lo fué en grado sumo quien calladamente visitó en su humilde vivienda a un tuberculoso, llevándole un modesto vaso de leche y prodigándole frases de esperanza y de consuelo.

Del mismo modo pudo haber muchos que no dieran un céntimo en esta bulliciosa fiesta de las flores, y que, sin embargo, sean muy caritativos, porque cuidan de los niños pretuberculosos, llevándolos al campo y al mar; porque procuran mejorar las condiciones del trabajo en fábricas, en talleres, en el servicio doméstico; porque sanean y moralizan a las muchedumbres con ejemplos mejor que con palabras; porque evitan la explotación de la mujer y del niño; porque combaten el alcoholismo y la prostitución, que son hermanos de la tuberculosis; porque enseñan las reglas de la higiene y la moral, y, sobre todo, porque hacen todo esto secretamente, por amor de Dios y del prójimo, sin ruido ni algazara, como fabrica la abeja su miel oculta en el panal, o como teje el gusano su seda recatado en la oscuridad del capullo.

Pero esta labor caritativa es penosa, es dura, ofrece de continuo sinsabores, ingraticudes y peligros, mientras que la otra es fácil, alegre, halagadora, propicia a los aplausos y aun ventajas del aura popular. No decimos que sea malo lo hecho; pero es poco, y por ese camino no se puede conseguir

más. Sólo Dios sabe el bien que podría hacerse a la sociedad en el terreno de la lucha antituberculosa si todo ese esfuerzo colectivo, gastado *a la bagatela*, se aplicase en forma más fecunda, para lo cual bastaría que fuese avivado por el fuego de la caridad cristiana.

* * *

Recuerdo haber contemplado, en mi ya lejana juventud, un espectáculo que me llenó de tristeza.

Era un nido de cigüeñas instalado tradicionalmente en la espadaña de una torre campesina. En él luchaban con gran ardor dos cigüeñas, mientras otra, al parecer con fría indiferencia o melancólica resignación (¡sólo Dios lo sabe!), presenciaba la lucha de sus compañeras.

Las que peleaban eran la cigüeña padre y uno de sus hijos, obstinándose aquélla en arrojar del nido al pollo ya criado y en condiciones de vivir por su cuenta. El hijo se resistía a abandonar el nido maternal. La otra cigüeña, muda espectadora de la tragedia, era la madre.

Yo había sido testigo de los solícitos cuidados con que la pareja progenitora había formado el nido, incubado los huevos, alimentado a los hijos y enseñádoles a volar, que en la pedagogía cigüeñil era tanto como educarlos para ganar la vida. Y entonces presenciaba apenado aquella brutal escena, de bárbaro positivismo, en la que los propios padres arrojaban de casa al hijo muy querido. Las otras crías ya se habían marchado: sólo este se mostraba reacio a la separación, y contra él se extremaban las iras paternas.

Ahora, en presencia de este recuerdo, pienso si

tal vez preocupan a los animales estos problemas económicos que tan revuelta traen hoy a nuestra pobre humanidad.

* * *

«La mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida—ha dicho Sancho Panza— es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía.»

¡Bella fórmula de optimismo!... Porque, en efecto, la mayor parte de los hombres desmayan y se dejan caer, no porque les derriben las fuerzas de la adversidad, sino vencidos por su interior desaliento.

Juzgan ser enorme montaña lo que no es sino grano de arena, y temen a monstruos espantables que luego resultan bichejos inofensivos..., y, «sin más», se dejan morir.

* * *

¿Recuerdan ustedes aquel antiguo *climax*: «Por un clavo se pierde una herradura; por una herradura, un caballo; por un caballo, un jinete; por un jinete, un escuadrón, y por un escuadrón, un ejército...; luego por un clavo se pierde un ejército?»

Pues un daño parecido podría atribuirse a las palabras vanas en multitud de ocasiones de la vida.

En una gradación de frases ofensivas se llega desde la chanza liviana a la mayor injuria, y lo que empezó en el clavo de una palabra alegre termina en el ejército de una tragedia brutal.

Y todo por un pobre adjetivo.

* * *

Me parece mal administrada la lectura de los dos libros más famosos de la humanidad: el *Kempis* y el *Quijote*.

El *Kempis* es una obra mística, compuesta en el siglo XIV, para ascetas de estrecha observancia, y hemos querido convertirla en devocionario de damitas y caballeros mundanos.

El *Quijote* es una profunda filosofía de la vida, y por Real decreto la ponemos en manos de los niños que asisten a la escuela.

Así se ha querido honrar a los libros famosos, y lo que se ha logrado es lanzar contra ellos el tedio de lo incomprendido.

* * *

La sociedad presente padece una lesión gravísima, porque está herida en su juventud, que es su órgano más delicado, verdaderamente fundamental y raquídeo.

¿Cómo queréis que viva sana una sociedad con esa juventud escéptica, ignorante, indisciplinada, cuyas horas trascurren ociosamente en los casinos, derrochando su caudal en el juego, prostituyéndose con todos los vicios sociales y menospreciando, altanera, a los hombres buenos y sabios?

* * *

Envidioso: te compadezco, porque la Naturaleza te ha negado la excelsa cualidad de admirar.

* * *

Discurrían una vez dos hombres sencillos sobre los actos, al parecer, heroicos de algunos anima-

les, y uno de ellos, después de relatar hechos admirables, exclamó:

—Porque vamos a ver: ¿qué son los animales, fuera del alma?

A lo que replicó el otro:

—¿Qué han de ser? *Presonas.*

Pues yo les digo a ustedes que, en ocasiones, muchos animales me han parecido mejor que personas humanas, y el hecho que ahora voy a relatar espero que convencerá a todos de esto que acabo de decir. El cual ocurrió en la villa y corte madrileña, hace algunos años, y de su veracidad están prontos a dar testimonio hombres de honesta vida y costumbres, merecedores de ser creídos.

Sucedió que cierto día pasaba por la calle de Jacometrezo un perro infeliz, con una pata rota, que dolorosamente arrastraba por el suelo; y un piadoso boticario que le vió, vino a compadecerse del pobrecito animal, y, acercándose a él, pensó como un nuevo San Francisco:

—Curemos a este hermano nuestro que sufre, porque todos somos hijos de Dios.

Y asiendo del can, que aullaba de dolor y de miedo, le metió en la farmacia, y le curó y le arregló la pierna, poniéndole unas tablillas y vendajes, con lo que se la dejó como nueva.

Marchó el perro así curado... ¿Quién podría saber adónde fué? Quizás a trabajar en el campo, o a servir a un amo cruel en la ciudad, o a padecer hambre, palos y pedradas en la lejanía de la emigración... Pero no olvidaba a su piadoso bienhechor, y así, de cuando en cuando, entraba en la farmacia para visitarle, meneando gentilmente la cola en señal de agradecimiento.

¿Cuántos hombres hubiesen hecho otro tanto?

Y un día entró en la farmacia acompañado de otro perro, el cual también arrastraba una pata partida y daba pruebas de gran dolor. ¡Oh prodigio! El perro primitivo era, no sólo agradecido, sino también misericordioso, y, no olvidando el beneficio, quería compartirlo con su hermano doliente.

Esta acción del buen perro me recordó, cuando me la contaron, a aquella foca ciega que vió Nansen conducida por otras dos que no quisieron abandonarla ni aun en los más peligrosos momentos en que amenazaban su vida los harpones y los rifles de los navegantes.

¡Cuántas personas buenas se ufanarían de haber hecho lo mismo!

* * *

Índice del poco aprecio en que tenemos la producción literaria es la costumbre tan generalizada de pedir a un autor sus libros, en vez de comprarlos en las librerías.

Los que tal hacen serían incapaces de decir a un zapatero que les regalase un par de botas.

Pues el caso es lo mismo, porque al escritor, como al zapatero, la producción de la obra le cuesta tiempo, esfuerzo y pesetas, y no hay razón alguna para que uno y otro trabajo sean valorados de distinto modo.

* * *

Sobre el concepto de virtud heroica, predomina en el mundo un criterio externo y teatral.

Virtud heroica parece la del que se arroja a los

mayores peligros por salvar la vida a una persona, y en esta categoría se comprende el salvamento de náufragos, o el de las probables víctimas de un incendio, *et sic de cætheris*.

A mi juicio se padece en esto un error. Semejantes actos suelen ser inconscientes, y frecuentemente no son otra cosa que una reacción instintiva contra el mal, sin ninguna repercusión moral interior; y así se ve que para realizarlos no se requiere ser persona virtuosa. Un hombre perverso que, paseando por la orilla del mar, ve a un niño en peligro de ser ahogado por las olas, no vacilará en arrojarse a las aguas para salvarle, y no por eso será un hombre virtuoso, ni mucho menos en grado heroico.

La vida virtuosa, y su superior calificación, se halla constituida por pequeñas renunciaciones, actos continuos de inhibición en favor del prójimo, por propio estímulo interior: perdonar las ofensas, olvidar las injurias, disimular las ajenas miserias, evitar dolores y molestias a los demás a costa del propio sufrimiento, hacer constantemente el bien sin esperar recompensa..., y todo eso, durante muchos días y meses y años, es más heroico que arrojar al mar o al fuego para librar de la muerte a una persona.

* * *

Nada es tan difícil como hacer buen uso de las riquezas, y, a mi juicio, esta dificultad procede de no sujetarlas a su verdadero oficio de siervas y no señoras del hombre.

* * *

Los espíritus débiles son semejantes al caracol: salen a la realidad ansiosos de las caricias del aire y de la luz, y cuando esta realidad les toca, se encogen cobardemente y se incrustan en sí mismos, como buscando fuerzas con que salir nuevamente a esperar la acometida del mundo.

* * *

—Pero ¿qué daño le he hecho yo a este hombre para que me trate de este modo?

—Valer más que él.

* * *

La masa social es, naturalmente, imprevisora. Su inconsciencia le paraliza la voluntad; su incultura la hace pesimista y desconfiada. Cree que los males presentes, únicos que conoce, son los mayores, y que se han de agravar con el transcurso de los años. No tiene fe en el porvenir, y menos en porvenir elaborado, ciertamente, con el concurso de todos, pero singularmente con la perfección de cada uno.

Los directores de las masas, cuya psicología ha sido estudiada por muy sutiles observadores, suelen ser espíritus sintéticos apegados a los antiguos cánones de la transformación social. No gustan de la dinámica de los tiempos modernos, son enemigos del paciente ajuste de las menudas piezas, y aman especialmente el manejo de los grandes volantes que producen estrépito y humo. La masa les sigue inconscientemente, y por eso la masa no es previsor, sino consumidora.

* * *

Existe una grandísima oposición entre los hechos de nuestra sociedad y los conceptos ideales que parecen informarla.

Todo el mundo habla, por ejemplo, de la instrucción como de un bien excelentísimo, y, sin embargo, los encargados de difundirla, maestros, escritores, sabios, son los seres más dados al menosprecio.

Aun en el llamado «mundo elegante», donde parece que debieran como refinarse y quintaesenciarse todas las excelencias de la moderna civilización, no encuentran los hombres del espíritu aquella benévola acogida a que parecen tener derecho, y sus dichos y sus acciones, aun las más nobles, suelen tomarse por excentricidades, *latas* y *locuras*. En cambio, los toreros, los charlatanes y los tontos suelen tener allí mucho partido.

* * *

La perturbación moral es tal en estos tiempos, que los hombres no parecen hombres, sino mujeres, y las mujeres no parecen mujeres, sino hombres.

* * *

La mano providente y generosa del dueño arrojó en el alegre corral cantidad de trigo suficiente para que todas las aves tuviesen el necesario sustento.

Pero los gallos más fuertes y las gallinas más orondas acapararon violentamente el trigo, y no dejaron que de él participaran las otras aves débi-

les y enfermas, que eran repelidas del festín a fieros picotazos.

¡Y el caso es que había trigo para todas!...

* * *

Compadece a ese infeliz que en la mesa del café se manifiesta como un feroz revolucionario, dispuesto a comerse a media humanidad.

Me consta que su mujer le pega, y su suegra le tiene convertido en limpiabotas de toda la familia.

Sus violencias revolucionarias son un natural desahogo de su espíritu atribulado.

* * *

Podríamos comparar la labor de la Mutualidad Escolar, en lo que tiene de previsor, con la de la plantación del árbol, tan bella, tan útil, tan pedagógica. ¿Qué hacen, en efecto, los niños que plantan estos frágiles arbolitos, entre cánticos armoniosos, algazara popular y discursos de los maestros y las autoridades? ¿Es que inmediatamente, o en plazo breve, han de recogerse los frutos? No; el débil palo que ahora se planta es una esperanza de fructificación. Necesita la acción consolidadora del tiempo para convertirse en una realidad, y requiere también los cuidados asiduos de la voluntad y la inteligencia del hombre como coadyuvantes de la Naturaleza.

En el día de la fiesta, al ponerse en contacto con la madre tierra, el arbolito inicia una vida laboriosa que, como la del niño recién nacido, ha menester de cariño y solicitud verdaderamente maternas. Primero echará las fibrillas de la raíz

que más tarde se han de convertir en robustos sustentáculos; luego aumentará el diámetro de su tronco; surgirán más tarde en su redor, como los aderezos de una desposada, las hojas y las flores, y vendrá últimamente a cuajar el fruto como una bendición. Meses y años serán precisos para llegar a tan dulce realidad, y en este tiempo, el niño, que también va creciendo y haciéndose hombre, vendrá a ayudar a la Naturaleza, regando el suelo, alimentando a la nueva planta, enderezando y corrigiendo su curso, si por acaso creciese torcida, aplicando, en suma, los recursos del arte agronómico, con el fin de dar al árbol el mayor vigor y lozanía, y, finalmente, tal vez cuando el niño sea ya viejo, vendrá a sentarse a la sombra benéfica del árbol que plantó y a gustar la dulzura del fruto, pensando con suave melancolía en el día lejano en que se celebró la fiesta de la plantación, árbol que traerá a la memoria aquellos versos del gran poeta Teodoro Llorente:

«de pámpols d'esmeralda y rahims d'or;
a son ombra, lo pa de cada día
repartix a sos fills lo Trevall sant,
y en la taula, la Pau y l'Alegría
les flors van desfullant.»

Pues la emisión de una libreta de mutualidad infantil es la plantación de un árbol. La dote o la pensión que ahora se constituye con esta primera aportación es, como el arbolito plantado, al parecer, insignificante; pero ya crecerá, si con firme y decidida voluntad es cuidada, y dará su fruto en aquella edad en que es más necesario; y cuando el mozo recoja su dote y el anciano cobre con mano

trémula la renta que le libra de la mendicidad, recordará con profunda emoción aquellos humildes centimitos que plantaron en su niñez, y que maravillosamente se han multiplicado, dando ciento por uno.

* * *

He oído contar, no sé dónde, que habiendo llegado un pobre hombre a una edad avanzada, y estando recogido en el hogar de su hijo, éste le dijo un día:

—Padre: yo no puedo tenerte más tiempo en casa. El pan que gano lo necesito para mantener a mi mujer y a mis hijos, y así será mejor que te lleve al santo hospital para que allí pases los últimos años de tu vida.

Y luego, dirigiéndose a uno de sus hijos, añadió:

—Hijo: prepara una manta para que se abrigue tu abuelo, ahora que le vamos a sacar de casa.

El hijo cumplió la orden de su padre, volviendo a poco con una manta, que cortó en dos partes iguales.

—¿Por qué haces eso, hijo mío?—preguntó el padre.

—Padre—contestó el hijo—: es que quiero guardar esta media manta para cuándo, siendo tú viejo, tenga yo que llevarte al hospital.

* * *

Pensad en la influencia que vuestras acciones ejercen en el concepto que el mundo forma de la colectividad a que pertenecéis; frecuentemente, la conducta de un individuo es causa del desprestigio de una corporación.

* * *

Cuantos de veras se interesen por la buena educación de la juventud han de pensar que toda labor en este punto ha de enderezarse a dotar a los futuros ciudadanos de un alma ennoblecida por un alto idealismo, y de una regla de vida práctica, informada en un realismo bien entendido y aplicado.

Nuestra actual generación española se resiente de falta de ideales: ha sido educada en una atmósfera de ramplón criticismo, donde toda pedantería tiene su natural asiento y toda vanidad intelectualista halla su natural habitación. En esta atmósfera es imposible el ideal, como es imposible que vivan las puras flores en el remanso de una alcantarilla.

Es necesario formar a la juventud en ideales trascendentes, que pudieran resumirse en tres fundamentales: el ideal religioso, base de toda vida moral; el ideal patriótico, sin el que no hay cohesión nacional, ni, por lo tanto, posibilidad de vida colectiva, y el ideal social, que realiza la verdadera fraternidad humana.

Realismo bien entendido es aquella adaptación de la vida al medio en que se ha desenvolver, para lo cual es necesario sujetar la pedagogía a un régimen de puerta abierta, es decir, hacer escuela de todo el campo de la sociedad. El arte de la vida no puede aprenderse por reglas teóricas en el recinto hermético de la escuela: es preciso llevar los alumnos a la sociedad (asociación, comercio, industria, economía, transportes, vida ciudadana...), como se les lleva a la montaña para que aprendan geología.

Finalmente: debe ser norma general de toda

buena pedagogía el fomentar la responsabilidad personal del alumno, favoreciendo su poder de iniciativa, lo que quiere decir que el alumno ha de ser elemento activo de su propia educación, y no pasivo, como ordinariamente suele acontecer.

Tales son las ideas madres de toda fecunda obra pedagógica, dentro de las cuales puede el maestro realizar su difícil función social, librando a las generaciones juveniles de aquella balumba de conocimientos inútiles, de la que decía nuestro sublime Caballero de la Mancha «que no importan un ardite ni al entendimiento ni a la memoria».

* * *

La compasión es frecuentemente la hoja de parra con que se intenta ocultar la injusticia.

* * *

—En este país no hay moralidad, ni lealtad, ni justicia...—me decía, una bella tarde de otoño, mi amigo el doctor A., enfermo del corazón, y tal vez por esto empedernido pesimista—. Si no fuera por este sol—añadía levantando los ojos al cielo... (estábamos en la Moncloa)—, le aseguro a usted que me marcharía muy lejos, con ánimo de no volver a esta tierra.

Y un día en que el cielo madrileño estaba triste, mi amigo, que también lo estaba, lió sus bártulos y se marchó al extranjero.

Y, pasados algunos meses, le encontré nuevamente en la Moncloa.

—He vuelto—me dijo—porque allí no hay justicia, ni lealtad, ni moralidad..., ni sol.

* * *

La previsión es una disciplina social necesaria a los pueblos. Si por desmayo de la voluntad, o por miopía de la inteligencia, los individuos no la cultivan, es misión del Estado el imponerla, como se impone la higiene o la enseñanza. El excesivo culto a la libertad individual ha llegado, en este punto, a proclamar como un derecho en la personalidad humana el derecho a la imprevisión. Los que tal piensan no comprenden el concepto nuevo de la libertad individual, limitado cada día más por motivos de conveniencia colectiva. Mucho vale el individuo, pero infinitamente más vale la colectividad, sin la cual el individuo no podría vivir.

Ante la conciencia moderna se presenta hoy el individuo, no como un átomo disgregado del consorcio social, sino como un elemento de vida compleja que en la colectividad tiene por natural reflejo toda su eficacia; las fuerzas intercurrentes del individuo sobre la sociedad y de la sociedad sobre el individuo forman esa solidaridad o fraternidad universal que es la razón suprema del progreso humano.

Así restringida a justos límites la libertad, bien puede afirmarse que no existe tal derecho a la imprevisión, porque nadie tiene derecho a hacerse desgraciado, contribuyendo con la suya a la desgracia de los demás.

* * *

Si tomamos como norma de nuestras acciones la opinión ajena, estamos perdidos.

Ya dijo Gerson, en su *Vida espiritual*, hace muchos siglos:

«¿Qué puede escribirse, decirse o hacerse que esté exento de las calumnias de los hombres perversos?»

Y la famosa madre Celestina, que no era muy espiritual que digamos, pero que tenía gran experiencia de la vida, pensaba que «a la firme verdad el viento del vulgo no la empesce».

* * *

—Yo creo que los hombres descendemos de los monos—decía un majadero.

Y un amigo que le escuchaba replicó:

—Me parece que es usted muy optimista.

* * *

Es placer inefable sumergirse en lo infinito, perdiendo el propio pensamiento en la inmensidad de una meditación indecisa.

Parece como si el propio ser nuestro se engrandeciera, y creciendo, creciendo, descubriese cada vez más amplios y bellos horizontes. El pensamiento se sutiliza, se hace vaporoso y penetrante, y llega a lo más recóndito de los seres, identificándose con su esencia y participando del ósculo de ese alma común con que el Criador ha querido informar todas las cosas.

* * *

Las mujeres prefieren a los hombres poderosos o ricos sobre los sabios y virtuosos, porque aquéllos pueden hacerlas poderosas y ricas, mientras

que las buenas cualidades de los otros no forman parte de la dote matrimonial.

* * *

No hay nada más estéril que la hora de las grandes tristezas.

* * *

Muchos que se lamentan de su suerte adversa harían mejor confesando su falta de voluntad para dominarla.

* * *

Eres semejante a un cántaro vacío, ¡oh interesante difamador!

A medida que te llenas, sueñas menos.

Espero que calles cuando te llenes del todo.

* * *

En los tiempos fabulosos en que hablaban los animales, comparecieron ante el hombre dos peces de distinto tamaño, y el menor dijo:

—Señor: acudo ante Vuestra Majestad, como Rey que es del mundo, para que me haga justicia defendiéndome de la voracidad de este compañero, que, sin más ley que la de la fuerza, intenta devorarme.

—¿Qué dices tú a eso?—preguntó el hombre al pez mayor.

—Señor—contestó el otro—, cierto es lo que dice este pobrecillo; pero mil veces habrá oído Vuestra Majestad que los peces grandes se comen a los

chicos, y en mí no ha de padecer excepción esta regla, porque tengo derecho a la vida.

—Está bien—dijo el Rey de la creación—; he aquí una colisión de derechos: los dos tenéis derecho a la vida; pero como no es posible que os comáis recíprocamente, y como yo también tengo aquel derecho, será mejor que yo os coma a los dos, y así queda acabado el pleito «por falta de sujeto», como decían los escolásticos.

* * *

Te compadezco, hombre egoísta, porque no sientes la felicidad de hacer felices a los demás.

* * *

Los hombres desgraciados, si son buenos, se aplican más intensamente al bien; si son malos, se empeoran con el dolor, creyendo vengarse en los demás del daño que ellos sufren.

* * *

No sé por qué pretendemos denigrar con el calificativo de «animal» al hombre torpe y desmañado, ya que los animales hacen de un modo perfecto las cosas que les corresponden, y, en este sentido, son siempre modelos de bien obrar.

* * *

Entro en casa del general, y veo colgados detrás de la puerta un pico y una cuerda de nudos.

—¿Qué es esto, mi general?—pregunto—. ¿Qué hacen aquí estos chirimbolos?

—¡Oh, eso es muy importante!—contesta—. Con ese pico abriré la pared, y con esa cuerda bajaré a la calle el día que se me incendie la escalera.

He aquí un soldado previsor que ganaría muchas batallas en la vida, porque cumple a maravilla aquello que dice la Ordenanza: «El militar podrá ser batido, pero nunca sorprendido.»

* * *

Cuando volvemos la vista atrás recorriendo las afirmaciones de la ciencia en los tiempos pasados, no podemos menos de sentir cierta tristeza sobre el porvenir de nuestros más brillantes y, al parecer, seguros descubrimientos científicos. ¡Oh Dios mío! ¿Será posible que estas admirables afirmaciones de que hoy, con justicia, nos envanecemos vengan a caer en el descrédito en que han caído las teorías que llenaron de admiración al mundo en los tiempos de Platón y Aristóteles, de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, de Bacon y Descartes, de Leibnitz y Pascal? ¿Debemos por eso entregarnos al escepticismo, creyendo en la relatividad de la ciencia humana?

Para no desesperar ante estos pensamientos pesimistas, podríamos imaginar que la ciencia actual no es otra cosa que una preparación, un andamio para la ciencia futura, y que al inevitable final de la serie hemos de hallar plena satisfacción en la Ciencia absoluta, que es la visión de Dios.

* * *

Siempre me ha parecido una gran injusticia impedir el acceso al trabajo a los hombres que han sido procesados.

Semejante prohibición, frecuente en nuestras vetustas disposiciones de procedimiento administrativo, es, en lo jurídico, una prolongación injusta de la pena, y en lo moral, una negación de la eficacia del arrepentimiento.

Mejor es ser bueno que haberlo sido.

* * *

En el bellissimo discurso de recepción leído ante la Real Academia Española por D. Armando Palacio Valdés—discurso informado por un alto idealismo y, más aun, por un plausible espíritu religioso—aboga su ilustre autor por la vulgarización del trabajo manual entre los hombres entregados a las labores de la inteligencia, y se declara partidario de que los literatos tengan como ocupación profesional un oficio, es decir, el ejercicio de las habilidades materiales en la mecánica de las industrias necesarias en la vida social. El Sr. Palacio Valdés avalora su doctrina con ejemplos admirables, y cita en lugar sublime el de nuestro Señor Jesucristo, que ennobleció con sus divinas manos la herramienta de carpintero.

Repetidas veces hemos sostenido nosotros esta misma doctrina, convencidos, como nos hallamos, no sólo de la especial dignidad del trabajo manual, sino también de su conveniencia positiva para el mantenimiento del bienestar, de la riqueza y de la paz de los pueblos. No es necesario demostrar que sin el trabajo manual la vida del hombre sería imposible, porque es esta una verdad que se halla en la conciencia de todos; y aun fácilmente se comprende que, a medida que la sociedad se afina y se

complica más, aquel trabajo es más necesario. El error consiste en separar el llamado trabajo manual del intelectual, teniendo a aquél por inferior y hasta desdorado, y diferenciando así a los hombres como en dos castas, de las cuales es superior la que desdeña la labor mecánica y se aísla, como en una torre de marfil, en las regiones del trabajo de la inteligencia.

El Cristianismo ha tenido siempre en alto aprecio el trabajo manual, practicado por el Divino Redentor en el taller de Nazaret y sucesivamente por monjes y obispos. Tiene, pues, alto aboengo la excelencia de este trabajo, que en otras esferas, también elevadas, como son las de ciertas artes plásticas, se hermana admirablemente con las más nobles concepciones del pensamiento. Parece, por tanto, muy loable la opinión del Sr. Palacio Valdés, y vivamente deseamos que se generalice y obtenga en nuestro pueblo la debida eficacia.

Pero es que esta doctrina tiene un aspecto social que creemos oportuno recordar ahora. Ya queda indicado que el querer separar a los hombres trabajadores en dos distintos y como contrapuestos bandos, de manuales e intelectuales, es intento incompatible con la paz, la justicia y el sentimiento de solidaridad o, mejor, de caridad cristiana que debe unir a todos los humanos. Perdura aún entre el vulgo de la gente la idea de que el trabajo manual es propio de esclavos, y el intelectual, de señores; y así, en el vocabulario de las profesiones se llaman liberales las que especialmente requieren el ejercicio de la inteligencia, mientras que a las mecánicas se les aplica el poco amable nombre de serviles; y esta diferencia de denominación,

por decirlo así, externa o industrial, es llevada fácilmente a la concepción personal y social, contribuyendo a suscitar enemistades y antagonismos: el general desdén hacia el trabajo manual por parte de los hombres que se tienen por superiores y mejor educados, contribuye en grado sumo a enconar la lucha de clases.

Hay otro linaje de consideraciones de índole práctica y realista que debemos aplicar a la cuestión, y es la utilidad de la difusión del trabajo manual para hacer frente a la gran perturbación social producida con lamentable frecuencia por las huelgas revolucionarias. Por la mala organización social y por la deficiencia pedagógica de que venimos lamentándonos, es evidente que el orden social, la tranquilidad y hasta la vida de los pueblos está hoy en manos de una sola clase: la obrera. Las subsistencias, los transportes, la imprenta, el suministro de agua y de luz..., todos los elementos materiales, sin los que es imposible la vida moderna, dependen de la voluntad de los obreros llamados manuales, y, como se está viendo todos los días, las organizaciones revolucionarias emplean criminalmente en daño común este formidable poder. ¿Ocurriría esto si las otras clases, las que se dedican a profesiones denominadas intelectuales, conociesen, aunque fuera de un modo imperfecto, la mecánica de los distintos oficios? Si los abogados, los médicos, los escritores, los catedráticos..., supiesen hacer pan, manipular instalaciones eléctricas, componer y tirar moldes tipográficos, conducir trenes y tranvías, fundir y soldar metales, realizar, en suma, todos los menesteres de índole material precisos para el sostenimiento

de la vida moderna, ¿habríamos llegado a los extremos de escasez y de carestía a que nos han traído las huelgas revolucionarias? Indudablemente, no. Y aun en el orden puramente familiar y doméstico, si a los jóvenes se les enseñasen estas fáciles cosas, ¿se perturbaría la vida del hogar, como ahora se perturba, por una ligera fuga de agua o de gas, o por la insignificante torcedura de un hilo eléctrico?

Piensen en esto los que tienen en sus manos la educación de la juventud, y vean el modo de llevar a los programas de la enseñanza general el aprendizaje de las artes manuales. No sería tampoco una novedad pedagógica: en países más adelantados que el nuestro, los jóvenes de la más elevada alcurnia saben estas cosas: el Rey de Inglaterra conoce y practica el oficio de cordelero.

¡Ea, hidalgos amigos! ¡Imitad tan alto ejemplo, y agarraos al martillo, al palustre y al soldador!

* * *

Es un error creer que las grandes obras son como chispazos espontáneos del genio, cuando realmente son producto elaborado por la paciencia y el trabajo perseverante.

Creo que fué Horacio quien dijo que la lima era arma tan romana como la espada.

* * *

—Los comunistas, que ahora quieren transformar el mundo, suprimiendo, en primer lugar, el estímulo de la propiedad privada, lograrían, si sus

2

artes prevalecieran, llegar a la igualdad económica de todos los hombres.

—Sí; todos igualmente miserables.

* * *

El respeto que todos los hombres tienen a la muerte me parece la mejor prueba de la universal creencia en la inmortalidad.

* * *

Había en Madrid un despabilado tendero de comestibles que, laborando para el diablo, nos dió la fórmula práctica del ahorro, la cual consiste en el aprecio de los menudos valores multiplicados por un coeficiente de constancia.

Aquel sujeto, cuyo comercio principal eran los garbanzos, se había impuesto, como imperativo categórico de su inmoralidad, la costumbre de hurtar un garbanzo, sólo un garbanzo, de cada uno de los paquetes que entregaba a los compradores. Con maña sutil de prestidigitador, el amigo cogía su garbancito y secretamente lo llevaba al cajón de los tenderiles ahorros.

—Poco podría ahorrar de ese modo — dirán ustedes, como han dicho cuantos oyeron esta verídica historia.

Pues no, señores míos, no ahorraba poco, sino mucho; porque unas cuantas docenas de garbanzos cada día, componen varios cientos de ellos al mes y muchos miles al año...

¡Como que, con la doctrina del garbancito, el hombre había resuelto el problema fiscal de su comercio! En efecto: el sabio tendero dedicaba aque-

llos judaicos ahorros, no a la dilapidación viciosa, sino al pago de la contribución.

Ya ven ustedes que el gran tendero era un carácter..., un «profesor de energía», como ahora se dice.

* * *

—¿No te da vergüenza?— decía acremente un señor a su criado—. Pasarte dos horas en la taberna...

—Sí, señor, lo comprendo—contestó el increpado—; pero no todos podemos ir al casino.

* * *

La frase irreverente «no querer meterse a renditor» es la hoja de parra con que la hipocresía pretende ocultar la vergüenza del egoísmo.

* * *

Conviene que seas optimista de pensamiento y pesimista de voluntad, de tal modo que, pensando siempre que va a ocurrir lo mejor, pongas en práctica los medios más eficaces para vencer lo peor.

* * *

A pocos minutos de distancia de la ciudad se halla este pueblecito, donde la Naturaleza derramó a manos llenas los dones de su inexhausta riqueza, pero al que todavía no han llegado los beneficios de esto que llamamos civilización.

Campos feracísimos, cruzados por infinitos arroyos, ofrecen al trabajo del labrador cosecha

abundante de frutos, que la ciudad insaciable absorbe, a cambio de unas miserables pesetas.

Los hombres llevan allí una vida de bestia de carga, apegados a la tierra, sin refrigerio moral alguno, ni más aspiración que granjear un poco de pan con que sustentar la perra vida. Las mujeres agostan su juventud en el trabajo y el sufrimiento; de sus rostros surcados por hondas arrugas, de sus ojos cavernosos e inexpresivos, han huído los dulces signos de la feminidad. Diríase que son varones en traje mujeril.

Los niños pequeñines, los que tienen menos de cinco años y no salen al trabajo, permanecen solos y abandonados en las polvorientas calles, sucios, medio desnudos y descalzos, estigmatizados por todas las taras de la anemia y la degeneración.

Las casas, construídas con adobes y techadas de bálago, son como cuevas de irracionales, sin luz ni aire, húmedas y salitrosas; en sus antros, ennegrecidos por el humo, se amontonan por la noche personas y bestias.

Estos pobres hermanos nuestros apenas conocen el dinero. Se alimentan con centeno y maíz y con las miserables legumbres que ellos mismos recolectan. Se visten con la lana y el paño burdo que ellos hilan y tejen. Se hacen sus casas sin planos ni arquitecto, como los topos y los castores. Las pocas monedas que entran en sus arcas las reservan para la contribución.

La ciudad les manda algunas veces sus emisarios: cada tres meses aparece en el pueblecito un sujeto antipático que, en forma de contribuciones, se lleva gentilmente los cuartos de los desventurados labriegos. Es el Estado.

Cuando alguno de estos infelices cae enfermo, sus deudos van a la ciudad a decirselo al médico, el cual receta a distancia pócimas ineficaces, pero costosas. Es la Ciencia.

Los señoritos y las mujeres alegres de la ciudad van a divertirse de vez en vez al pueblecito, y en aquellas frescas alamedas se solazan escandalosamente, derrochando manjares y vinos exquisitos. Es la Moral.

En ocasiones ocupan las eras del pueblo unos hombres extraños, con trajes bizarrísimos, y saltan y brincan entre palos y cuerdas, o enseñan monstruos con dos cabezas, o exhiben fotografías impúdicas, tocando una música estrafalaria. Es el Arte.

Y otras veces visitan las pobres chozas los señores de la ciudad, que hablan muy guapamente de la Justicia y del Derecho y de la Democracia, y dan dinero a cambio de votos. Es la Política...

La ciudad, que podría hacer mejor aquella triste vida aldeana, humanizándola, elevándola y dotándola de aquel mínimo de bienestar a que todo hombre tiene derecho en la tierra, sólo ejerce allí un influjo negativo y desmoralizador, incubando los gérmenes de la futura revolución agraria, que ya late en el seno de nuestros campos.

* * *

Gran parte de los males que amargan la vida de la humanidad y renuevan todos los días la tragedia de Caín y Abel proceden, a mi juicio, de que unos hombres ricos y poderosos están muy altos, y otros, pobres e infelices, están muy bajos, y así

es imposible que se conozcan, se comprendan y se amen.

La mejor reforma social habrá de tender a elevar a los de abajo y hacer bajar a los de arriba, para concertar a unos y otros en un plano medio donde puedan tener aquel mínimo de bienestar que el Creador y Ordenador del mundo dispuso para todos.

* * *

Creo que el mejor libro es el que despierta en el espíritu del lector aquellas nobles ideas que en él se hallan como dormidas, esperando la voz sobrehumana que diga: «¡Lázaro, sal afuera!»

* * *

Coloquio entre dos perros:

—¡Qué! ¡Ya no estás en casa del ministro?

—No, chico. He renunciado a aquella colocación... No podía ver, sin ladrar, las inmoralidades de la baja política.

—¿Y así desprecias una posición brillante?...

—¡Qué quieres! Es cuestión de dignidad.

* * *

No tiene razón el cronista que desde las columnas del *Heraldo* afirma que la sanción sangrienta aplicada por los maridos ultrajados a las mujeres adúlteras es invención de la moral cristiana. El Salvador del mundo no condenó a la mujer que, según la ley mosaica, debía morir lapidada; pero la perdonó, despidiéndola en paz y mandándola que se arrepintiese. Lo mismo hizo con aquella

otra ilustre pecadora que le ungió los pies en el banquete del fariseo. Recordad el curioso cuadro de Juan Béraud, que tanto impresionó al público en el *Salón* de París en 1891. Representa también un banquete; pero aquí los fariseos son hombres distinguidísimos, judíos de la alta banca, literatos insignes, políticos famosos, caballeros todos, en la opinión de las gentes: tras las abundantes libaciones del champagne, conversan y discuten, refiriendo aventuras galantes y acaso alguna de estas tragedias inspiradas por el «¡Matadla!», de Alejandro Dumas. Allí está la pecadora, con el cuerpo gentil envuelto en sedas y encajes, la frente en el polvo y los ojos arrasados en lágrimas; y el Redentor Jesús también está presente, con su blanca túnica y su humilde manto, amparando la debilidad femenina contra los hipócritas, que se escandalizan al ver la paja en el ojo ajeno, y diciéndoles: «Perdonados le son sus pecados, porque amó mucho.»

La sanción sangrienta de la infidelidad conyugal no es cristiana, antes bien, es característica del individualismo impío. En la Edad Media pudo tener su explicación como una reacción contra la barbarie, y en nuestro Siglo de Oro obedeció a la exaltación del sentimiento del honor, por el cual nuestros antepasados se arrojaban a todo linaje de excesos. Los maridos calderonianos no son jueces de sus mujeres, sino médicos de su honra, y en la conciencia del poeta y en la del público estaba la certeza de que, con tales medicinas, los hombres celosos faltaban a la ley de Dios.

No sucede lo mismo en el campo individualista, donde es canon de la moral dramática que el ce-

loso sea juez de su propia causa. No es menester citar casos que están en el recuerdo de todos: desde el *¡Tuez-lal*, de Alejandro Dumas, hasta las violencias de *Juan José*, hay una rica colección de textos apropiados al caso, con los que se llenarían muchos volúmenes, y es lo más curioso que estos autores intentan justificar el crimen con argumentos que, debidamente sistematizados, formarían todo un cuerpo de ética conyugal, cuyos devotos pueblan cárceles y presidios. En este punto merece especial mención nuestro insigne poeta de *El nudo gordiano*, ya, afortunadamente, arrepentido de aquellos relámpagos siniestros y retirado a la más serena región de la comedia lírica compatible con las exigencias del decoro y de la moral cristiana.

Otelo no mata por lavar su honor, ni menos porque el falso concepto que la sociedad tiene de la fama le obligue a cometer tal crimen; tampoco trata de justificarlo con sofismas éticos, ni queda tranquilo y satisfecho después de ahogar a la inocente Desdémona. El moro de Venecia es un impulsivo, un temperamento desequilibrado por los celos, un espíritu llevado a la demencia por la obsesión de la felicidad perdida. Mata en un momento de alucinación, arrebatado por la aparente certeza de la infidelidad conyugal; pero en seguida cae en profundo estupor, abatido por la conciencia de la propia injusticia.

Lejos de ser favorable a la teoría de los esposos verdugos, el sublime carácter de Otelo, que acaso no tenga par sino en el Tetrarca de Calderón, es una lección viviente contra tan abominable exceso, una admirable *moralidad* donde se advierte cuán nece-

sario es saber refrenar los impulsos de las pasiones y someter al fallo de la razón, y no al del sentimiento, el juicio de los ajenos pecados.

* * *

Subido en una silla, como el predicador en su púlpito, y rodeado de muchedumbre de bobalicones, el charlatán ensalza las virtudes curativas de unos polvos maravillosos y de un elixir de larga vida..., y todo por unos pocos centimitos.

El crítico ceñudo me dice:

—¡Esto es bochornoso! En plena capital..., en presencia de las autoridades..., con menosprecio de la ciencia... ¡Qué dirán los países extranjeros!

—¡Ay, amigo mío!—respondo—. No se desasosiegue pensando en qué dirán: no dirán nada, porque también esos países tienen sus charlatanes y sacamuelas... Y ahora venga conmigo..., y juzgue e indignese después... ¿Ve usted esa humilde habitación? Es el laboratorio donde Fausto compone sus mixturas... Y aquella pobre mujer que allí está es la esposa del sacamuelas. ¿Y la lechigada de rapaces que la rodean como pollitos impacientes? Son los niños que se sustentan con los céntimos de los elixires. La madre les dice ahora que tienen que ser muy buenos y estudiosos, imitando al pobre papá, que se pasa el día trabajando para ellos, y añade que, si hacen lo que ella les manda, llegarán a ser cosa grande el día de mañana: ingenieros, comerciantes, capitanes, obispos...

Muy importante es, mi señor don Hermógenes, todo eso que usted ha dicho; pero me parece que esto otro no es moco de pavo.

* * *

Uno de los graves errores de la vida social consiste en tener por definitivo lo que pasa en el mundo, cuando todo es relativo y contingente, hasta la misma vida presente, que no es sino preparación de la vida futura.

No estamos en el mundo para disfrutar como absoluta una felicidad efímera, sino, como vulgarmente se dice, para «ir tirando».

* * *

Cuando hablamos en sentido democrático se nos moteja por algunos de que hablamos «para la galería»; pero nos consuela de este vituperio el recordar que el auditorio del Divino Maestro en la Montaña y en las riberas del mar de Tiberíades no estaba formado precisamente de damitas encantadoras y señoritos «bien».

* * *

El bienestar del pobre es necesario para la opulencia del rico.

* * *

En mi colección de papeles curiosos guardo un besalamano en que un mendigo profesional pide una limosna con todos los requilorios de una perfecta organización burocrática.

He aquí un hombre sincero, amigo de los procedimientos honrados.

Nadie le motejará además de vago, porque, por lo menos, atenderá a su despacho pedigüeñil y en él pasará largas horas, trabajando como el más laborioso oficinista, rodeado de tarjetas, vo-

antes, cartas, notas, guías y fichas o papeletas de vario linaje.

—A ver, Milánez—dirá a uno de sus escribientes—: ¿no se ha dirigido besalamano a la señora marquesa de la Blanca Luna? Porque me extraña que aparezca en la ficha sin contestar... Oiga, Hampónez: ¿ha completado usted el registro de aniversarios de este mes?... A ver: preguntad al botones quién le dió las seis pesetas en casa del duque, porque esta es sevillana... Dígale al cajero que pida la liquidación a nuestro corresponsal en la Bombilla. Al jefe de lo contencioso, que me informe sobre la quincena que ya debe de extinguir mi secretario Rinconete..., y que venga un taquígrafo para dictarle unos informes de prensa.

Y esto es trabajar y ganar el pan con el sudor del rostro...

No podrán decir lo mismo nuestros amigos, los bohemios artísticos y literarios, que se pasan los días en cafés y tabernas y nos dan *sablazos* sin orden ni concierto ni organización de ninguna clase.

* * *

Dices que ignoras lo que es el hambre, el frío y la desnudez. Entonces, ¿por qué hablas de moral?

* * *

Elogio de Miguel de Cervantes (1).

Nos reunimos hoy aquí, señores y amigos, para

(1) Representado en mímica por la Sra. D.^a María Palomeque, en la Asociación de Sordomudos de Madrid, el día 30 de abril de 1916.

honrar la memoria de Miguel de Cervantes, el cual, ahora hace tres siglos, trocó las miserias de esta vida mortal por la gloria de la otra sempiterna. Dificil empresa es hacer el elogio de Cervantes, porque los méritos de este príncipe de los ingenios exceden a todo encomio, de tal manera que, aunque España sólo hubiese dado la existencia a este hijo esclarecido, bastaría la fama de él para inmortalizar a nuestra patria en todo el curso de los siglos. La vida de Cervantes es como el libro de oro en que los españoles tenemos atesoradas todas las virtudes del alma nacional, porque Cervantes no fué sólo un literato excelso, sino también un esforzado militar, un gran patriota, un discreto filósofo y un piadosísimo cristiano. Como literato, comienza su renombre en aquella su juventud estudiosa, cuando cursaba las Humanidades en Sevilla, y después en la cátedra del maestro madrileño López de Hoyos, donde Cervantes se aventajó a todos sus condiscípulos. Más tarde, el constante estudio y meditación granjeáronle aquel inexhauto tesoro de sabiduría y de experiencia que habría de derrochar luego generosamente en todos sus libros. Como soldado, forzoso es admirarle en los tercios de Italia y en la famosa batalla de Lepanto, donde fué herido en una mano, después de una pelea muy sangrienta. Soldado era también cuando los piratas le apresaron, llevándole cautivo a Argel, ya que valientemente supo defenderse contra ellos y preparar su fuga y la de sus compañeros de cautiverio, aunque, desgraciadamente, no pudo llevarla a cabo, merced a la bellaquería de un traidor. Gran patriota debe ser llamado quien constantemente pensó en el bienestar y en el engrandecimiento de

su patria, y a ella ofreció su talento, su actividad y su vida, a cambio de abundante cosecha de ingratitudes y desdenes. Filósofo fué también Miguel de Cervantes, pues llegó a formar un acabado concepto de la vida humana, ponderando todos los elementos que la constituyen, así los ideales como los reales, de tal modo que puede decirse que en los libros cervantinos, y especialmente en el *Quijote*, se halla explicada la razón suficiente de todas las cosas que pueden interesar a los hombres. Y ejemplar cristiano es quien, como Cervantes, se esforzó por conocer y cumplir en todo momento la voluntad de Dios, pasando por el mundo haciendo bien, perdonando con soberana mansedumbre las flaquezas y aun las maldades del prójimo, y acabando su vida con una muerte santa.

Por tan elevadas virtudes, el nombre de Miguel de Cervantes ha de pronunciarse siempre con amor profundo entre los españoles; pero, sobre todo, Cervantes se ha hecho acreedor a nuestra veneración por los libros admirables que nos dejó y por los cuales la lengua de Castilla ha merecido ser llamada lengua de Cervantes, ya que los libros de Cervantes son los de mayor mérito que se han compuesto en castellano. Hay uno, sobre todo, que no tiene par en el mundo, a saber: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Don Quijote es el caballero perfecto que, con la mente llena de luz, recorre el bajo mundo favoreciendo a los desvalidos, en lucha con los poderosos; es el amparador de los niños, de las mujeres y de los pobres; por defenderlos, se entrega a los mayores peligros; para conseguir el noble fin, no repara en la ineficacia de los medios; Don Quijote es el caballero del

Ideal, simbolizado en Dulcinea, en un mundo de miserias e inicuas realidades; es el espíritu bueno y tolerante que no se desdeña en descender de las alturas para conversar respetuosamente con los seres más humildes, con las mujeres pecadoras, con los rústicos pastores, con los niños desamparados, con los perseguidos y delincuentes, y con aquel famosísimo criado Sancho Panza, necio y discreto a la vez, a quien Don Quijote supo educar también en puros y generosos sentimientos. El libro en que se contiene este tesoro de grandes virtudes y de pensamientos sublimes bien merece la fama de que goza en todo el universo, sólo superada por otro libro, que no es humano: el Evangelio, donde se relata la vida terrena de Dios Nuestro Señor. Compuso Cervantes otras obras, cuya fama ha de durar tanto como duren los hombres en el mundo: son las *Novelas Ejemplares*, donde se contiene toda la vida de nuestra España en el siglo XVII, obras, no sólo españolas, sino humanas, en las que no se sabe qué admirar más, si la belleza del fondo moral o aquellas externas galas con que están gentilmente vestidas; *La Galatea*, el *Persiles y Sigismunda*, las *Comedias*, las *Poestias*. Con todas se elevó Cervantes a las regiones de la belleza ideal, como el águila que se remonta al cielo azul, y desde allí abarca, con una sola mirada, toda la amplitud de la tierra.

Conservemos e intensifiquemos, cada vez más, el culto de Cervantes, para lo cual, lo primero que hemos de hacer es familiarizarnos con sus obras, leyéndolas todos los días. Conviene este trato con los grandes genios de la humanidad que, como el sol a la creación, dan luz y vida a nuestro

espíritu; preciso es leer incesantemente estos libros, que contienen toda la sabiduría humana, encerrada en bellísimas narraciones. Sean estos libros nuestros constantes compañeros en la peregrinación por el mundo, a fin de que nos sirvan de enseñanza, de guía y de contento. Finalmente, tengamos en alto aprecio la dicha de haber nacido en la patria de Cervantes, que es el solar de la hidalguía, de la nobleza, de la generosidad, de la idealidad a prueba de reveses y desengaños, y cuando nos pregunten que de dónde somos, contestemos que somos de la tierra de Don Quijote.

* * *

Ha querido Dios que en el hombre haya algo de bestia para que pueda vivir en este mundo, y algo de ángel para que no pierda la esperanza del otro.

* * *

—Dime: ¿no era ese hombre un desafortado comunista que predicaba la expropiación de los ricos y el universal reparto de los bienes? ¿Cómo es que ahora se ha hecho conservador?

—Porque se ha casado con una mujer que tiene cien mil duros de renta, y tiene que conservarlos...

* * *

La ditamación es la forma urbana del canibalismo.

* * *

En los talleres metalúrgicos de Burdeos contemplo asombrado a una mujer rodeada de chispas y llamas.

Es una delicada joven, de pálido rostro, de ojos azules y de cabellera semejante a los manojos de lino. Es de una belleza tierna y sutil, que contrasta grandemente con aquella atmósfera infernal y aquel estrépito ensordecedor.

Aquella mujer tiene en las manos... ¿Qué? ¿Un ramo de azucenas? ¿Una rueca de marfil? ¿Una cítara para cantar sus amores?

¡Sí, sí!... ¡Buena cítara te dé Dios!

La Valkyria de Burdeos maneja con gentil desenvoltura una bomba de cuarenta kilos; trabaja a destajo, y en sólo catorce horas de jornada gana treinta francos..., mucho más que un catedrático de Universidad.

Antes era bordadora. Sentada al pie de la humilde ventana de su cuartito, pasaba largas horas inclinada sobre el bastidor, haciendo surgir en la blanca tela pájaros japoneses de raro plumaje, insectos maravillosos, flores exóticas y quioscos y nidos de amor.

Pero ganaba tan poco, que apenas podía alimentarse, ni pagar con holgura aquel pobre cuartito que le servía de morada.

Y un día supo que en los talleres metalúrgicos militarizados admitían mujeres, y les ofrecían por una sencilla labor, encaminada a la muerte y a la destrucción, la ganancia que se negaba a la otra dulce tarea de hacer cosas bellas que alegran la vida y contribuyen a la riqueza, a la paz y al bienestar de los pueblos... Y allí fué la joven pálida y rubia, hundiéndose en aquella fragua de Vulcano, y abandonando sus gentiles cigüeñas, sus brillantes mariposas y los majestuosos cisnes de sus lagos orientales.

Ya lo he dicho en otra parte:

—¡Bueno! ¡Y ahora péguenme ustedes porque me declaro pacifista!..

* * *

Muchas veces creemos que las cosas no existen porque no las vemos.

* * *

¡Edipo!, ¡Hamlet!..

Distraídos con las modernas piezas dramáticas, vamos olvidando las antiguas, aun aquellas que, sancionadas por el aplauso de los siglos, han llegado a merecer corona de inmortalidad. Y conviene recordarlas, que por algo han sido alimento espiritual de muchos pueblos y motivo de meditación y trabajo de todos los ingenios escogidos.

La leyenda de Edipo, tal como la refiere Sófocles, es de una grandeza y sublimidad incomparables... Recordémosla. Al rey de Tebas, Layo, y a su mujer, Yocasta, habíales anunciado el oráculo de Apolo que el hijo que tuvieran sería asesino de su padre y se casaría luego con su madre. Horrorizados con predicción tan espantosa, aquellos infelices abandonan al recién nacido, colgándole de un árbol en el monte Citerón, para que pereciese víctima del frío, del hambre o de las fieras; pero unos pastores que por allí vagaban, al cuidado de sus rebaños, hubieron de compadecerse de aquel niño y le recogieron, ofreciéndosele a Polibo, rey de Corinto, quien le recibió como hijo adoptivo, a falta de natural descendencia.

Crióse Edipo en el palacio del rey con los ho-

nores y regalos propios de un verdadero príncipe, hasta que un día, viéndose objeto de burlas y desdenes por parte de los que conocían su misterioso y compasivo hallazgo, acudió con sus dudas al oráculo de Delfos, que le aconsejó huyese de su país si no quería matar a su padre y deshonorar el tálamo materno.

Creyendo apartarse de pavorosos peligros, huyó Edipo del palacio del rey, dirigiéndose a tierra de la Fócida; pero en una revuelta del camino topó con un carro que le estorbaba el paso, riñó con el conductor y vino a dar muerte al que en el carro iba, que era Layo, su padre, el rey de Tebas. Por entonces, Creón, padre de Yocasta, proclamado rey a la muerte de Layo, ofrecía la corona y la mano de la viuda a quien librase a la ciudad de la terrible Esfinge, que en lo alto de la Acrópolis devoraba a los viandantes si no descifraban un enigma por ella aprendido de las Musas. Llega Edipo, es detenido por la Esfinge, contesta satisfactoriamente a la pregunta misteriosa, vence al enemigo de la ciudad y recibe el galardón ofrecido, quedando así consumada la profecía del oráculo.

Pero he aquí que, irritados los dioses por aquellos horribles sucesos, envían una mortífera plaga que sólo habría de tener fin cuando fuese vengado el asesinato del rey. Edipo inquiera la verdad, la descubre en toda su espantosa desnudez, y se arranca cruelmente los ojos después de contemplar muerta a su madre, que se ha ahorcado con su propio cingulo.

Esta concepción sublime produce en el ánimo una impresión de terror que le abate con el peso de la tremenda desgracia, que tal vez no tenga

igual en la historia del dolor humano, y es tanto más profunda esta impresión cuando vemos aquella desventura gravitar sobre la inocencia. La vida de Edipo no es otra cosa sino lucha contra el Hado inmutable que fieramente le persigue. Y esta misteriosa persecución hace más sombría y desgarradora la leyenda.

Aparte de este mérito psicológico de la tragedia de Sófocles, que es puramente estético, pudiera hallarse en el *Edipo* una enseñanza moral. No es estéril el dolor del desventurado rey de Tebas: con él aprendemos todos a desconfiar de nuestras propias fuerzas y a recortar las alas de nuestras ilusiones, convenciéndonos de que no somos más que un grano de arena en el inmenso páramo de la vida, una gota de agua perdida en el océano del mundo...

La leyenda del príncipe de Jutlandia no se halla tan olvidada como la del desventurado rey de Tebas. Los personajes del teatro de Shakspeare están más cerca de nosotros, y sus pasiones nos son más conocidas.

Sin menoscabo de su grandeza, podemos decir que el espíritu de aquellos hombres tiene más semejanza con el nuestro.

No se halla un *Edipo* todos los días; pero a poco que se busque en nuestro pobre mundo, se encontrará el alma de Hamlet, de Otelo y de Shylok. Si al pasar de Sófocles a Shakspeare, los personajes trágicos han perdido extensión, han ganado, en cambio, intensidad y relieve, y se han acercado a nosotros porque se han hecho más humanos.

Aquel Hamlet, fingiéndose loco para cerciorar-

se del horrendo crimen de que ha sido víctima su padre y para poner en evidencia la culpabilidad de su madre, casada con el fratricida y usurpador Claudio; aquel hijo que lanza sobre la mujer a quien debe la vida la espantable acusación; aquella dulce y sin ventura Ofelia; aquellas catástrofes finales de asesinatos y envenenamientos, bellezas todas de muy subido valor, son tan vulgares y sabidas, que pudiera parecer ofensa para el lector relatarlas ahora puntualmente.

Conviene, sin embargo, tener en cuenta que así como el interés del *Edipo* proviene de lo ingente y extraordinario de la acción y de aquella misteriosa fuerza de la fatalidad, que es *substratum* del teatro griego, en el *Hamlet* todo se encuentra e intensifica en el alma del héroe, abismo insondable donde, guiado por el poeta, se sumerge el espectador para asistir a luchas horrendas del amor con el deber, de la sed de venganza con la efusión del respeto, del hijo dolorido con el verdugo implacable: lucha que hace de Hamlet un personaje excepcional y sintético, en el cual se juntan el loco y el sabio, el escéptico y el creyente, el filósofo sublime y el bufón grotesco, el ángel que se eleva al cielo y el torpe irracional que se arrastra por la tierra.

Hay en la obra de Shakspeare un sentimiento profundamente cristiano, que flota sobre aquel abigarrado conjunto de maravillas y extravagancias: es el sentimiento de la melancolía, de la tristeza serena y resignada, que no conocieron los antiguos. Cuando Hamlet se ve libre de la calentura, cuando siente y piensa como un hombre que goza enteramente de su razón, Hamlet es un espíritu melancólico, un soñador con la nostalgia de los cielos infi-

nitos. Ofelia aparece ante él como una ilusión, como un astro inaccesible para los míseros mortales.

Hamlet es triste, como lo son todos los poetas; porque «Hamlet es Shakspeare», ha dicho Taine.

* * *

La palabra, que es el espejo de la filosofía de las cosas, demuestra elocuentemente lo efímero de la vida humana: de los sucesos que ocurren dice que «pasan», y a los hombres que han muerto les llama «pasados».

* * *

El dolor, como gran purificador de las almas, las hace orientarse hacia el cielo.

* * *

Siempre he contemplado con simpatía y admiración a estas jovencitas que tienen de su virtud un concepto más elevado que el de aquellos que la suponen incompatible con el trabajo; y cuando las veo solas por la calle, con sus libros, sus bastidores, sus cuadernos, sus pinceles, pienso instintivamente en la señorita hambrienta que se consume en el fementido sotabanco, esperando al Lohengrin milagroso que la lleve a un regio tálamo, y que a veces suele ser algún desalmado libertino, profanador de la cobardía y la pobreza.

* * *

Si yo no fuera naturalmente enemigo de los comentarios, citas y circunloquios con que la crítica al uso suele encubrir la propia esterilidad, y no

hubiese aprendido a reírme de ella en el prólogo de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*, ¡con cuán feliz suceso podría meterme por aquella sabrosa historia de la sinventura Leandra que contó el cabrero con discreción y donosura, y que al señor canónigo le confirmó en la creencia de que los montes crían, no sólo rústicos labriegos, sino doctísimos letrados!

Porque debajo de la aparente sencillez, fácil sería hallar en la historia de Leandra el espejo de la humana ambición, que, no sujetándose a la vida que le es propia, se lanza tras lo desconocido, para venir a dar en aquel horrible paraje en que la abandonó el seductor, desnuda de cuerpo, dolorida el alma y en pleito muy justificado ciertamente su fama de doncella.

Leandra fué criada en amor por su padre; creció entre riquezas y regalo, viendo aumentar con su hermosura el número de sus amadores. Requeríanla especialmente Anselmo y Eugenio, dos mozos iguales a ella en lo florido de la edad, en lo gentilísimo de la apostura, en lo limpio del linaje y en lo bien abastado de la hacienda. Dudaba el padre con quién la casaría mejor: ella, sin embargo, no se conformaba a los amores corrientes y molientes, y miraba con frío desdén a aquellos honrados mancebos. Pero cuando llegó a la aldea el soldado fanfarrón, venido de las Italias y de Flandes, ostentando vistosos aceros y pintadas plumas, refiriendo por lo mínimo nunca oídas proezas de reencuentros y facciones, llamando de vos a sus iguales, tañendo guapamente la guitarra a lo rasgado y componiendo en un santiamén romances de legua y media de escritura, dió con todo el

recato patas arriba, abandonó la casa paternal, y, en busca de la felicidad soñada, corrió en brazos del mozo a la más rica y más viciosa ciudad que había en el universo mundo, es, a saber, Nápoles. Huyó la desenvuelta Leandra en pos de la imaginada quimera; y a los pocos momentos de ser libre, vió derrumbarse todo el castillo de sus doradas ilusiones: el rendido amante tornóse en un muy bellaco ladrón, que la robó hasta la camisa y la abandonó en una cueva del áspero monte, sin temer a la justicia de los cielos, ni aun a la más blanda de la tierra. Entonces, el padre, que la había criado en el regalo y el amor, tratóla con severidad y aspereza, encerrándola en un triste convento, y la caterva de amadores, que como a señora la contemplaban y servían, hubieron también de apartarse de ella, retirándose a un escondido valle a vivir de los recuerdos y a cantar melancolías y desengaños. Allí decía Eugenio a su cabra fugitiva: «¡Ah cerrera, cerrera! ¡Manchada, manchada!... ¡Sois hembra y no podéis estar sosegada! ¡Malhaya vuestra condición y la de todas aquellas a quienes imitáis!»

Los que sean dados al arte simbólico podrán aplicar este cuento a la humana ambición, encerrada en las estrechas paredes de la realidad; la cual ambición, al desgarrarse de la casa paterna donde la tienen sujeta estas que llamamos leyes del espíritu, vase siempre por el peor camino, y, menospreciando el recato, viene a descarriarse y perderse para todos los días de su vida, dejando tras de sí larga cuenta de lágrimas, suspiros y maldiciones.

Pero los que rastreamos por el bajo suelo, gus-

tando más de los vallecicos humildes que de las soberbias alturas, no penetramos el sentido esotérico de la historia de la antojadiza Leandra, y al oírla, tal como el cabrero se la contó a los que estaban con Don Quijote, nos contentamos con el decoro de la composición, la honradez y honestidad del fin, la sublime indulgencia de sus máximas, la apacible majestad de su estilo, la suave amargura que como un real manto la ennoblece, y la divina elocuencia que, como arroyo de leche y miel, por toda ella serena y abundantemente discurre.

Díganme vuestras mercedes si esto no vale más que todas las arcanas interpretaciones y fáciles filosofías con que los comentadores quijotiles pretenden deslumbrar al antiguo legislador que llaman vulgo.

* * *

Dice Séneca que no puede haber amistad sino entre los buenos.

En efecto, los malos que se juntan no son amigos, sino cómplices.

* * *

Hace muchos años, cuando yo vivía en el campo, tenía un pobre huertecillo en el que pasaba diariamente algunas horas dedicado al descanso, al estudio y a la meditación.

Había allí un viejo tronco de árbol, arrumbado en un rincón, cubierto de piedras y verdín, debajo del cual se cobijaban verdes lagartos y otros bichos negros y lustrosos, que a veces sacaban la cabeza al sol y, con su apariencia tenebrosa, asus-

taban a mis niños. Este tronco había sido, en su juventud, un bello árbol, de talle gentil, de frondosa copa, que en la primavera se engalanaba de pintadas flores y en el dulce otoño nos ofrecía generosamente abundantes y sabrosos frutos. Enfermó, envejeció y fué arrancado de la madre tierra y condenado al ostracismo, porque se creyó que era ya un parásito estéril, incapaz de florecer y fructificar.

Y un día dije a mis niños:

—Vamos a quemar este viejo tronco, que ya no nos sirve para nada, y es un nido de suciedad y de bichos raros que os asustan. Sus cenizas, esparcidas por la tierra, serán un abono fertilizante, y el árbol que en su juventud nos ofreció amorosamente su sombra y sus frutos nos dará ahora los íntimos elementos de su naturaleza para que otras plantas lozanas los asimilen, transformándolos en flores y frutos.

Y, en efecto, prendimos fuego al viejo tronco, el cual se resistía a arder, crepitando como si se quejase de nuestra bárbara crueldad.

Y he aquí que cuando, al día siguiente, entramos en el huertecico, nos sorprendió el ver cómo en los nudos y en las arrugas del viejo tronco habían nacido unas florecillas de vivos colores y tez aterciopelada, y que lo que nosotros creíamos caduco y muerto para siempre, conservaba en lo íntimo de su corazón gérmenes de vitalidad capaces de florecer como en sus años juveniles.

Entonces parece como que se intensificó en mi espíritu el cariño y el respeto a los viejos, porque aunque en la helada atmósfera de indiferencia que les rodea puedan parecer secos y estériles, sé que

atesoran en su corazón los gérmenes fecundos que florecerán con el fuego del amor y el suave trato de la simpatía.

* * *

Hablemos de *Don Juan Tenorio*.

Seguramente, no hay en ninguna literatura una obra que, como esta, goce de perenne juventud, y aun gane en el aprecio de las gentes con el discurso de los años. Desde que Tirso de Molina sacó a las tablas el tipo tradicional del burlador desenfrenado y sacrílego, no ha decaído su fama poética, acrecentada y consolidada para siempre por el genio soberano de Zorrilla.

Fuera pedantería insigne venir ahora con disquisiciones literarias para explicar la inmensa popularidad de *Don Juan Tenorio*, tarea además nada difícil, teniendo a mano lo mucho que otros han escrito sobre ello.

Siempre fueron cosas simpáticas para el pueblo español la valentía personal, que todo lo atropella, con desprecio de la propia vida; las trampas y bur-las de amor; los recursos maravillosos y fantásticos, que a la vez parecen signos de religiosidad y de escepticismo, y el arrepentimiento con que se corona una vida de desafueros y de crímenes. En esto último difiere el drama de Zorrilla de su modelo *El convidado de piedra*, donde las maldades de Don Juan hallan digna sanción en una escena final, verdaderamente sublime, mientras en el otro, el protagonista, con las manos aun tintas en la sangre de sus inocentes víctimas y la conciencia abrumada por los pecados más horrendos, entra gen-

tilmente en la gloria, conducido por su amada doña Inés y al compás de «una muy suave música».

Dejando aparte la arcana interpretación que puedan dar a *Don Juan Tenorio* los enamorados del símbolo, hay que decir que semejante desenlace del drama de Zorrilla es absurdo y disparatado, y además carece de la grandiosidad con que Tirso remató el suyo, lo cual se explica sabiendo que el autor del *Burlador de Sevilla* era maestro en Teología y el poeta de *Don Juan Tenorio*, según confesión propia, «un joven inexperto que no se dió cuenta de la empresa a que se iba a lanzar, y que sin conocimiento alguno del mundo ni del corazón humano, sin estudios sociales ni literarios, se arrojó a tratar aquel peregrino argumento, fiado sólo en su intuición de poeta y en su facultad de versificador».

Fuera de este desenlace, poco ajustado a las exigencias de la Teología moral, y reparadas debidamente las imprecaciones blasfemas, que nunca pueden resultar artísticas, *Don Juan Tenorio* es un drama cristiano, y aun religioso, como le llamó su autor, por la intervención en él de aquella admirable figura de Doña Inés. «Mi obra tiene una excelencia que la hará durar largo tiempo sobre la escena; un genio tutelar en cuyas alas se elevará sobre los demás Tenorios: la creación de mi Doña Inés cristiana; los demás Don Juanes son obras paganas; sus mujeres son hijas de Venus y de Baco y hermanas de Priapo; mi Doña Inés es la hija de Eva antes de salir del Paraíso. Las paganas van desnudas, coronadas de flores y ebrias de lujuria, y mi Doña Inés, flor y emblema del amor casto, viste un hábito y lleva al pecho la cruz de una Or-

den de Caballería... El pueblo aplaude a Doña Inés porque ve tras ella un destello de la doble luz que Dios ha encendido en el alma del poeta: la inteligencia y la fe. Don Juan desatina siempre; Doña Inés encauza siempre las escenas que él desborda.»

Zorrilla, en su drama inmortal, se ajustó a los cánones del romanticismo dominante; pero superó a todas las obras de aquel glorioso período literario, por la libre amplitud de la concepción, por la maestría con que supo componer aquellos cuadros de belleza insuperada y por la esplendidez del ropaje poético, que no tiene par en toda la dramática del siglo XIX. Quizás sea esta sublimidad de la versificación el mayor obstáculo con que los comediantes tropiezan para representar debidamente el *Tenorio* ante un público que se lo ha aprendido de memoria.

* * *

Cuando, tratándose de cosas sociales, se habla de la «fuerza de inercia», no se acoplan términos antitéticos, sino, al contrario, muy adecuados, según las reglas de la lógica.

—Pero ¿es posible—se preguntará—que lo inerte sea capaz de fuerza?

Sí, señor; porque al emplear aquellos términos, nos referimos a una relación externa, con la que favorecemos la acción de una fuerza preexistente.

Con un ejemplo se comprenderá esto mejor:

¿Han visto ustedes esas *colas* de gente que se forman en las grandes aglomeraciones para facilitar el acceso a un determinado punto? Las personas que llegan a ocupar un sitio en ellas, después

de mil codazos y discusiones, permanecen quietas, pasivas, inertes, no emplean fuerza alguna para avanzar, pero avanzan porque son como atraídas por la fuerza activa que obra en el principio de la cola, produciendo en ella vacíos que llenan los que vienen detrás; de modo que todos, por la fuerza de la inercia, necesariamente han de llegar adonde quieren.

En la vida social ocurre lo mismo. Lo difícil es ponerse en la cola, disputando el sitio a otros, porque después la fuerza de la inercia se encarga de todo lo demás.

* * *

Anoche soñé que había muerto mi amigo Achúcarro... Luego resultó, en efecto, que la muerte era una realidad.

¿Qué ondas misteriosas trajeron a mi lecho, desde cien leguas de distancia, esta dolorosa noticia? ¿O fue sólo una rara casualidad, apartada de toda suposición de telepatía o, mejor, *telestesia*, que es la sensibilidad sin cable conocido?

Este sueño se lo referí yo a varias personas que luego se maravillaron al verle confirmado por los hechos. ¡Oh enigmas del alma humana!...

¡Gran pérdida para la ciencia y para España esta producida por la muerte de Nicolás Achúcarro!

Porque Achúcarro fué uno de los grandes prestigios de la sabiduría española. Era el discípulo predilecto de Cajal, y, aunque nos avergüence el decirlo, confesamos que en el extranjero se le conocía y admiraba más que en España.

Achaque antiguo es, en nuestra tierra, este de

menospreciar a nuestros propios hombres. Ya Ambrosio de Morales, refiriéndose a Fray Pedro Ponce de León, el inventor de la ciencia para enseñar a hablar a los mudos, escribía en sus *Antigüedades*: «A todos los hombres doctos pongo por testigos de lo mucho que Plinio encareciera y ensalzara sin acabar de celebrarlo, si hubiera habido un romano que tal cosa hubiera emprendido y salido tan altamente con ella.» El doctor D. Diego de Torres Villarroel decía, un siglo más tarde: «Raro desprecio y ridículo odio a las cosas de su nación tuvieron siempre los españoles, engañados de la novedad y ponderación de los que vienen a mondarlos de su curiosa política.» Y Larra exclamaba en 1835: «¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país, que adelanta y progresa, de algunos años a esta parte, más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!»

Achúcarro, a la vez que hombre de ciencia, era hombre de corazón. Tenía una delicadeza infantil, un trato candoroso y un no sé qué de dulce y atractivo, que hechizaba. Era un espíritu selecto y aristocrático, y, a haber vivido en otro medio intelectual, tal vez hubiese sido un místico.

Tengo especial obligación de dar pública noticia de la intensa labor realizada en el Patronato Nacional de Anormales por el malogrado Nicolás Achúcarro, que, al morir, dejó un enorme vacío entre los grandes cultivadores de la ciencia española. Creado el mencionado Patronato en 1914 por el Ministro Sr. Bergamín, como cristalización definitiva de estudios y tanteos que desde varios años antes veníamos haciendo para abordar el proble-

ma pedagógico de los niños anormales, desde luego se pensó que el hombre llamado a constituir el eje firmísimo de aquella obra no podía ser otro que Achúcarro, así por su competencia científica como por la experiencia que había adquirido en estas materias, practicándolas al lado de los primeros especialistas del extranjero. Tenía además Achúcarro otras condiciones de carácter—rectitud, bondad, sensibilidad exquisita, *ángel* o don de gentes—que le hacían singularmente dispuesto para una labor por necesidad revolucionaria y que vendría a chocar con la bárbara rutina, el misoneísmo esterilizador y la apatía africana que nos consumen. El nombramiento, pues, de Achúcarro para la Secretaría del Patronato fué recibido con aplauso, como garantía de que la labor encomendada a la nueva Corporación habría de ser eficaz.

Y, en efecto, lo fué. En el corto tiempo que se le permitió vivir, la Comisión ejecutiva del Patronato de Anormales, que tuve el honor de presidir (¡y ya es honor presidir a hombres como Achúcarro, Zaragüeta, Pereira, Gayarre y Laforal...), trabajó sin descanso en el páramo desolado de la política pedagógica, viendo con satisfacción que, si no todas, algunas de nuestras reformas se iban incorporando a la legislación académica. Consiguióse entonces separar las enseñanzas de sordomudos de las de los ciegos, concluyendo con aquella mezcla absurda, hija del antiguo concepto benéfico de la asistencia a los niños deficientes, en pugna con el concepto pedagógico, que es el que les conviene para su educación y adaptación social. Se organizó un consultorio público de las anomalías infantiles, utilísimo para médicos y maes-

tros, y, naturalmente, muy beneficioso para los propios niños anormales. Un ingente amontonamiento de libros que en el Colegio Nacional yacían olvidados, cubiertos de polvo y comidos de la humedad y la polilla, sirvió de núcleo a una biblioteca moderna, donde los estudiosos pueden ponerse en contacto con la ciencia especializada de los diversos tiempos y lugares. Se iniciaron las mejoras higiénicas y pedagógicas de aquel suntuoso local, todo aparato y bambolla, destinado a colegio en las inmediaciones del Hipódromo, y donde los niños sordomudos o ciegos casi eran considerados como huéspedes molestos, no obstante estar en su casa, utilizada para mil usos diversos por ministros desaprensivos. Se rehizo la reglamentación del Colegio, mejorando la condición de sus profesores, hasta entonces menospreciados, y se atendió como es debido a la labor postescolar, que, tratándose de estos alumnos, es de la mayor importancia.

Aquella Comisión ejecutiva, de que era alma Nicolás Achúcarro, puso también mano en el problema fundamental, a saber: la formación del personal docente. Podría calificarse de grotesco, si no fuera trágico por las consecuencias, el régimen normal que se seguía hasta entonces para la formación de maestros de sordomudos y de ciegos. Organizada con arreglo a las normas de una Real orden de 25 de marzo de 1857, existía en el Colegio Nacional una cátedra que se llamaba de Métodos y Procedimientos, donde en un solo curso de lección alterna se explicaba la pedagogía de tan difíciles especialidades por un profesor, que tenía a su cargo otras clases y la dirección y administración del establecimiento; tan menguado concepto venía me-

reciendo esta especialidad pedagógica, para cuyo dominio es menester una vida entera de estudio, de análisis y de devoción cordial. Bien es verdad que la tal clase servía de pretexto para que varios maestros, sobre todo del sexo femenino, justificasen ante el habilitado su permanencia en Madrid, con escandaloso abandono de sus escuelas. Resultado de esto ha sido la penuria bochornosa de nuestro profesorado especial; los pocos profesores que hoy merecen este nombre han tenido que ser autodidactos.

La Comisión ejecutiva creyó un deber de conciencia concluir con tan absurda situación, y estudió y planeó un proyecto de Seminario Normal con las tres especialidades (sordomudos, ciegos y anormales mentales), donde los maestros, mediante estudios médicohigiénicos, pedagógicos y sociales, y las prácticas debidas, pudiesen adquirir la capacidad necesaria para el ejercicio honesto de tan difícil profesión. Y con el fin de iniciar estos estudios, rozando el camino, para despertar aptitudes y comenzar a andar, se organizó un curso breve de Pedagogía de niños anormales, dirigido por Achúcarro, y en el que se explicaron diversas materias de la especialidad a buen número de maestros y aficionados. En este cursillo, que duró tres meses, dió Achúcarro diez lecciones de Psiquiatría infantil con nociones de la estructura y las lesiones del sistema nervioso, y especialmente del cerebro, en las anormalidades mentales. Nada más sugestivo que aquellas lecciones de materias difíciles y completamente nuevas para el auditorio, que las seguía con creciente interés. Sabemos que ellas prendieron en muchos espíritus, desper-

tando el deseo de profundizar en aquellos problemas que son el fundamento de la vida racional. La palabra insinuante de Achúcarro, siempre dócil a la manifestación del luminoso pensamiento, tenía el arte exquisito de hacer claras y comprensibles, aun para los profanos, los puntos más oscuros de la función mental. Otros profesores, entre ellos el doctor Lafora, discípulo y principal colaborador de Achúcarro en el Patronato, explicaban a la vez otras materias del mayor interés para la educación de los niños anormales. Al mismo tiempo se abrían las primeras clases para estos niños, embrión de las futuras escuelas que han de recibir a tantos desdichados como las necesitan.

La Comisión trabajaba con asiduidad infatigable, empleando los nobles procedimientos de la técnica moderna, en una atmósfera de publicidad, buscando la colaboración de todos, con absoluta sinceridad y buena fe, no obstante las enormes dificultades que la rodeaban. Achúcarro, que era el primero en la labor y a quien todos profesábamos cariño y respeto, sentía a veces profundo desaliento. En la atmósfera de ignorancia, violencia y ordinarietà, que suele ser la característica de nuestra vieja política, la figura de Achúcarro, todo luz, finura e idealidad, se destacaba como el fulgor de un relámpago en un cielo nuboso y aturbonado. Nunca hasta entonces se había asomado el doctor Achúcarro a los abismos de lo que se llama vida política, y al ver el recelo, la hosquedad y aun la sonrisa escéptica con que en regiones oficiales se acogían nuestras ideas, encaminadas al bien de los niños deficientes, se llenaba de profunda tristeza. No era pesimista, sin embargo, y continuaba tra-

bajando cada día con mayor vigor, según se lo consentía su salud precaria, ya entonces hipotecada a la terrible enfermedad que le ha llevado a la tumba. En nuestras juntas, amistosas y pacíficas, no obstante la distinta ideología política y social de quienes a ellas asistíamos, tenía siempre una parte el comentario de esta situación de divorcio, en que nos hallábamos con quienes más obligados estaban a dar calor a nuestras iniciativas. Achúcarro, tan sensible y delicado, era el que lanzaba quejas más amargas. Pero seguíamos la obra todos con una fe ciega en el ideal, único vínculo que nos retenía en aquellos cargos de labor generosa, rodeados de enconadas espinas... Al fin, como ha dicho Ortega y Gasset, «un par de maestros balbucientes y otro par de sabios oficiales arrojaron a Achúcarro de aquel lugar». Yo tuve el honor de acompañarle en la destitución. La inconsciencia y la audacia se apoderaron de todo y ahogaron en flor la obra del estudio y la buena voluntad... Un ministro bien intencionado ha puesto recientemente los jalones para restaurarla. En esta labor de restauración, el recuerdo glorioso de Achúcarro debe ser constantemente eficaz acicate, teniendo en cuenta que, como ha escrito Ramón y Cajal en un admirable elogio fúnebre de Achúcarro, «el homenaje más acepto al genio ausente es sentirse en comunidad de espíritu con él, amar con vehemencia lo que amó, trillar y ensanchar los nuevos senderos que dejó abiertos, y proseguir, en fin, sin desmayos ni eclipses, la obra patriótica, brutalmente interrumpida por la muerte».

No pudo mi amigo Crisóstomo, con toda su elocuencia, convencer al otro amigo Silvestre; pero vino Zabolón con una buena bolsa, y en un santiamén le dejó más suave que un guante.

Ya había dicho el doctor don Diego de Torres y Villarroel que «eso de retórica no se usa, porque dicen que nada tiene fuerza de persuadir sino el dinero», aforismo que, dos siglos antes, formuló lindamente la famosa Celestina en estos términos: «Todo lo puede el dinero: las peñas quebranta, los ríos pasa en seco; no hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba.»

* * *

Querer huir del dolor es como querer huir de nosotros mismos: el dolor es consustancial a la naturaleza humana mientras peregrinemos por este triste mundo, a quien todos diariamente denominamos valle de lágrimas. Y esto se explica pensando que esta vida no es la verdadera vida, sino solamente una como preparación o ensayo general para ella.

El poeta Baudelaire, gran maestro en el arte de sufrir, ya dijo que esta vida es un hospital en el que cada enfermo quiere constantemente cambiar de cama.

* * *

Me va preocupando mucho el progreso de la mecánica, en sus relaciones con el entendimiento humano, porque temo que, a este paso, llegará pronto un día en que el citado entendimiento no ha de servirnos para nada.

Tenemos máquinas para escribir, para calcular, para pronunciar discursos, para recogerlos y estamparlos a medida que se pronuncian..., y para otra muchedumbre de menesteres que hasta ahora parecían materia exclusiva de las potencias intelectuales.

Un torpe analfabeto, que apenas sabe dibujar las letras, teclea en una máquina de escribir y hace una obra caligráfica que asombraría a Torio y a Iturzaeta; otro sujeto negado a la dinámica de los números, y que tiene que echar las cuentas domésticas con los dedos de las manos, fuñica en uno de estos chismes calculadores y resuelve gentilmente ecuaciones como un consumado matemático, y aquel otro majadero balbuciente silabea ante un fonógrafo y, como por arte de encantamiento, saca de él muy lindos discursos.

He pensado mucho en estas cosas, viendo que, en efecto, el poderoso entendimiento de unos pocos hombres va a hacer innecesario el entendimiento de los demás, y me he preguntado si esto que se hace con la inteligencia no podría hacerse con otras facultades del espíritu, y especialmente con la voluntad, tan desmañada y mal dirigida en la mayoría de los hombres.

Convendría que los sabios que hacen tales maravillas intentaran también esta ampliación. Una maquineta que, manejada por un picaro, le convirtiese en persona decente, sería, en verdad, un descubrimiento prodigioso.

* * *

En el patio árabe del suntuoso hotel contemplo entristecido a esta mujer cuya única ocupación es

viajar. Se halla sentada en una mecedora, con la mirada en alto, sin determinado punto de vista..., ojos que miran sin ver, acaso porque el alma no se asoma tras de ellos, sino permanece como absorbida y ciega en una inacabable introspección.

¡Viajar, viajar!... Esta opulenta señorita no tiene otro ideal en la vida. ¡Viajar! No por el placer de haber visto el mundo, sino por el de satisfacer una sed insaciable de cosas nuevas. ¡Ay! Y en todas partes encuentra lo mismo: el mar, los jardines, las montañas..., y al lado de esto las catedrales góticas, las mezquitas árabes, los quioscos japoneses..., junto a los hoteles, los autos, los teatros, los cafés, los cinematógrafos..., todo contemplado a través de guías y planos que dicen cómo estas cosas se han de ver, sentir y pagar.

¡Viajar, viajar siempre como el judío errante!... ¿Adónde irá la mujer hermosa, fina e inteligente, que se aburre entre las comodidades del hotel? Ella podrá contestar como el poeta: «¡A cualquier parte, con tal que sea fuera del mundo!...»

* * *

Norma perfecta de la conducta humana es acordarse de Santa Bárbara cuando no truena.

* * *

Cuentan las historias que, caminando una vez Isidro el Labrador con su mujer María de la Cabeza por los campos de Caraquiz, vieron que hacia ellos venía, como buscando amparo y defensa, una liebre infeliz, perseguida muy de cerca por dos

formidables podencos, y que, en presencia de tal angustia, la santa mujer rogó a su marido que mandase a aquellos perros detenerse, como lo hizo Isidro, el cual fué obedecido, salvando así a la liebre de una muerte cierta.

Otra liebre, puesta en análogo trance, fué liberada por Don Quijote en aquel día memorable de su retorno a la humilde aldea, viniendo así a demostrarse que los santos y los caballeros gustan de proteger y amparar a los débiles, aunque sean pobres animalejos, contra las demasías de los poderosos.

* * *

Desde las vidrieras de mi balcón veo pasar a estos muchachitos cargados de libros y cuadernos, que acuden a la cátedra laborando el tiempo porvenir; y rememorando los lejanos días en que yo hacía lo mismo, pienso con inofensiva envidia en las dulces y nobles ilusiones que conmoverán ahora a estos espíritus juveniles.

—¡Oh amables jovencitos!—pienso—. ¡Quién pudiera, como vosotros, volver a esa edad, en que soñáis con ser grandes hombres, poetas y artistas excelsos, sabios investigadores de la verdad científica, apóstoles y agitadores de muchedumbres, caballeros andantes del Ideal...

—Sí, sí—me dice esta musa burlona que llamamos experiencia, y que hace algunos años se complace en amargarme la vida—: eso sería hace muchos años; ahora, los chicos se ríen de esas cosas y piensan en otras de más positiva sustancia: el acta de diputado para ser subsecretario y ministro, la novia rica que redima de la necesidad de trabajar,

el bufete hipotecado a la política, el Consejo de administración...

El *primum vivere deinde philosophare* tiene aquí una aplicación muy adecuada... Sí, sí: «primero vivir...»; pero ocurre que luego no queda tiempo para filosofar, y me temo que, de seguir así las cosas, vosotros, ¡oh amables adolescentes!, llegaréis a andar en cuatro patas.

* * *

Tres cosas son necesarias para el bienestar económico: saber ganar, saber gastar y saber ahorrar.

Adviertan ustedes que, en la mecánica de los bienes materiales, faltando cualquiera de estas cosas, sobreviene necesariamente una grave perturbación.

Ganar y gastar sin ahorrar, lleva irremisiblemente a la ruina; ganar y ahorrar sin gastar, es avaricia abominable, y siguiendo las múltiples combinaciones que, según las reglas del álgebra, pueden hacerse con estos tres términos, llegaríamos a idénticas conclusiones lamentables.

Conviene, pues, enseñar a todo el mundo las racionales normas de producción, de consumo y de previsión, con lo que se hacen ricos los hombres y los pueblos.

* * *

Observo con gran gusto que la costumbre de madrugar se va extendiendo como una bendición por todos los medios sociales. Ya no madruga sólo

el labrador, el obrero, el militar, el soldado, la mujer esclavizada con la cadena del servicio doméstico...: también las llamadas clases intelectuales y directoras son sacadas del lecho por

las aves,
con su cantar sabroso no aprendido.

Aparte las grandes ventajas de orden material que granjea el aprovechamiento de la mañana, hay otros motivos de más elevado linaje que deben forzarnos a madrugar. Parece, en efecto, un menosprecio de la Naturaleza, o de Dios que es Señor de ella, esto de permanecer roncando y tal vez soñando tonterías, mientras ella nos ofrece generosamente la magnificencia de su luz, de su calor, de su movimiento, de sus armonías vitales, de todas las cosas, en fin, por las cuales puede ser amado este mundo.

Invertir los términos, y dedicar a vigilia la noche y al sueño el día, es una transgresión de las leyes naturales, que sólo puede ocurrírsele a quien, llamándose rey de la Creación, es el primero en vulnerar el código que él más que nadie está obligado a mantener. Es además descortesía con la madre Naturaleza, que se pone sus mejores galas, para que vosotros, hermanos trasnochadores, cerréis ante ella vuestros ojos y le volváis la espalda, como si tales maravillas fuesen cosa de poco más o menos.

¡Ea, amigos! Vamos a madrugar y a dejar la noche para los pícaros que huyen de la luz, pensando, como la madre Celestina, que «la noche oscura es capa de pecadores».

Y recordad también que Don Quijote era gran madrugador, según afirma Benengeli.

* * *

Quienes intentan convertir nada menos que en dogmas religiosos los míseros ordenamientos con que la injusticia humana ha favorecido a la clase de los poderosos, se asemejan a aquellos niños cobardes que, en sus querellas con otros niños, invocan a troche y moche la intervención del papá, amenazando con terribles castigos.

Y luego resulta que el papá, bueno y justiciero, se ríe de aquellas disputas y da la razón al que la tiene.

* * *

La vida es un gran juego de azar en el que todos somos *puntos* sin quererlo.

Rueda la bolita por entre las vicisitudes de la realidad, y, después de mil vueltas y revueltas, se para, y a unos les hace reyes, a otros esclavos; a éstos poderosos, a aquéllos mendigos, distribuyendo sin orden ni concierto alegrías y dolores, ignorancia y sabiduría, salud y enfermedad, honor y menosprecio.

En torno a la gran mesa de juego, todos están inquietos y azorados: los gananciosos, poseídos de una ambición insaciable, ansían ganancia mayor; los otros, pensando en el desquite, van hundéndose cada vez más, sin resignación ni consuelo, en el fango de su desventura.

Todos los jugadores viven con la ilusión de ganar, hasta que entra en el salón una señora llama-

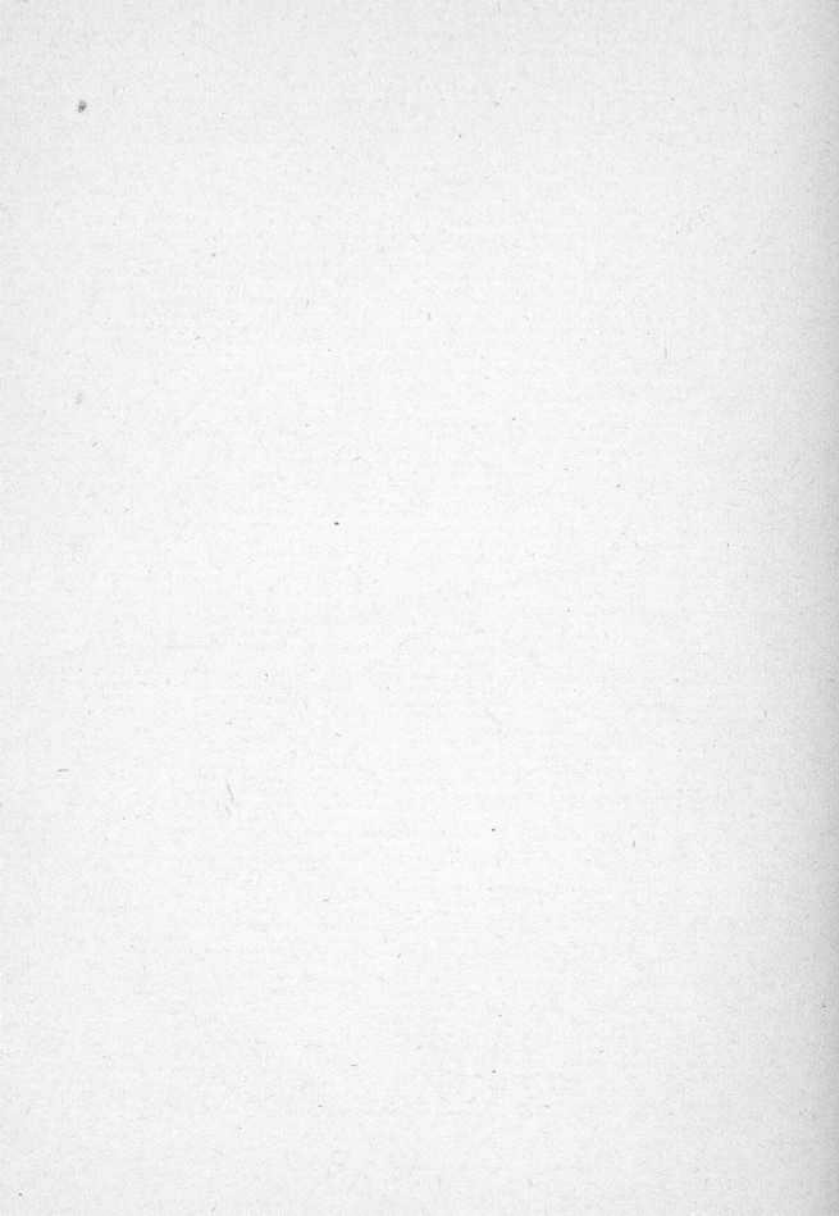
da Muerte, que liquida la banca y deja a todos iguales.

* * *

Nuestra vida es como un reloj al que ya no se puede dar cuerda.

Se parará pronto sin remedio, y entonces, como un trasto inútil, será condenada al desván del olvido.





OBRAS

DE

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ

De la Real Academia
de Ciencias Morales y Políticas.

Obras de Alvaro López Núñez

De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Narraciones bíblicas. — Palencia. Imprenta de Abundio Z. Menéndez, 1893. — 8.º

El Álbum. Colección de lecturas morales y recreativas. — Einsiedeln (Suiza). Etablissements Benziger, 1894. — 8.º

De re rústica. Cuentos campesinos. — Valencia. Imprenta de Juan Guix. — 8.º

La Conversión de Francisco Coppée. — Madrid. Imprenta de San Francisco de Sales, 1898. — 16.º mlla.

La iniciación del Garbancín. (Novela.) — Madrid. Establecimiento tipográfico de *El Universo*, 1901. — 8.º

La educación del sentimiento estético. — Madrid. Imprenta de San Francisco de Sales, 1901. — 8.º

Sinopsis para un estudio de la Institución del Seguro. — Madrid. Imprenta de A. Bielsa, 1906. — 8.º

Don Bosco. — Madrid. Imprenta de Eduardo Arias, 1906. — 4.º

El Seguro obrero en España. — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1908. — 8.º
(Traducida al alemán por el Dr. Zacher.)

La Protección a la infancia en España. — Madrid. Imprenta de Eduardo Arias, 1908. — 4.º

Régimen de transición entre el Seguro libre y el Seguro obligatorio. — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1910. — 4.º

Sänglingsfürsorge und Mutterschutz in Spanien: Historisches. (Texto alemán del Dr. J. Springer.) Leipzig, 1911. — 4.º

Ensayo de un Vocabulario social. — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1911. — 8.º

Ideas pedagógicas sobre Previsión. — Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1912. —

Protección a los ciegos pobres. — Madrid. Imprenta de E. Fernández Sanz, 1912. — 8.º mlla.

Concepto y organización de la Mutualidad escolar. — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1913. — 8.º mlla.

Juventud y previsión. — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1914. — 8.º mlla.

Reglas de protección a los niños anormales. — Madrid. Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1914. — 4.º

El mundo silencioso. (Vulgarización de los problemas de la sordomudez.) — Madrid. Imprenta Hispano-Alemana, 1914. — 8.º mlla.

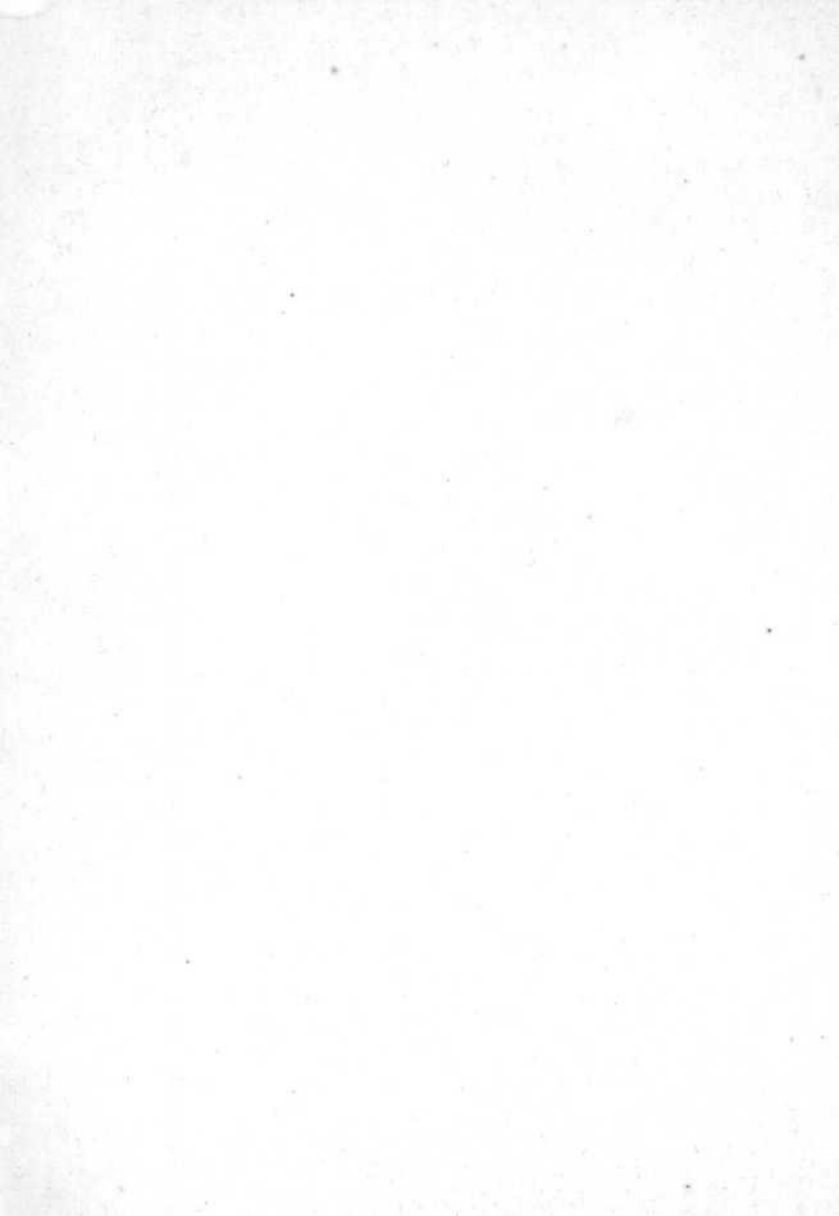
Función social de la Mutualidad escolar. — Madrid. Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1915. — 8.º

Relaciones entre la Higiene y la Previsión. — Madrid. Tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1915. — 8.º

- La acción social de la mujer en la higiene y mejoramiento de la raza.** — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1915. — 4.º.
- Mosaico.** Cuentos de varia condición. — Madrid. Imprenta Hispano-Alemana, 1916. — 8.º mlla.
- Laboratorio bibliográfico de Sordomudística Española.** — Madrid. Imprenta del Colegio Nacional de Sordomudos, 1916. — 4.º.
- Los derechos del sordomudo.** — Madrid. Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, 1916. — 8.º mlla.
- La enseñanza de la Previsión.** — Barcelona. Imprenta editorial «La Polígrafa». — 8.º mlla.
- Restauración social de los inválidos de la guerra.** — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1916. — 4.º.
- El Seguro social de vejez.** — Madrid. Imprenta de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1917. — 8.º mlla.
- Tratado legal sobre los mudos,** por el Licenciado Lasso. Estudio preliminar y notas de Álvaro López Núñez. — Madrid. Imprenta de los Sob. de la Sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1919. — 4.º.
- El Seguro de vejez e invalidez en los campos.** — Madrid. Imprenta de los Sob. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1919. — 4.º.
- Ideario de Previsión Social.** Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Contestación del Excmo. Sr. Conde de Lizarra. — Madrid. Imprenta de los Sob. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1920. — 4.º mlla.

Filandro. Diálogo de la Inhibición. — Madrid. Imprenta de los Sob. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1921. — 8.º

Silva de dichos y hechos. — Madrid. Imprenta de los Sob. de la Suc. de M. Minuesa de los Ríos, 1922. — 8.º



Precio:

5 pesetas.

